



VOLUMEN IV

Nº. 30

OTERIA

ORGANO DE LA LOTERIA NACIONAL
DE MEMORICULTURA DE PANAMA

2da. Época

FEBRERO 1959

Nuestra Portada:

MARGARITA LOZANO

—EMBAJADORA FOLKLORICA—

* * *

LA POLLERA PANAMEÑA VISTE LUTO

El sábado 17 de Enero, murió Margarita Lozano.

En la soleada mañanita de enero, su alma voló como destello rauda, buscando las alturas que siempre anhelara a través de su existencia, plena de entusiasmo y desbordante de alegrías.

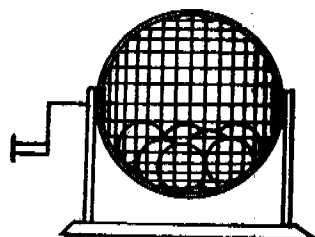
Se fue de pronto, como termina de improviso la levada de tambor, aprisionando en sus pupilas, ansiosas siempre del paisaje nuestro, un retazo de su Panamá, que ella llevó tan dentro de su pecho y que llenó por completo la vasta anchura de su espíritu forjado en los moldes de la esencia panameña.

Fue Margarita Lozano, durante los largos años que logró a la vida, como inquieto colibrí, ágil de vuelo, pleno de colorido, llevando por doquiera el maravilloso cuadro de su personalidad plasmada en marcos del folklore revoloteando sin cesar para lucir con la gracia natural de su panameñidad, el atavío que sólo la mujer panameña puede llevar como Dios manda. Y cuando, sobre su cuerpo menudo y esbelto por encima de la edad, caían las prendas de la pollera, entonces su alma de eterna juventud sentía renacer dentro de sí el grito de su perenne primavera. Y era en ese instante cuando Margarita daba al viento la clarinada de un aire panameño, mientras sus breves pies bordaban el encaje de sus pasos en la rueda del tambor.

Enamorada de lo nuestro, pero con amor vasto, sin egoísmos negativos, Margarita sintió la euforia de la pollera y de los bailes nacionales con honda emoción que irradiaba. No sólo le placía vestir ella el traje nacional, ni solazar su cuerpo en las circunvoluciones de las danzas nuestras; sino que era su mayor gloria y su placer mayor el ver cómo lucía sobre la persona de una joven mujer que supiera llevarla con donaire, ese traje que alguien hizo para que sólo la mujer nuestra pudiera llevarlo en triunfo por la tierra.

(Pasa a la Tercera página de la Contraportada)

LOTERIA



II EPOCA * PANAMA, R. DE P., FEBRERO DE 1959 * No. 39 19

SUMARIO

	PAGINAS
<i>Notas Editoriales:</i>	
ACENTUANSE los signos de Paz Mundial duradera.....	3
LA REFORMA agraria y la Banca Central.....	5
AL FIN: el Banco Regional Interamericano.....	6
<i>Homenaje:</i>	
DOCE PANAMENOS ilustres, en el aniversario de sus nacimientos, por Juan Antonio Susto.....	9
<i>Nuestros colaboradores:</i>	
COLABORADORES de la revista "LOTERIA" en 1959 (71 fotografías).....	12
<i>Homenaje:</i>	
EN EL XLIII ANIVERSARIO DE LA MUERTE DEL DR. Carlos Antonio Mendoza: un discurso suyo de 1890, por Concha Peña.....	18
DEL PUEBLO DE OCTU, al Profesor Castellero. Palabras de agradecimiento del historiador Ernesto J. Castellero R.....	24
<i>Ensayo:</i>	
EL CONFLICTO de Lealtades en la iniciación republicana: I.—Extremismos coadyuvantes.—II.—El General Huertas y el 3 de Noviembre, por Diógenes de la Rosa.....	28
<i>Historia:</i>	
RECUERDOS del General Francisco Burdett O'Connor en Panamá.....	36
EPISODIOS de 1900 (Barrio de "Las Explanadas"), por Santander Callejas Blanco.....	48
<i>Cuadro de Costumbres:</i>	
LA HUERTA: tradición de trabajo y de recreo, por Manuel F. Zárate.....	51
<i>Temas Internacionales:</i>	
HONDURAS Británica: El Anverso de la Medalla, por William C. Atkinson.....	65
RIFA, por Rosa Quirós de Martín.....	69
<i>Geografía:</i>	
EL ARCHIPIELAGO de Las Perlas.—V.—El Plan Vial y el camino entre San Miguel y la Esmeralda (Mafafa), por Nicolás Luis Justiniani.....	71
<i>Servicios Sociales:</i>	
LA SEMANA del Niño, por Carlos Manuel Pretelt.....	75
<i>Educación:</i>	
CINCUENTA años de educación pública en el Distrito de Tonosí, por Isidoro Valdés S.....	78
<i>Bibliografía:</i>	
LEYENDO "Campiña Interiorana" de Gil Blas Teixeira, por José E. Huerta.....	86
<i>Naciones Unidas:</i>	
EL PRINCIPIO de la propia determinación logra el apoyo de Panamá en las Naciones Unidas, por George W. Westerman, Delegado de Panamá.....	90
<i>La Unicef:</i>	
EL CASO de Valerio.....	93
<i>Panamenses en la Época Colonial:</i>	
DESTACADOS panamenses en la Real Universidad Mayor de San Marcos de Lima, por Juan Antonio Susto.....	97
<i>Voces amigas:</i>	
CARTA del Licenciado J. I. Quirós (Panamá, 8 de Enero de 1959).....	99
EL CANAL DE PANAMA, por Luciano Napoleón Bonaparte Wyse. (Final de la Cuarta Parte).....	221
<i>Nuestra Portada:</i>	
Margarita Lozano, Embajadora Folklórica. La Pollera panameña viste luto (Segun y tercera páginas de la contraportada). Junta Directiva de la Lotería Nacional de Beneficencia. (Cuarta página de la contraportada). Junta Administrativa de la Lotería Nacional de Beneficencia.....	2

ADMINISTRACION DE LA LOTERIA NACIONAL
DE BENEFICENCIA

DR. CARLOS E. MENDOZA

Gerente

LIC. AGUSTIN FERRARI

Sub-Gerente

HERACLIO CHANDECK

Jefe de Contabilidad

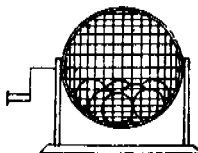
GILBERTO MEDINA

Tesorero

PABLO A. PINEL

Secretario

LOTERIA



ORGANO DE LA LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA

Director
DR. CARLOS E. MENDOZA

Administrador
PABLO PINEL

Editores
Domingo H. Turner
Juan Antonio Susto

II EPOCA * PANAMA, R. DE P., FEBRERO DE 1959 * No. 39

Notas Editoriales:

ACENTUANSE LOS SIGNOS DE PAZ

MUNDIAL DURADERA

EN AMERICA la sucesiva caída de las Dictaduras de Rojas Pinilla, Pérez Jiménez y Batista Zaldívar y el notable viraje de la Política del Coloso del Norte acerca de éstas, a las que promete no abrazar más, sino, en todo caso, fruncirles el seño en indicación de disgusto, son señales evidentes en el firmamento planetario de que una era de paz durable se aproxima. Hasta las últimas centurias los ciclos guerreros se contaban por cientos de años, pero, a medida que el recrudecimiento de las pasiones y la distribución de la riqueza entre los hombres se hicieron más vivo el primero y más injusta la segunda, los hitos que indican el término de una catástrofe bélica y el comienzo de otra menudean más y nos imponen una cuenta no de siglos, sino de años solamente, de apenas un par de décadas la última vez. Pero es que, en realidad, en la edad contemporánea no asistimos a verdaderos conciertos de paz, sino a inestables armisticios que apenas si dan tiempo para que de nuevo se armen y alineén en la misma

o parecida forma a la anterior las potencias beligerantes. Pueda ser, sin embargo, que, no obstante la apariencia de mayor ferocidad mostrada por los forjadores de la guerra fría y de las armas nucleares y de la política de todo o nada por el dominio del mundo, esta vez la paz, si viene, tenga caracteres de más larga vida.

El siglo que vivimos se define por el apotegma de que política es economía concentrada. El **homo aeconomicus** ha asomado más visiblemente ogaño su faz sórdida y desplaza de su radio de acción a las demás formas humanas, pero ojalá sea para bien de la especie y mejor acomodamiento de la vida...

Merced a la mentalidad brillante y el brazo voluntario de Kubitschek, apoyados ambos a coro por los países democráticos del Continente, ya se vislumbra un acuerdo en Washington sobre el establecimiento del Banco de Fomento Interamericano, del cual pueda echar mano la incipiente industria del Hemisferio para su desarrollo escalonado, y se vislumbran también síntomas de la formación de mercados regionales por comprender cada vez zonas más extensas, con sus precios básicos regulados y demás controles, frenos y balanzas necesarios para que relaciones más equitativas produzcan la paz del cuerpo y del espíritu.

Es necesario añadir a lo expresado que en Europa la Tríada compuesta por las dos Prepotencias occidentales de una parte y la oriental de la otra, están pulimentando las aristas de una fórmula con el fin de vigilar y controlar en lo posible las pruebas nucleares y su uso para fines no constructivos.

¡Que sea todo esto efectivo! ¡Que el Iris de la Paz se extienda por todo el Orbe mundo como indicio de que sin duda advendrá el reinado del bien y la felicidad entre los Hombres y de que nos aproximamos a paso cierto a confundirnos con los dioses de otros mundos ideales!

REFORMA AGRARIA Y BANCA CENTRAL

EL PARTIDO que eligió y mantiene en el Poder al Presidente De la Guardia, hijo, ha logrado dotar de agua, de edificios y de barriadas nuevas a la urbe que sirve de Capital a la Nación. Y, antes de que termine el actual ejercicio administrativo, le habrá ganado una gran batalla al mar, hacia occidente, dotándola de una considerable cantidad de tierra, a fin de que, de este modo, pueda ser el asiento digno del gran emporio que soñó Bolívar. También, la ciudad ubicada en el otro extremo del Canal, dejará de ser la "ciudad cautiva" y, dotada de corredor y puerto, recobrará su antiguo prestigio de centro inigualable de distribución. En David, al Norte, se está levantando igualmente una tercera ciudad agroindustrial de importancia.

Por otra parte, el Presidente De la Guardia, hijo, está desarrollando el Plan Vial más ambicioso que conoce la República desde su fundación.

Significa todo ello que bajo la dirección del Presidente De la Guardia, hijo, su Partido ha logrado realizar una tarea de progreso extraordinario, en lo urbano; y ha echado las bases para que otro Presidente, de su misma filiación, construya sobre ellas, en lo rural, el País económico y social que su Pueblo reclama. Es decir, que edifique el Estado Panameño Mejor por todos anhelado y complete la Revolución Nacional dejada inconclusa por nuestros Próceres.

La Revolución Nacional, sí. Que no será la obra de noveles redentores con ardor febricitante en las sienes, sino el producto sazonado de cerebros iluminados por la razón y de brazos fortalecidos para el bien.

Y ¿qué es necesario para consumir esta empresa gigantesca?

He ahí la gran cuestión.

En Panamá se necesita empuñar, seriamente, el pendón de la Reforma Agraria. De una reforma que sirva de fundamento a una amplia e intensiva explotación de nuestros recursos naturales. De una reforma que se ex-

tienda de la dotación de tierras y aguas al campesino agricultor y empresario, —a través de la provisión de capital y maquinaria—, al acondicionamiento de mercados interiores y exteriores que reciban las mercancías y los productos elaborados y los pongan, baratos y a tiempo, en manos del consumidor.

Y ¿qué hace falta para llevar a cabo una Reforma tal?

Exactamente lo que requería Napoleón para la guerra: dinero y más dinero.

Y para hacer dinero ¿qué?

Las finanzas modernas tienen una respuesta a esta pregunta: La Banca Central.

La Reforma Agraria y la Banca Central son los dos grandes temas de actualidad.

* * *

AL FIN: EL BANCO REGIONAL INTERAMERICANO

DE TCDA PERSONA medianamente enterada en asuntos financieros del Continente es sabido que el Capital manejado a través de la Banca ubicada en Washington y Wall Street para servir al desarrollo económico de los Pueblos del Mundo que lo necesitan, pertenece al Gobierno de la Unión. Por esto es, precisamente, por lo que los Países que demoran al sur del Río Bravo acariciaron siempre el anhelo de disponer de una banca de Fomento, si no propia, por lo menos en que tuvieran participación administrativa y oportunidad de conseguir dinero barato; y por esto, siempre los Estados Unidos se opusieron a consentir en ello, hasta que la amenaza de la ayuda financiera soviética, por un lado, y las pedreas y salivazos a los funcionarios representantes de Washington en varias capitales de la América Latina por el otro, no hubieron conseguido el milagro de quebrantar la tozudez de nuestros "buenos socios" y lograr la creación del Banco Regional, con Capital y Manejo comunes a sus accionistas, chicos y

grandes, a su manera, pero sin duda con provecho para los indoamericanos.

Días pasados se reunieron en la Meca de la Unión del Norte representantes de todos los países que forman las tres Américas, y redactaron los lineamientos de la Carta constitutiva de la Institución que, según versión de la Prensa ponderada del Hemisferio, (1) son como sigue:

Estados Unidos está dispuesto a prestar un capital que asciende a 400,000.000 de dólares.

El banco se establecerá con dos "ventanillas" una "fuerte" para los préstamos que sólo podrán pagarse en dólares y a las tasas de interés del momento, y otra "débil" para los préstamos que pueden liquidarse en divisas nacionales y a bajas tarifas artificiales, que están destinadas para las naciones que por el presente no pueden asumir obligaciones nacionales pagaderas en dólares.

Se nombrará un personal técnico de expertos dentro del banco para asistir a la preparación de solicitudes de préstamos dirigidas a todas las instituciones prestatarias y para coordinar los programas nacionales de planeamiento en los países miembros.

A pesar de que el capital sugerido en estos momentos (850.000.000 de dólares) es menor que el total de 2.500.000.000 de dólares o 3.000.000.000 de dólares que el Secretario de la Unión Panamericana había sugerido a finales del año pasado, todavía sigue siendo una suma respetable que causó sorpresa entre los diplomáticos de Washington. Muchos de ellos dudaban de que Estados Unidos se obligara por más de 100,000.000 de dólares.

Además, el proyecto estadounidense solicita una organización capaz de volverse hacia los mercados de capital privado para obtener fondos adicionales, como hace actualmente el Banco Mundial. Esto significa que si el propuesto Banco Interamericano produce una buena impresión en los círculos financieros del Hemisferio y de otras partes del mundo, tendrá en sí la capacidad de crecer en el futuro.

La actual estructura del capital propuesta por Estados Unidos requiere una contribución mínima por parte de los países de América Latina, siempre y cuando esto

no perjudique la naturaleza de cooperación interamericana de la institución. Así, del total del capital suscrito para préstamos en monedas "fuertes" Estados Unidos contribuiría con 150.000.000 de dólares y las otras 20 repúblicas con una suma idéntica entre todas. Los países latinoamericanos contribuirían también con una suma adicional de 100.000.000 de dólares en divisas locales, todo lo cual les daría una mayoría de votos en tales operaciones.

Las propuestas para establecer un sistema de préstamos en monedas "débiles" son ligeramente diferentes, ya que por su naturaleza este tipo de operación podría causar la disipación de capital originada por las depreciaciones de las divisas nacionales. En esta fase de las operaciones del banco, Estados Unidos contribuiría con 50,000.000 de dólares, comprometiéndose a efectuar pagos ulteriores por una suma idéntica. Las otras 20 repúblicas contribuirían de acuerdo con la propuesta de Estados Unidos, sólo con 12,500.000 dólares entre todas, comprometiéndose a contribuir con la misma suma adicional pero pagadera en divisas nacionales.

A fin de completar la estructura de aportes financieros del banco y facilitar los préstamos privados sin recurrir a contribuciones adicionales por parte de los países latinoamericanos se comprometerían a contar con un capital disponible de 300,000.000 de dólares, dividido en partes iguales entre Estados Unidos y América Latina. Este capital será desembolsado en caso de omisión de pago.

Otra propuesta realizada por Estados Unidos para facilitar la carga a las naciones latinoamericanas se refiere a extender las distintas suscripciones de capital por un período de varios años.

Si las actuales negociaciones tienen éxito, la carta del nuevo banco quizás quede completada para febrero y después se transmitirá a los cuerpos legislativos de las 21 repúblicas para ser ratificada. Y así, ahora, es probable que el Hemisferio alcance a tener en unos pocos meses, uno de sus deseos más imperiosos: Un Banco Regional".

(1) "VISION", 30 de Enero de 1959

Homenaje:

Doce Panameños Ilustres en el Aniversario de sus Nacimientos

Por JUAN ANTONIO SUSTO

Joseph Justo López Murillo.—Luis Salvador Durán.—José Faustino de Alba.—Manuel Alemán.—Valentín Bravo.—José Agustín Arango.—Manuel Paulino Ocaña.—Santiago McKay.—Luis Ramón Alfaro.—Adolfo Alemán.—Calixto A. Fábrega.—Antonio Burgos.

* * *

1728.—Febrero 25.—Nació en la población de Portobelo, el doctor JOSEPH JUSTO LOPEZ MURILLO, sacerdote. Doctor en Teología en 1751; Abogado de la Real Audiencia de Santa Fe y de Pobres de Panamá, en 1753. Examinador Sinodal. Abogado de la Universidad Xaveriana de Panamá.—Provisor y Vicario General.—Murió en Panamá el 12 de Febrero de 1786.

* * *

1772.—Febrero 20.—Nació en la ciudad de Panamá don LUIS SALVADOR DURAN. Fue Cabildante en 1821 y como tal firmó el Acta de la Independencia de España de 28 de Noviembre de ese mismo año, y la de 1830. Bolívar le otorgó el Busto del Libertador.—Murió en la ciudad de Panamá, el 11 de Febrero de 1852.

* * *

1789.—Febrero 13.—Nació en la ciudad de Panamá, don JOSE FAUSTINO DE ALBA.—Fue Cabildante, Contralor del Hospital Militar.—Agente Fiscal. Como Concejal en 1821, firmó el Acta de Independencia de 28 de Noviembre, y también la de 1840.—Tuvo destacada posición social.—Murió en la ciudad de Panamá el 15 de Agosto de 1860.

* * *

1798.—Febrero 19.—Nació en la ciudad de Panamá, el Coronel MANUEL ALEMAN.—Contribuyó a la Independencia de 1821. Fue Catedrático.

tico de Literatura, Magistrado de la Corte, Procurador de Panamá. Condecorado con el Busto del Libertador.—Firmó la Independencia de 1831.—Murió en la ciudad de Panamá, el 16 de Junio de 1880.

* * *



1840.—Febrero 14.—Nació en la ciudad de Panamá, don VALENTIN BRAVO, educador. Recibió su educación en el Colegio Provincial de Panamá. Fue primer Sub-Director de la Escuela Normal de Institutores (1872). Poseyó el latín, el francés y el inglés.—Escribió un tratado de Gramática y otro de Métrica.—Murió en la ciudad de Panamá, el 22 de Abril de 1882.

* * *

1841.—Febrero 24.—Nació en la ciudad de Panamá, don JOSE AGUSTIN ARANGO, prócer. Se educó en los Estados Unidos. Estuvo al servicio de la Compañía del Ferrocarril de Panamá. Fue uno de los ocho conjurados de 1903 y Presidente de la Junta de Gobierno Provisional. Murió en la ciudad de Panamá, siendo Secretario de Relaciones Exteriores, el 10 de Mayo de 1909.



* * *

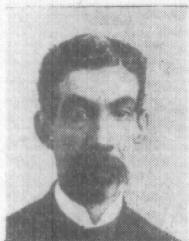


1842.—Febrero 18.—Nació en Natá de Los Caballeros, don MANUEL PAULINO OCAÑA, jurisconsulto. Estudió en Cartagena (Colombia). Fue Diputado a las Asambleas Legislativas de 1874, 1875 y 1886. El memorable 3 de Noviembre de 1903, lo cogió siendo Presidente del Consejo Municipal de Penonomé.—Murió en esa ciudad el 4 de Enero de 1928.

* * *

1844.—Febrero 19.—Nació en la ciudad de Panamá, don SANTIAGO MCKAY, Contabilista. Fue Cónsul en Panamá de Honduras y de Costa Rica. Senador en 1888 y 1890.—Secretario de Gobierno de la Gobernación de Panamá (1889). Inició la fundación del telégrafo en Panamá.—Murió en La Chorrera, el 18 de Abril de 1892.





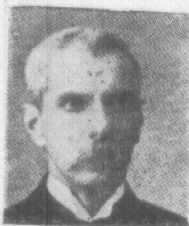
1844.—Febrero 28.—Nació en la ciudad de Panamá don LUIS RAMON ALFARO, jurisconsulto. Estudió en los Estados Unidos. En 1890 hizo el valioso facsímile del Acta de Independencia de 28 de Noviembre de 1821. Venezuela lo condecoró con el Busto del Libertador.—Murió en esta ciudad, siendo Magistrado del Tribunal Superior de Justicia, el 6 de Marzo de 1892.

* * *

1857.—Febrero 23.—Nació en la ciudad de Panamá, don ADOLFO ALEMAN, literato.—Estudió en Bogotá. Fue Administrador y Secretario de Hacienda, en el Departamento. En la República, Jefe del Registro de la Propiedad, Procurador General de la Nación; Sub-Secretario de Fomento y Obras Públicas y Jefe de la Oficina del Censo.—Murió en esta ciudad el 4 de Septiembre de 1914.



* * *



1861.—Febrero 26.—Nación en Santiago de Veraguas, el doctor CALIXTO A. FABREGA, médico.—Obtuvo el doctorado en Medicina ne 1885.—Fué Diputado a la Asamblea Departamental en 1888; Representante en Colombia en 1892.—Prefecto de Veraguas y Administrador de Hacienda.—Murió en Santiago de Veraguas, el 25 de Enero de 1955.

* * *

1873.—Febrero 11.—Nació en la población de Chitré, don ANTONIO BURGOS, historiador y diplomático.—Se educó en Cartagena (Colombia). Fue Inspector de Instrucción Pública.—Representante al Congreso Colombiano.—Diputado a la Asamblea Departamental.—Constituyente en 1904.—Cónsul en Génova.—Diputado a la Asamblea Nacional.—Ministro en España, Italia y Brasil. Delegado a la Liga de Naciones.—Murió en Roma, el 1º de Agosto de 1937.



Nuestros Colaboradores:

**Colaboradores de "Lotería"
en 1958**



**Dr. Mendoza
Carlos F.
Director**



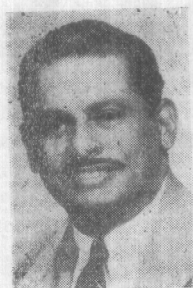
**Ldo. Turner
Domingo H.
Editor**



**Bach. Susto
Juan Antonio
Editor**



**Sr. Pinel
Pablo A.
Administrador**



**Sr. Aguilera Jr.
Rodolfo**



**Sr. Alain A.
Elías**



**Dr. Alfaro
Ricardo J.**



**Sr. Arias
Tomás**



**Sr. Batalla
José Gmo.**



**Dr. Batista B.
Isaias**



**Ldo. Beluche M.
Isidro A.**



**Ldo. Benedetti
Adolfo**



**Ing. Bermúdez
Ricardo J.**



**Ldo. Beytía M.
Abel**



**Prof. Pérez C.
Cathv**



**Prof.
Brenes C.
Gonzalo**



**Prof.
Burkenroad
Marienne**



**Ldo. Cabezas L.
Carlos**



**Sr. Callejas B.
Santander**



**Prof. Carles
Rubén Darío**



**Ldo.
Castellero C.
Alfredo**



**Prof.
Castellero R.
Ernesto**



**Sr. Castillo
Moisés**



**Prof. Chase
Gilbert**



**Sr. Escobar
Leonidas**



**Ldo. Fábrega
José Isaac**



**Ldo. Fortune
Armando**



**Sr. Franceschi
Víctor M.**



**Sr. Garcerán
Buenaventura**



**García R.
Luís Rubén**



**Dr. Gasteazoro
Carlos M.**



**Sr.
de la Guardia
Ernesto**



**Sr. Guillén
Olmedo**



**Sr. Harold
Edward C.**



**Prof.
Herrebarria
Adriano**



**Prof. Iannello
Reina T. de**



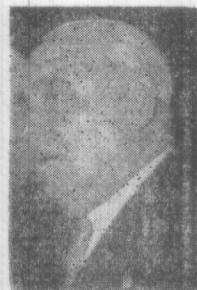
**Dr. Izasa, C.
Baltazar**



**Sr. Justiniani
Nicolás Luis**



**Sr. Laurenza
Roque Javier**



**Sr. Lefevre
José E.**



**Sr. Meinsenhelder
Edmund W.**



**Prof.
Meléndez D.
Silvio**



**Ldo. Mendoza
Carlos Alberto**



**Ldo. Miró
Rodrigo**



**Ldo. Moncada L.
José Antonio**



**Dr. Núñez
Daniel E.**



**Srta. de Obaldía
Manonguita**



**Sra. Obaldía
María O. de**



**Sr. Ofler
José**



**Sr. Ortiz E.
Juan Antonio**



**Dra. Peña
Concha**



**Dr. Reverte C.
José Manuel**



**Ldo. Reyes T.
Benito**



**Prof. Rodríguez
Mario Augusto**



**Prof. Sierra
Estela**



**Sr. Silvera
Eudoro**



**Dr. Soler
Ricaurte**



**Prof. Solís
Menalco**



**Sr. Soto
Mariana**



**Sr. Stoop
Don**



**Ldo. Sucre C.
Carlos**



**Dr. Tapia
Arturo**



**Prof. Tejeira
Gil Blas**



**Prof. Tejeira
Moisés**



**Prof. Toral
Demetrio**



**Sr. Torrijos H.
Moisés**



**Dr. Turner
David F.**



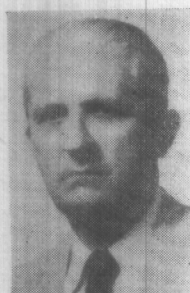
**Ldo. Turner
Jorge**



**Dr. Westerman
George W.**



**Sr. Ycaza
Hortensio**



**Prof. Zárate
Manuel F.**

Homenaje:

**EN EL XLIII ANIVERSARIO DE LA MUERTE DEL
DOCTOR CARLOS ANTONIO MENDOZA**
UN DISCURSO SUYO DE 1890

Por CONCHA PEÑA

El 13 de Febrero, marca en la historia panameña una fecha de duelo, porque en ese día del año 1916, cerraba los ojos para siempre uno de los más nobles e ilustres ciudadanos que ha dado el Istmo de Panamá; el Dr. Carlos Antonio Mendoza.

Su desaparición de la vida terrenal, fué un lamento de dolorosa eclosión ciudadana. Muchos, muchísimos hijos de este Istmo le lloraron.



Dr. Mendoza

Innumerables fueron los hombres que escribieron páginas muy bellas recordaron su vida afanera, y cantaron su agitar glorioso por la Independencia de su adorada Patria.

Hoy como homenaje al gran repúblico, al caudillo de empinadas gestas democráticas, al luchador sin descanso por los fueros de la verdad y de la justicia, al que fuera ejemplar Jefe de la naciente República, al escritor ponderable, al amparador de toda angustia o dolor ciudadano, al liberal de doctrina purísima, quiero recordar uso de sus innumerables discursos que apuntalaron el pedestal de su fama.

Me refiero a las palabras que brotaron de su ingenio poderoso al inaugurar la Biblioteca de la "Sociedad Progreso del Istmo", oración cívica que pronunció el 28 de Noviembre de 1890 al dejar la presidencia de aquella singular asociación, que labró gestas magníficas de cultura y patriotismo.

Ante un inmenso público, el doctor Mendoza, con aquel porte señorial que le distinguió, con aquella vibrante y emocionada voz que atrajo a las masas, con aquellos gestos de auténtico líder comenzó:

"Señores Miembros de la Sociedad: —Un año hace que me elegisteis vuestro Presidente en el período administrativo que termina hoy y por última vez me toca reuniros con triple objeto; para festejar el aniversario

de la Independencia de la Patria; para declarar abierta al servicio del público la Biblioteca que ha comenzado a formar la Sociedad; y para cumplir el deber de pasar a otras manos la dirección de las tareas.

El hombre no es capaz de nada abandonado a si mismo, y es capaz de todo, asociado a sus semejantes. Así lo estimó el grupo de fundadores de esta Sociedad, cuando la establecieron el 29 de Julio de 1888.

Nuestras esencialmente aspiraciones patrióticas, quedaron fijadas al leer la fecha del 28 de Noviembre con la transmisión de poderes de los Dignatarios de la Sociedad, uniendo así, íntimamente la memoria del hecho memorable que dió vida a la Patria, con los anhelos y las esperanzas que abrigamos sus hijos de proporcionarle el porvenir de civilización y de progreso, que ella se prometió, al separarse para siempre del sistema de gobierno monárquico.

Nunca me parecen los hombres más en armonía con sus altos deberes, como cuando se unen en un solo sentimiento para recordar los hechos que honran a su país y para tributar a sus antores homenaje de admiración y de gratitud. Nosotros los agraciados, nosotros los redimidos, expresamos por eso hoy el debido reconocimiento a los treinta y un ciudadano que firmaron el acta de la independencia del Istmo, elevándose majestuosamente en los anales de la Historia, como se elevan en los espacios ciertos astros de brillo incomparable, que revelan al alma inmensidad de horizontes.

Señores: se cumplieron en la segunda mitad del siglo XV dos grandes acontecimientos precursores de la transformación de las sociedades. Me refiero al invento de la imprenta, alcanzado en 1455, y el descubrimiento de la América en 1492. Con la imprenta tuvo la libertad su más poderoso vocero, y tuvieron los derechos de los pueblos, tan inmutables como la naturaleza humana, su adalid invencible. El descubrimiento de la América, dominada y colonizada por los gobiernos despóticos de la Europa, dió a las clases opresas el mundo de las esperanzas, la tierra de la redención, el inmenso continente, que extendido de polo a polo, ofrece en su seno a todas las razas asilo para vivir libres. La América, cuyas eminencias se pierden entre las nubes como queriendo ir al infinito a arrancarle sus secretos; cuyos montes, valles y sabanas podrían abrigar la actual población de la tierra; cuyos ríos caudalosos rivalizan con los océanos; cuyas riquezas son inconcebibles, la América está dedicada por Dios para morada de la Libertad, porque este necesita respirar en dilatados horizontes y contemplar las magnificencias de esta creación.

Grande como fué el influjo ejercido en los destinos de la humanidad por la aparición del continente nuevo, es mayor aún el de la independencia del mundo de Colón en la civilización y progreso universales. Este siglo tan portentoso en todos los conceptos, no ha visto nada tan grande como la emancipación americana. La autonomía de las colonias que existían en la América y la perpetuación de su vida independiente, son las bases del progreso actual de las naciones, porque abiertas como están las tierras que las componen a la acción civilizadora del comercio, de las artes y de las ciencias, se sustrajo medio globo al estancamiento a que lo tenía reducido una política estrecha, suspicaz y despótica para incorporarse al movimiento progresista de los pueblos.

Tarea ajena a esta ocasión es la de enumerar las conveniencias industriales que ha proporcionado a la humanidad la Independencia de la América: bastará, a la brevedad de los momentos de que dispongo, recordar que la aplicación del vapor a la náutica, y la de la electricidad a la transmisión instantánea de la palabra escrita, solo se obtuvieron cuando los creadores de las independientes nacionalidades Norte, Sur y Centro Americanas, abriendo nuevos veneros de riquezas al activo trabajo del colono convertido en ciudadanos. Los buques de vapor y el telégrafo eléctrico, la infinidad de inventos que de un siglo acá han transformado las artes y las ciencias, no hicieron su aparición sino cuando tuvieron aquende el Atlántico ancho campo en donde las riquezas solo esperan ser recogidas, y donde todo se presta a que germinen y se propaguen los ideales del derecho y de la libertad.

La República como es entendido en los tiempos modernos, es la forma de gobierno más apropiada para hacer la felicidad de los pueblos, y la única compatible con los triunfos que el soberano ha alcanzado; triunfos de la democracia, cuyos principios al aparecer revelaron la verdadera fórmula del bien y de la fraternidad universales.

Buscad, señores en la Historia de América los progenitores de su Independencia y veréis que ella no fué, no pudo ser, obra de restringido número de individualidades. Más en esa misma historia hallaréis como se guardaron con solícito esmero los nombres de los que asumieron la personería de la Patria en esos momentos en que hasta la naturaleza parecía ser adversa a la obra de redención. Esa misma Historia repetirá por todas las eternidades, que entre los más grandes héroes a quienes ella otorga la inmortalidad, Bolívar sobresale.

En efecto, Bolívar no tiene igual. El molde en que la Providencia lo vació fué único, porque no había dos Américas que liberrar. Su obra de Libertador no tiene semejanza con las de otros. Tell funda sobre bases inmovibles las libertades suizas; Washington hace autónomas parte de las colonias inglesas. Pero sus nobilísimos propósitos no llegan a alcanzar la buena voluntad y el éxito con que Bolívar y sus tenientes lucharon por la Independencia Sur Americana. Apenas conseguida la emancipación de la Nueva Granada y de Venezuela, sintió Bolívar estrecha la corona de gloria que tenía derecho a ceñirse: funda entonces la Gran Colombia y salvando sus límites hace lucir sobre los descendientes de los Incas, el sol de la Libertad, que para ellos se había ocultado en la larga noche de trescientos años de servidumbre; y concluye su obra clavando victorioso su pendón tricolor de guerra en las cumbres del Potosí, para saludar la creación de la República de Bolivia.

Aun cuando, por su situación el Istmo de Panamá ha llevado siempre una vida alejada de la del resto del país, le cupo también su parte en los esfuerzos, en los sacrificios y en los resultados. La emancipación de las provincias istmeñas se verificó por virtud de una incruenta revolución: las fuerzas españolas acantonadas en el territorio de Panamá, comprendieron que los pueblos del Istmo querían ser independientes y que pondrían a un lado implacablemente los obstáculos que se opusieran a su determinación. La prudencia y consejo a los representantes de España el aceptar los pasaportes que le ofrecía el Gobierno independiente. Así fué, señores Socios, como sin derramamiento de sangre, conquistaron nuestros antecesores la Independencia de la Patria.

De entonces para acá nuestra suerte ha permanecido unida a la República de Colombia por espontáneo deseo de los próceres del 28 de Noviembre: para sellar la sinceridad de nuestra voluntaria incorporación a la República creada por el Congreso de Angostura y organizada por Santander, pelearon los istmeños, Miró, Herrera, Arze etc. y sangre panameña creó en los campos de Pichincha, de Junín y de Ayacucho.

Señores: El 28 de Noviembre de 1821 no ha acabado de dar sus frutos. El tiempo transcurrido desde entonces, apenas ha bastado, para iniciarnos en la vida independiente. El Istmo se halla en una de las evoluciones sucesivas por las cuales pasa el desarrollo de los pueblos. Se siente el principio de una reacción benéfica, que impulsará a la Patria a mejores destinos que los alcanzados hasta ahora. Nótese cierto deseo de formar asociaciones, que como el PROGRESO DEL ISTMO, propenden al

mejoramiento y más amplia cultura de la sociedad istmeña. La existencia en otros Departamentos de abundantes núcleos de enseñanzas, el establecimiento de Bibliotecas, Ateneos y Sociedades literarias y artísticas, contrasta con la carencia de ellas en el Istmo. Los fundadores de la del PROGRESO nos propusimos crear un centro que moviera a los demás istmeños y adquirirlas nuevas, para procurar hacer algo en favor del país.

Son ya visibles a los ojos de todos los efectos de esta evolución, cuyas fases se suceden y encadenan con seguridad. La Sociedad ESCUELA LITERARIA, fundada en esta capital, promete tener duración y dar excelentes resultados. En la Comarca de Bocas del Toro se ha establecido otra con el simpático nombre de SOLES DE BOLIVIA. Fue brillante el concurso abierto por nuestra Sociedad en el año anterior y merecieron los premios ofrecidos, los señores don Federico Escobar, medalla de oro, don Verísimo Herazo, medalla de plata y el Doctor Gaspar Arosemena, mención honorífica. Los agraciados han recibido las medallas y diplomas respectivos.

A parte de esto, se palpa un movimiento literario inusitado. Es el comienzo del despertar de un pesado sueño. Sin duda, no alcanzaremos tan pronto como fuere de desearse un alto grado de adelanto; pero en la oscura zona que nos envuelve, se ven, hace poco tiempo, brillar aquí y allí puntos luminosos cuya intensidad va creciendo.

La Biblioteca, desde hoy, se pone a la disposición del público y ayudará a realizar nuestros deseos.

Sábese que los libros que la forman han sido donados a la Sociedad y no cumpliría yo la más sagrada de las obligaciones, si no diera un testimonio público de reconocimiento a todas las personas que han tenido la amabilidad de corresponder, con obsequios de libros, al pedido de la Sociedad.

Señor DR. BELISARIO PORRAS: Mucho confía la Corporación en la inteligencia de usted, en su celo y laboriosidad; y más que todo en su celo en la promesa que usted va a prestar. Cada uno de nosotros espera que en el año que usted va a prosidirnos, se acentúe más la concentración de fuerzas y elementos distintos necesarios para llevar a cabo nuestra obra; que veamos nacer y anudarse nuevos centros, cada uno con sus caracteres propios, con la señal de su medio, y el sabor de su terruño. Siempre han existido buenos elementos en el Istmo, pero para ser variadas potencias de una misma alma, les ha faltado unidad. Las cosas van presentándose en un orden más natural, y no está distante el día —espe-

ro con entera fé su advenimiento— en que esta Sociedad sea verdaderamente un centro de aspiraciones, al mismo tiempo que un foco radioso.

SEÑORES SOCIOS: Refiere un escritor francés que cuando Harrison marchaba al suplicio, oyó una voz que decía: “¿Dónde está la buena y antigua causa? . . . ?” Aquí contestó el mártir de la libertad, señalando el corazón, y agregó el mismo escritor que, en el día que precisamente tenga que morir en el cadalso, la libertad ha sufrido bastante para que el hombre que la adora tenga también el derecho de decir: “La buena y antigua causa está aquí, y a todo trance me mantendré su defensor”.

La Libertad, la República y el Progreso exigen, en aniversarios como el que hoy se celebra, que cada uno de los hijos del Istmo, hagan votos y los cumplan, de ser sus firmes defensores”.

Casi todos los ciudadanos que escucharon con fervor las hermosas palabras del doctor Carlos Antonio Mendoza, que solo contaba por entonces 34 años de edad, fueron paladines del progreso y lucharon a su modo por la Independencia y la Libertad del Istmo, como Antonio León Soto, Edmundo Botello, Federico Escobar y sobre todo Rodolfo Aguilera, el que pautó en amplios caminos de la Libertad, anhelo que siempre llevaba prendido en su alma aquel extraordinario repúblico que fué el doctor Mendoza.

Ejemplo de virtudes ciudadanos, fué aquella colosal figura que hoy recordamos una vez más al cumplirse el cuarenta y tres aniversario de su desaparición, y como homenaje a su memoria depositamos en su bronce santanero una rama de laurel, para reverdecer la corona de su gloria.

Panamá 13 de Febrero de 1959.

DATOS CURIOSOS DE LA LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA

- 0000.—No ha salido.
- 1111.—Salió el 24 de Mayo de 1952. (Tercer Premio)
- 2222.—No ha salido.
- 3333.—Salió el 18 de Octubre de 1925. (Tercer Premio)
- 4444.—Salió el 18 de Marzo de 1945. (Primer Premio)
- 5555.—Salió el 24 de Junio de 1951. (Tercer Premio)
- 6666.—Salió el 14 de Agosto de 1955. (Tercer Premio)
- 7777.—Salió el 5 de Agosto de 1955. (Primer Premio)
- Salió el 16 de Febrero de 1958. (Segundo Premio)
- 8888.—Salió el 15 de Marzo de 1925. (Primer Premio)
- 9999.—Salió el 22 de Octubre de 1939. (Primer Premio)

Homenaje:

Del Pueblo de Ocú al Profesor Castellero

* * *

PALABRAS DE AGRADECIMIENTO

Damas y caballeros:



Prof. Castellero

Hace cincuenta y cinco años y medio, un adolescente huérfano de padre que acababa de cumplir catorce años, abandonó por primera vez este rincón querido de Ocú, donde había visto la primera luz y lanzado el primer vagido al nacer a la vida. Estaba en la edad en que, como dice el Padre Luis Coloma, la naturaleza despierta, la imaginación divaga por mundos desconocidos y se forjan sueños que a veces se realizan, y otras se desvanecen en el fracaso y en el dolor.

Había apenas pasado la larga y cruenta guerra civil que azotó al país durante más de tres años, en cuyo lapso las escuelas estuvieron suspendidas por largo período. Sus conocimientos eran por eso muy rudimentarios a pesar del empeño paternal de ese insigne maestro que se llamó José Dolores Carrizo, con cuyo benemérito nombre ha sido bautizada esta escuela, quien hubo de desempeñar interminantemente en aquellos años aciagos su apostólica función docente, con abnegación y desprendimiento ejemplares. Don Dolores, como se le llamaba, fue el preparador de esa legión de jóvenes ocueños que con el transcurrir de los años ha venido a constituir la brillante pléyade de intelectuales que son hoy promesa y orgullo de este pueblo.

A principio de 1903 realizó el dignísimo Jerarca de la Diócesis de Panamá, el recordado y sabio Obispo Doctor Francisco Javier Junguito, de santa memoria, su primera visita pastoral a la parroquia de Ocú, regentada por un sapiente sacerdote que dejó recuerdo imperecedero en la feligresía: el Presbítero don José de los Santos Valdés, a quien servía de monaguillo el niño de nuestra referencia.

Simpatizó con el párvulo el ilustre Prelado y le propuso que se trasladara a Panamá con él para que realizase estudios en el Seminario, único plantel de educación secundaria para varones existente entonces en la capital del Departamento. La proposición del Obispo era tentadora por lo generosa, y recuerdo la escena de convicción que se desarrolló en el hogar del niño, honrado con la presencia del augusto Pastor de la Iglesia, para obtener la venia de la madre a fin de que su menor hijo recibiese los beneficios de una sólida educación que él espontánea y desinteresadamente le ofrecía en la ciudad capital. Entre lágrimas de ternura y agradecimiento, la buena madrecita decidió hacer el sacrificio de la imprevista separación de su último retoño, ya ue ello era imprescindible para el bien de éste, y el 15 de julio de 1903, acompañado de un hermano, aquel niño que lindaba apenas en la edad de la pubertad, se desprendió de los brazos amorosos de su progenitora, anciana ya, y de sus hermanas llorosas, para emprender el camino de lo desconocido en busca de un destino que nadie podía prever entonces.

Los años transcurrieron. El niño que adofescente, en ansias de ilustrarse había abandonado el caro hogar, nunca más volvió a ser parte del mismo, donde por desgracia se extinguió, con la muerte, para él, años después, el calor de la madre que tanto amaba, viéndose privado de la ternura de sus caricias. Sus visitas al pueblo nativo se realizaron desde entonces a intervalos más o menos largo-, aunque nunca dejara de añorar a los amigos de su infancia, y de recordar los rincones familiares donde transcurriera su niñez. La Divina Providencia le había señalado otros caminos, y hubo de recorrerlos con entereza y resolución.

En efecto, no siendo la voluntad de Dios que la vida religiosa constituyese su misión en la sociedad, abrazó la carrera del Magisterio, que desempeñó por largos años en diversos centros de educación del país. Maestro, Director, Inspector de escuelas primarias, más tarde profesor de colegios secundarios, y, por último, Director General de Enseñanza de la República, tales fueron las etapas ascendentes de su trayectoria como educador durante treinta años consagrados a la docencia. Mientras tanto, su vocación por las Letras históricas se fue formando a través de esta actividad mediante el estudio de las fuentes de la historia nacional. En periódicos y otras publicaciones panameñas y del exterior, fue vertiendo sus ensayos literarios que poco a poco han constituido el acervo, hoy abundante y contenido en casi un centenar de libros y folletos sesenta editados en volúmenes y otros tantos inéditos -, que representan toda una vida de intensa laboriosidad. Las Academias y centros culturales, tanto del país como del extranjero, han premiado su asidua labor otorgando-

le títulos e inscribiendo su nombre entre los eminentes varones que integran tan ilustres corporaciones. Quince Academias de Historia de América y España, y más de treinta Sociedades de intelectuales de diversos países le han hecho su Socio Honorario o Correspondiente, y ultimamente la Academia Panameña de la Historia, respetable corporación que cuenta en su seno a prominentes hombres de Letras, catedráticos, internacionalistas, científicos, magistrados, etc., lo ha elegido por unanimidad su Presidente, sucediendo en tan honrosa posición nada menos que a dos de nuestros más eminentes escritores y hombres públicos: el doctor Octavio Méndez Pereira, educador insigne y publicista que fue el primer Rector de la Universidad de Panamá, y el doctor Ricardo J. Alfaro, connotado Catedrático, reputado historiador y jurista de celebridad internacional, ungido otrora con la Presidencia de la República.

Pues bien, mis distinguidos amigos, ese niño que sesenta y nueve años atrás naciera en este pueblo, para él presente siempre en su corazón y en su mente, donde transcurrió su infancia feliz, ha vuelto hoy entre ustedes para recibir de sus conterráneos, con el alma henchida de ternura, estos solemnes homenajes de simpatía y cariño, que emocionado les agradece de todo corazón. Si faltando a la modestia les he expuesto ahora un recuento de mi vida, pública, no ha sido con objeto de engrandecerme en concepto de ustedes, ni de deslumbrarles con mis triunfos que Dios ha querido permitir que cosechara, sino para ofrecer mi ejemplo a los jóvenes ocuñeos que pueden, de quererlo, alcanzar iguales y aún mejores lauros si perseveran en transitar, como lo he hecho, por las sendas del trabajo, teniendo una acrisolada honorabilidad como norma de vida.

Pobre, muy pobre fue mi hogar. Me eduqué gracias, como he dicho, a la generosidad de un Prelado magnánimo, e hice mi carrera con la abnegada ayuda de un bondadoso y excelente hermano que no reparó en sacrificios para que yo pudiera escalar la meta de mis aspiraciones mediante una profesión dignificadora. Lo demás es obra mía: fue el resultado de mi ambición, una ambición noble de superación y de éxito, que la Divina Providencia, benévolamente, me permitió alcanzar.

Yo estoy satisfecho de mi vida y complacido de mi pasado. Puedo descansar en el Señor cuando él se sirva llamarme a su lado, sin desear nuevos triunfos porque todos los que aspiré me han sido concedidos por su omnipotente voluntad. Para culminación de tantas satisfacciones, esta apoteosis de mi pueblo nativo, rebosa la copa de mi felicidad. Ocú sabe que le he querido siempre, que me he enorgullecido de ser su hijo, y puede estar seguro de que en cada peldaño que he subido hacia la meta del éxito, siempre lo he pensado y mentalmente se lo he ofrecido. Mi propósito ha sido ser digno hijo de Ocú.

Dr. José María Núñez; Entre las delicadezas que en conjunto constituyen el presente homenaje, sobresale para mí el haberlos escogido sus organizadores como participante en esta magnífica velada celebrada en mi honor. Compañero de mi infancia, un cariño leal y muy estrecho nos ha unido a través de nuestras vidas. El doctor Núñez es, sin duda, el más alto exponente intelectual de Ocuí, fecundo en personalidades ilustres. Por eso considero un especial honor que haya aceptado la representación del pueblo ocueño en el acto solemne que nos ha congregado aquí.

Particular relieve ha adquirido el presente acto con la presencia entre nosotros, muy honrosa, del señor Ministro de Educación, Licenciado Carlos Sucre C., quien en su propio nombre y en el del Excelentísimo Señor Presidente de la República acaba de exteriorizar su adhesión al mismo con palabras de elogio para mi persona, que agradezco a ambas distinguidas personalidades con sinceridad y cariño.

Y sean mis postreras palabras para agradecer muy especialmente la magisterio ocueño que constituye el "Centro José Dolores Carrizo", esta magnífica velada, expresión excelsa de la refinada cultura y el gusto, artístico de los participantes en ella. Nunca tuve la dicha de ejercer el magisterio de la enseñanza en la escuela de Ocuí, pero, como antes he manifestado, fui discípulo de ese insigne educador cuya memoria se conserva aquí con la veneración y el cariño a que su labor educativa, realizada con ejemplarizante consagración entre nosotros, lo hace merecedor. Y como tal antiguo alumno, el recuerdo de mi adolescencia transcurrida en mi pueblo, asistiendo a su escuela junto con aquellos compañeros de infancia que hoy son respetables troncos de familias honorables y virtuosas, jamás se borró de mi mente; y hoy como ayer, me siento estrechamente vinculado a este centro educativo que fue mi primer hogar espiritual, y por haber sido el primero, es indiscutiblemente el más querido para mí.

OCU, 17 de Enero de 1959.

NUMEROS FAVORECIDOS POR LA SUERTE EN ENERO Y FEBRERO DE 1959

Fecha	Sorteo N°	Primero	Segundo	Tercero
Enero.... 4	2078	4972	2135	9219
Enero.... 11	2079	6451	4065	5960
Enero.... 18	2080	9303	2324	8282
Enero.... 25	2081	3426	2473	4674
Febrero.. 1º	2082	0356	8212	4679
Febrero.. 8	2083	8856	5717	0766
Febrero.. 15	2084	8109	9066	1314

Ensayo:

El Conflicto de Lealtades en la Iniciación Republicana

Por DIOGENES DE LA ROSA

* * *

I

EXTREMISMOS COADYUVANTES

La historia de la República ha padecido el influjo perjudicial de criterios inexactos y actitudes equívocas. El sentido y valor del 3 de Noviembre lo han maltraído el panegírico y la diatriba. La beatería procerista y la denuncia antipatricia, externamente contrapuestas, concurren en sus efectos porque derivan de parejas falacias. Parten ambas, aunque en direcciones contrarias, de un supuesto delfinista, antepurista del acontecer histórico. Ovidan que el proceso humano lo mueven intereses transitorios psicológicamente como aspiraciones e ideas no siempre diáfanas y consistentes. Tales intereses son legítimos cuando están vinculados a las necesidades de progreso de porciones considerables de la humanidad y mezquinos cuando se ligan a las ambiciones exclusivas de estrechos grupos sociales. La realidad rara vez los separa categóricamente, sino que los confunde y trenza en las instancias del devenir. El predominio de unos sobre otros lo determina, en la ecuación de los acontecimientos, el más y el menos de la necesidad y la contingencia. En el decurso de los sucesos, las más altas demandas colectivas suelen ceder puesto y voz a los reclamos egoístas de cerradas minorías. Por ello tanto las condenas ina-

pelables como las alabanzas incondicionales son por igual impertinentes cuando se trata de comprender los hechos históricos.

La cautela aséptica conque las generaciones postnovembrinas se acercan al acto separatista de 1903, trasluce un deseo de purificar las aguas madres del período republicano. Pero tal intento apareja el riesgo de frustrar el alumbramiento de certidumbres valiosas tanto para la comprensión del pretérito como para la orientación de nuestro paso en los parajes tortuosos y lóbregos que hoy cruzamos. Quizás tan necesaria como la investigación del 3 de Noviembre, es la tarea de perfilar su puesto y significado en una reconstrucción integral y coherente de nuestro desenvolvimiento. Para ello hay que renunciar a ciertos conceptos que son abstracciones parciales y rígidas, de una evolución tan multiforme y fluctuante como la de las nacionales que presenta cariz distinto de un país a otro y de uno a otro momento. Diversidad que, no obstante, se despliega vinculada a un substrato psicológico, a un elemento subjetivo tan esencial a la existencia de una nación, la voluntad de ser, como la necesidad de creer a los cimientos de toda fé.

Carece de sentido buscar en los sucesos de 1903 héroes y hazañas que no podían engendrar, lo mismo que rechazar figuras y actos no ajustables a un modelo que puede parecernos perfecto, pero que era ajeno a una realidad muy particular. Procediendo precisamente a la inversa, hemos tenido como resultado inevitable fábulas rosadas o relatos malignos, agujereados unas y otras de omisiones e incoherencias, e interpretaciones en gran parte descaminadas, aunque algunas sutiles. Comprenderemos mejor aquella conjunción de tenaces fuerzas históricas, si queremos verla como fué y tenía que ocurrir y la insertaron en la perspectiva propia de su momento.

En los orígenes de toda nacionalidad interviene un conflicto de lealtades. La faena integradora de aquella requiere una preparación diferenciadora y separatista. Como idea y como organización, la nacionalidad es un precipitado cultural occidental que se divorcia de la idea ecuménica que trata de cristalizar en un imperio universal teológico-político. Esta escisión y ruptura importa un cambio de mentalidad, un contenido de conciencia, un traslado de adhesiones, una necesidad de justificación. Para fundamentar y consagrar tal transformación forja Europa una filosofía de vastas consecuencias ideológicas, sociales y políticas que luego prestaría su tesis y argumentos a los adalides de la independencia americana. Esa sustitución de lealtades y el conflicto espiritual que provoca aparecieron también en Hispanoamérica y no estuvieron ausentes del advenimiento de la República, aunque, desde luego, afloraron de manera congruente con antecedentes y circunstancias peculiares. ¿Cuántos pana-

meños sintieron vacilar su más recóndita intimidad en vísperas de 1903? Nunca se ha hecho tal cálculo y se explica. Nada prospera tan rápidamente como la victoria. El desenlace afortunado de la conjura sucesionista y la pronta consolidación del nuevo Estado barrieron todas las dudas y conquistaron en pocas horas el asentimiento de casi todos los remisos. No obstante, sería absurdo suponer que ocho décadas de asociación a Colombia hubieran dejado de crear sentimientos de dependencia e identificación hacia ella en el espíritu de muchos panameños. Las acusaciones de traición que emergían de Colombia para condenar las inquietudes separatistas, repercutían perturbadoramente en muchos ánimos. Alguien nos aseguraba que a media tarde del 3 de Noviembre se oía en el pueblo el grito de "mejor vendidos que regalados". Si así fué, tales voces daban amarga respuesta al reproche de traición que lanzaban a los istmeños desde Bogotá. Los votos de disensión que surgieron después, fueron pocos, y algunos muy conspicuos, pero reveladores de las preocupaciones morales que gravaban las almas en aquellas horas. Hubo, pues, un conflicto de lealtades cuyo examen no debemos rehuir. Ese conflicto tuvo rasgos distintos determinados por la circunstancia individual de los actores del hecho separatista. No fué el mismo, psicológicamente, para los nativos que apoyaron la secesión del Istmo que para personas oriundas de otras regiones colombianas. Y en el caso de éstos su solución en favor de la aspiración panameña nos otorgó la adhesión de hombres cuyos actos fueron decisivos para la proclamación, organización y estabilidad de la República. De entre ellos, nos referimos particularmente a dos figuras que, cada cual en su orden y jerarquía dieron contribución singular a la erección de la República.

II

EL GENERAL HUERTAS Y EL 3 DE NOVIEMBRE

El relato del General Esteban Huertas (*) sobre su intervención en el alumbramiento de la república no puede, desde luego, eximirle de errores de hecho y de juicio. No obstante, deja la convicción de que el papel del veterano militar en el 3 de Noviembre fué decisivo. De no jugarlo como lo hizo, habríase malogrado en aquella ocasión el empeño nacionalista de los panameños. La República habría surgido, acunada como estaba por fuerzas históricas de imperiosa vigencia, pero en hora posterior y mediante mayores esfuerzos. La actuación del General Huertas abrevió etapas y sacrificios. Esta es una verdad que debemos aceptar sin resistencias.

(*) "Memorias del General Esteban Huertas".

Sin embargo, ese hecho escueto, punto de inflexión del proceso nacional, transitó una idea a su realización, lo han visto de soslayo las generaciones postnovembrinas. Lo han esquivado con sonrojo y acritud como a testigo molesto de un pecado original, que quisieran borrar. Y es que, insistimos, olvidar que la historia no trabaja con ingredientes únicamente puros, ni apeándose a arquetipos morales, sino que hace su síntesis mezclando toda suerte de elementos. Así aconteció el 3 de Noviembre. En su fondo alentaba su reiterado anhelo de integración nacional. Anhelo primario, ochenta años antes, de inconformes minorías, severas peripecias lo habían transformado en inequívoco querer popular. El sentimiento de descontento lo aguijoneaban vicisitudes económicas comparables a las que padecieron otros pueblos en situaciones históricas semejantes. Había también, no cabe duda, la particular aprensión de un patriado residual, económicamente híbrido, ante las repercusiones del naufragio de la negociación canalera. Conjugada a lo anterior, la fuerza arrolladora de colosales intereses forasteros, pero ya avecinados en el Istmo se produjo el hecho de Noviembre. No podría, finalmente, omitirse la intervención del dinero, mediador inseparable en empresas quebrantadoras de cualquier estructura de poder. Riqueza y poder mantienen en todas las épocas una sociedad de beneficios mutuos. Ningún movimiento político puede, en consecuencia, funcionar sin el lubricante pecuniario cuya presencia se advierte en torno al 3 de Noviembre y en mayor proporción después que antes. Lo verdaderamente curioso es que la cicatería judaica que exhibieron en las gestiones preparatorias del movimiento separatista los mismos que sabían como se acrecentarían sus bienes al efectuarse su plan. Pero con toda la ingerencia de lo toscamente crematístico, resulta inexacto afirmar que el 3 de Noviembre fuese mera subasta a la gruesa o "feria del crimen", según lo calificó uno de sus más ácidos impugnadores. Como en cualquier trance parecido, actuaron allí, sobre el fondo de una aspiración colectiva legítima, los aprovechadores que calculaban al centavo los riesgos y en dólares los posibles réditos de su actuación. Afortunadamente no son éstos quienes les imprimieron a la fecha novembrina su significado histórico. En el aparecer confundidos en ella aspiraciones justas y cuidados usureros radica la causa de que varias generaciones, portadoras de ideales de vida digna y limpia, hayan querido huir de las apogías azucaradas, sólo para caer en la denigración agria e indiscriminada. Pero ni el elogio ni el vituperio favorecen la tarea de explicar el hecho separatista dentro del contexto de sus circunstancias situándolo en su exacta perspectiva histórica. Y esto, repetimos, no es menester gratuito, sino necesidad urgente propuesta como un deber a la conciencia de quienes no la tienen hipotecada a las exigencias de la despena.

Tratándose del General Esteban Huertas hay varias circunstancias que entorpecen la exacta inteligencia de su papel. Su partida de nacimiento ha sido agitada como documento de mayor fuerza por quienes se empeñaron en desconceputar los motivos de su acción en el memorable atardecer novembrino. Pero desestimaron algo que no puede pasarse por alto. En las jornadas forjadoras de la emancipación hispano americana y casi a todo lo largo del siglo pasado la idea nacional y el sentimiento de la nacionalidad no sufrían la coacción lugareñista que hoy los deforma. La independencia fué una empresa americana. Sus gestores palpitaban solidariamente en todos los ámbitos del mundo colonial. El sitio natal nada importaba cuando había que bregar por la libertad de cualquier provincia del continente. El pensamiento de los precursores y libertadores tenía amplitud americana aunque ellos libraron su acción sobre territorios limitados. En cuanto la independencia tuvo de guerra civil, combatida en función de ideas políticas, ni siquiera el origen territorial determinó siempre la separación entre insurrectos y realistas. Si algunos españoles lucharon por la emancipación también hubo americanos que la adversaron armas en mano. La idea prevalecía sobre el nacimiento. Americanos de diversa procedencia actuaban como ciudadanos en las nuevas repúblicas. El liberal platense evadía la tiranía homicida rosista para librar como propia la batalla de la libertad en Chile o en México. Así fué hasta doblar la esquina del siglo XIX. La contracción parroquial del nacionalismo q' convierte recíprocamente en extranjeros a los oriundos de distintas parcelas de América, es una de las equívocas hazañas de la vigésima centuria.

Retornando a nuestro tema, diremos que la particular relación política entre el Istmo y Colombia engendraba, no obstante las discrepancias, sentimientos de comunidad nacional entre los habitantes de ambas porciones. Siendo cada vez más panameños, los naturales del Istmo se sentían también colombianos. Y, a la inversa, muchos de los nativos del centro que echaban raíces en nuestra tierra, sentían crecerles en el alma una profunda adhesión al solar panameño. Las divergencias que los acontecimientos fueron cavando, entre Bogotá y Panamá, inevitablemente en su conciencia una callada pero tensa lucha de sentimientos. Pero la razón de las aspiraciones istmeñas en todo momento accesible a las más claras inteligencias de Colombia— despejó la disyuntiva en favor de Panamá. Sobra decir que la decisión fué difícil. La contraprueba nos la ofrecen dos insignes figuras de inextirpable raíz panameña. Pablo Arosemena refiere, en su prosa pulcra y cálida, la dolorosa porfía de afectos que conturbó su ánimo antes de sumarse al movimiento separatista. Belisario Porras, formado espiritual e ideológicamente en la devoción a los gran des jerarcas intelectuales del liberalismo colombiano, actor conspícuo en

las luchas políticas contra la Regeneración, se pronunció con vehemencia contra el hecho separatista. El exilio, tal vez, hizo que la nostalgia de un pasado intensamente vivido anublara de momento su mente. Cuando los acontecimientos cobran excepcional intensidad las contradicciones inherentes del ser humano le imprimen sesgo extraño a su conducta.

Como los demás colombianos de origen que contribuyeron a la fundación de la república, el General Huertas estaba espiritualmente inserto en la vida istmeña. Llegó al Istmo al comienzo de una carrera militar que, ocurrencia nada excepcional entonces, se inició como una travesura de muchacho. En Panamá maduró su varonía y recibió sus más altos grados militares ganados por su valor en las peripecias de las guerras civiles. Hombre de cuartel, cuando fundó hogar, una panameña fue su compañera y con ella asumió una grave y amada carga, la paternidad. Con la hebra de afectos tan elementales pero tan entrañables se prende el alma del hombre a un palmo de tierra, a una casa, a unas amistades, a un país. De allí manó la fuerza que, en un instante grávido de anhelos e incertidumbres, dió impulso a la decisión de Esteban Huertas. Al narrar el estado de espíritu existente en Panamá en las semanas precedentes a Noviembre nos comunica sus cavilaciones ante el renacer del sentimiento separatista. Los movimientos de los conjurados, aunque llevados por ellos como negocio de familia, no podían serle desconocidos. Sería demasiado creer que unos caballeros semi-urbicolas, vestidos de americana, chaleco y bombín, fuesen tan diestros en las artes herméticas de la conspiración que sus ajetreos los ignorase un jefe cuya carrera había transcurrido entre motines e insurrecciones. Pero este, según aparece en el relato, tenía también el ánimo comprometido en una morosa destilación de sentimientos y responsabilidades que se condensarían en una determinación de consecuencias irrevocables. Las propias palabras del General Huertas y las referencias de personas que le trataron en aquellas semanas pobladas de sustos y esperanzas demuestran que la revolución final no llegó repentinamente. No le podían, sin duda, convencer los circunloquios y tanteos evasivos de ciertos emisarios ni ganar su confianza unos conspiradores lísonos en el oficio, no obstante sus canas, que tomaban acuerdos a la hora del yantar hogareño. Su decisión la tomó por sí mismo. Cuando oyó necesitar un colaborador que actuara fuera del cuartel él mismo lo escogió. En la hora del desenlace, éste fué acto sólo suyo.

Y eso lo fué todo el 3 de Noviembre. Hay que reconocerlo. El arribo de los generales colombianos al mando de una tropa de repuesto engendró una ola de miedo. La conjuración, prácticamente, se disolvió. La mañana y la tarde del 3 de Noviembre transcurrieron entre la desolación y el desánimo y la deserción. Huídas, ocultamientos, planes teme-

rarios que no llegaban siquiera a intentonas. Escasos individuos seguían dispuestos, promediando el día, a no dejar que feneciera sin consecuencias una de esas viajeras ondas de entusiasmo y ardor tan peculiares al pueblo panameño. Todo ello se referiría hoy como un episodio de frustración si el General Esteban Huertas no hubiera "amarrado" a los jefes militares que venían a sustituirle e implantar en el Istmo un régimen de rigor cuartelario. La manifestación popular se habría desbandado a la primera ráfaga de metralla. El 3 de Noviembre sólo sería una asonada más en los anales istmeños.

Este es el hecho cabecera del período republicano y debemos enfrentarlo en su desnuda realidad. Huertas cortó la asociación a Colombia y franqueó el paso a la república civil que edificaron hombres enterados de muchas cosas en el orden de las ideas. Y precisa decir, también que la República se vistió de levita y no de casaca militar porque el General Huertas no padeció de ambiciones políticas. Teniéndolas entonces el militar que en aquel instante era dueño del sentimiento nacional, habría pasado sin transición del cuartel a la vieja casona de los gobernantes del Istmo. Meses más tarde, ya constituida la república, las reyertas y los reconcomios banderizos intentarían posesionarse del ánimo de Huertas para contaminarlo de veleidades presidenciales. El licenciamiento del ejército, decretado por el Presidente Amador, fué una acción preventiva justa. Los documentos oficiales publicados hasta hoy son sumamente reservados en la exposición de las causas reales de esa medida. Relatos de autores extranjeros la atribuyen a gestiones del gobierno estadounidense, movido por el recelo de que resucitara la sumisión de la ley al fusil de que el 3 de Noviembre procuró rescatarlos al establecer la república civil, inconciliable con la arbitrariedad, cimentada en el derecho. Como tantos sucesos importantes de nuestro proceso histórico, este episodio permanece sustancialmente inédito.

La versión del General Esteban Huertas, decíamos, trae valiosa contribución al esclarecimiento del hecho novembrino muchos de cuyos aspectos siguen escamoteados y escondidos por la beatería patriótica. De los actores principales de la separación sólo José Agustín Arango, Manuel Amador Guerrero y su viuda, Carlos Constantino Arosemena y Nicanor A. de Obarrio han hecho relatos parciales que valen más como indicios que como exposición de hechos. Los demás no dijeron en vida mayor cosas ni dejaron escritas memorias. Cuando por excepción lo hicieron, como Don Tomás Arias, sus deudos, si no las han destruido, las guardan con hoscó celo de minotauro.

A falta de testimonios valederos por su contenido u origen tenemos la colosal, pero ligerísimo hojarasca de apologías y panegíricos en incontenible crecimiento periódico. En cambio, desde la trinchera de los impugnadores de la desasociación de Colombia han salido obras cuya importancia no aminora el silencio hostil que las rodea. Una de las más serias por el acopio sistemático de documentación y por su rigor analítico son los dos tomos del Dr. Oscar Terán titulados "Del tratado Herrán-Hay al tratado Hay-Bunau Varilla". El Dr. Terán fué, en Panamá, un solitario e impenitente acusador de la secesión. No porque se sintiera poco panameño, ya que permaneció radicado en su tierra natal, sino porque sólo quería ver en el 3 de Noviembre una confabulación de ambiciones locales y forasteras contraria a los verdaderos intereses tanto del Istmo como de Colombia. Pero aunque apasionado el alegato, la documentación y bibliografía en que lo apoya poseen indudable valor histórico. Tanto que el lector desprevenido llega inevitablemente a conclusiones opuestas a la tesis del escritor. El notable esfuerzo del Dr. Terán sólo viene a confirmar que la secesión era una necesidad vital para el pueblo panameño aunque la obtuviera agobiada de gravámenes que todavía no ha podido liberar.

Pero no hay liberación sin conocimiento. Para rescatar al 3 de Noviembre de su doble servidumbre a la apología y a la denigración, se requiere comprender sus causas verdaderas y los hechos reales que lo informan. Y esa no es tarea diferible, sino muy actual. Las generaciones que no sólo sienten la congoja de la postración actual de la nacionalidad, sino que poseen voluntad de superación están obligadas a conocer nuestro pasado inmediato y remoto. Porque la historia no es simplemente narración. Es vivencia y tarea. Un pueblo que, como el panameño, ignora lo que ha sido, no puede saber lo que quiere y tiene que ser. Suya sería la triste suerte de los pueblos con una existencia inauténtica porque no han podido desasirse de las compulsaciones que les impiden el conocimiento de sí mismo.

El relato del General Esteban Huertas, indudablemente, contribuye a fijar el perfil de varios aspectos del 3 de Noviembre y esboza pistas para ulteriores esclarecimientos. Allí radica su mérito.

Historia:

Recuerdos del General Francisco Burdett O'Connor en Panamá

* * *

O'Connor, como O'Leary, perteneció a la Legión Británica de Bolívar. Su obra es la recopilación de recuerdos de un soldado inteligente que unió su nombre a los más grandes acontecimientos de la época. Esos **RECUERDOS** son páginas inéditas, puede decirse, de la historia de la Gran Colombia, de Perú, Bolivia, Argentina y Chile. El autor fue Jefe de Estado Mayor en Ayacucho.

El siguiente capítulo forma parte del libro que bajo la dirección de Rufino Blanco — Fombona publicó la "Biblioteca Ayacucho" con el título de "Independencia Americana, recuerdos de Francisco Burdett O'Connor, las publica su nieto F. O'Connor D'Arlach", de página 61 a 87.

* * *

Nació Francisco Burdett O'Connor el 12 de Junio de 1791 en la ciudad de Cork, reino de Irlanda.

En 1818 abandonó su país para venir a Colombia y ponerse a órdenes de Bolívar y al servicio de la Independencia americana.

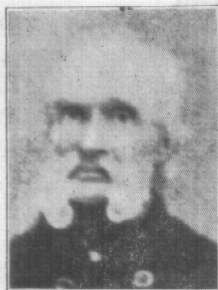
Sellada ésta en el glorioso campo de Ayacucho, el 9 de Diciembre de 1824, mi heróico abuelo adoptó a Bolivia por patria suya, y el 3 de Mayo de 1827 contrajo matrimonio en Tarija con doña Francisca de Ruyloba, nacida en dicha ciudad el 17 de Diciembre de 1806.

En ella se estableció y fundó una familia, y en ella murió en la noche de jueves 5 de Octubre de 1871, a los ochenta años y cuatro meses de su edad.

* * *

CAPITULO III

.....
El héroe de Santa Marta. — En Panamá. — Los buques de guerra españoles PRUEBA y VENGANZA. — Los almirantes Cochrane y Guise. — Organizó el batallón ISTMO. — El capitán Rubial. — El transpor-



General Francisco
Burdett O'Connor.
Irlandés.
(1791-1871)

te **SAN FERNANDO**. — El general O'Leary. — Un percance. — El teniente Grenfell. — Mi solicitud al general Carreño. — Carestía. — Don Bernardo de Monteagudo. — Una profecía. — Mis jóvenes oficiales. — El batallón **GIRARDOT**. — Un capitán feroz. — Merecidos ascensos. — La vajilla de porcelana. — El coronel Alburquerque. — El capitán Lobé y su trágico fin. — La bandera del batallón **ISTMO**. — El bergantín **CHIM BORAZO**. — El edecán Vitery. — Soy llamado al ejército del Sud. — Preparativos de marha. — En un baile. — Lo que en él me expresó el general Carreño. — Adiós a Panamá.



General José María Carreño.
venezolano
(Murió 1849)



General Daniel Florencio O'Leary.
Irlandés.
(1800-1852)



General Tomás Herrera.
Panameño
(1804-1854)

* * *

El héroe de Santa María, general Carreño, llegó a Cartagena, donde recibió orden de Montilla de dirigirse a Panamá. Me eligió para acompañarle como su jefe de Estado Mayor. Mandamos nuestros caballos por tierra y nos embarcamos en un pequeño buque. Acompañaron nuestra expedición el joven y heróico coronel José María Córdova y el coronel Hermógenes Maza, a la cabeza del batallón **ALTO MAGDALENA**.

Desembarcamos de paso en Portobello y continuamos el viaje a la boca del río Chagres, desde cuyo punto nos trasladamos a una canoa, en la cual subimos el expresado río, diez y siete leguas, hasta el pueblo de Cances (*) y de aquí en mulas hasta Panamá atravesando la cordillera de los Andes.

Llegamos sin novedad a Panamá, lindo puerto sobre el Pacífico, que encontramos ya desocupado por los españoles. El virrey Cruz Mourgeón pasó por allí poco antes y se llevó consigo toda la tropa que allí había, y que constaba del batallón "Cataluña" y del de "Tiradores de Cádiz" a la campaña del Sud, que terminó con la victoria de Pichincha, tan espléndida para las armas libertadoras.

(*) Debe ser Cruces.

Panamá entonces era un triste lugar, rodeado por el Océano, con muchas baterías y una puerta de tierra, única que daba entrada a la ciudad. Su comercio consistía especialmente en la pesca de perlas; sus habitantes (gente muy buena y honorable), ocupados en sus negocios comerciales.

La primera noticia que recibimos a nuestra llegada a Panamá, fue la oferta que hacían los capitanes de los buques de guerra españoles *Prueba* y *Venganza* de vender estos buques, por el temor que tenían de ser capturados por la escuadra republicana la que comandaba el intrépido almirante Cochrane; pero los comerciantes de Panamá no se resolvieron a reunir por medio de una suscripción entre ellos el dinero para esta compra, por lo que los buques salieron del puerto; pero cayeron más después en poder de Lord Cochrane.

La extracción del *Venganza* de debajo de la fortaleza del real Felipe en el Callao, fué la acción más distinguida de ese célebre almirante en toda la guerra de la independencia. En esa brillante empresa se distinguió también en alto grado el almirante Guisse.

No estuvimos muchos días en Panamá, cuando llegó de Bogotá, capital de la Nueva Granada y residencia del Vice-Presidente General Francisco de Paula Santander, a la sazón encargado del Poder Ejecutivo, una orden suprema para que se formase un batallón con el nombre de batallón "Istmo", y que yo me hiciera cargo del cumplimiento de esta orden, y del mando de dicho cuerpo como su primer jefe, con cuyo objeto se me enviaba el despacho de teniente coronel de infantería, siendo mi arma de caballería; pero esta variación me dió poco que hacer, porque en los colegios militares de mi país había aprendido el ejercicio de todas las armas, y además, estando en la isla Margarita cinco meses, y viendo en todo este tiempo que no había recurso alguno para montar mi regimiento de Lanceros, me dediqué a enseñar a los soldados los ejercicios, maniobras y evoluciones de infantería, pero en lengua inglesa y según la táctica del ejército inglés, mientras que en Panamá, para formar y disciplinar el batallón "Istmo", tuve que aprender la táctica española.

No había en Panamá oficiales de quienes valirme para colocar en las compañías de mi batallón; pero por fortuna me encontré con uno muy bueno, a quien encargué la Mayoría. Este era un capitán Rubial, de uno de los cuerpos que guarnecí en Panamá a la llegada del virrey Cruz Mourgeón, a quien no pudo seguir por haberse quedado enfermo.

Este excelente oficial me ayudó mucho; conocía todas las familias de la ciudad, y conocía también todos los campos inmediatos, por las repetidas marchas que había hecho en el interior del Istmo. Me comunicó que existían algunos sargentos veteranos del ejército español, que se hallaban dispersos en el interior de la provincia, y me consiguió un mag-

nífico tambor mayor. Con éste me dediqué a organizar el citado batallón "Istmo" para el que no me faltaban reclutas remitidos del interior, y muy buenos jóvenes, tan aptos para la carrera militar como son todos los colombianos.

Estábamos en Panamá cuando llegó a la isla de Taboga el transporte español *San Fernando*, recientemente tomado por la escuadra del almirante Cochrane al servicio de Chile.

Este buque, con un capitán norteamericano, vino a Panamá para llevar a la campaña del Sud el batallón *Alto Magdalena*, que mandaba el teniente coronel Hermógenes Maza, y trajo la condecoración de la *Orden del Libertador* para el coronel Daniel Florencio O'Leary, primer edecán de Bolívar, y que vino a la América en un cuadro levantado en Inglaterra en 1817 denominado *Húsares*. Sirvió con mucha distinción en esta clase de edecán del Libertador, hasta ascender a general, y acompañó a Bolívar hasta la muerte de éste, acaecida en San Pedro Alejandrino, cerca de Santa Marta, el 17 de Diciembre de 1830.

Era el general O'Leary un jefe muy instruído, muy valiente, muy leal y distinguido. Pasamos algunos días juntos en mi alojamiento, hablando siempre de nuestra lejana patria, nuestra inolvidable y querida Irlanda.

Una mañana, teniendo yo, como jefe del Estado Mayor del departamento de Panamá, que impartir órdenes respecto a las provisiones que debían enviarse a bordo del *San Fernando* en Taboga, el general O'Leary quiso acompañarme, y por poco no nos vamos los dos al otro mundo, antes de llegar a Taboga. Nos embarcamos en Panamá en una lancha del *San Fernando* con un capitán y ocho remeros. En el tránsito entre este puerto y Taboga hay muchos peñascos elevados, a los que dan el nombre de "Islas del Rey", famosos por la pesca de perlas. Navegando a todo remo, se nos presentó de improviso entre dos de estos peñascos una goleta, que al momento de distinguir nuestra lancha nos disparó un cañonazo, cuya bala pasó entre el brazo de O'Leary y el mío, yendo a romper una orilla de la lancha sobre la cual estábamos arrimados.

—Qué quiere decir esto? — exclamó asustado el capitán que venía con nosotros. Esto quiere decir, le respondí, que esa goleta nos llama para saber algo de nosotros, y en lugar de dirigir su bala delante de nuestra proa, nos la ha dirigido a media lancha, y no perdamos tiempo en dirigirnos hacia la goleta.

Así se hizo; pero al acercarnos, observamos que a bordo de ella estaba a todo cargar un cañón giratorio; entonces se levantó el capitán sobre su asiento y les gritó en inglés: "Por amor a Dios, no nos hagáis volar al otro mundo". En el acto se dió vuelta al cañón, que ya estaba apuntando a nuestra lancha, y nos dejaron acercarnos. O'Leary y yo

subimos entonces a bordo de la goleta, y después de la salutación de estilo preguntamos al capitán por qué había querido echarnos a pique.

Nos contestó que nos había tomado por españoles, y que al acercarnos a la goleta, viendo que éramos tantos y su tripulación tan pequeña, había mandado cargar con metralla, para hacernos desaparecer, temiendo que le abordáramos; pero cuando nos oyó gritarle en lengua inglesa, hizo virar el cañón.

Nos dijo en seguida que él era de la escuadra chilena de Lord Cochrane, quien le había despachado en busca de los buques españoles *Prueba* y *Venganza*, y que no sabía en cuyo poder estaba Panamá.

Le manifesté que pocos días antes habíamos nosotros ocupado la ciudad, sin resistencia, y que a nuestra llegada habíamos oído decir que los capitanes de los buques que buscaban habían estado allí ofreciendo sus naves, y que no habiéndolas comprado, desaparecieron de aquellas aguas.

El que mandaba esta goleta y hacía de capitán de ella, era un teniente, Grenfell. Había estado a media ración de tasajo y arroz algunos días, y sus pequeñas provisiones se hallaban ya para concluirse. Le propuse que nos acompañara a Taboga para dar allí al *San Fernando* las provisiones; admitió, y de aquellas le di también a él para su goleta.

De Taboga regresamos a Panamá con nuestro teniente Grenfell, quien llegó después a ser almirante de la escuadra del Brasil.

Pocos días después se dió a la vela el *San Fernando*, llevando a su bordo al general O'Leary, a los coroneles Córdova y Maza y al batallón *Alto Magdalena* bajo el mando de este último.

Yo hice entonces ante el general Carreño una solicitud pidiéndole permiso para ir a incorporarme al ejército libertador en campaña, y escribí a la vez una carta al General Bolívar sobre el mismo asunto, en la que recuerdo le cité un pasaje del poema de Ossian, sobre no buscar el combate ni evitarlo cuando se presente.

El general Carreño negó mi solicitud en el acto, y yo me quedé muy triste por esto por la ausencia de O'Leary. Pero no había remedio, y *paciencia*, me dije, que tal vez ya se acordará el ilustre Libertador y me sacará de este lugar, en el cual el descanso me abruma.

Por este tiempo los comestibles se pusieron muy caros, y muy escasos en Panamá. Un barril de harina de trigo de dos quintales, que en el puerto de Chagres sobre el Atlántico se compraba por ocho pesos, nos costaba sesenta en Panamá. Nuestros gastos crecían, pues, enormemente.

Una tarde fondeó en el puerto la fragata de guerra *Limeña*, de la escuadra del Perú. Cuando fui pocas horas después a comer con el general Carreño, encontré sentado a la mesa a un caballero desconocido para mí y que ostentaba en su pecho al medalla de Maipú. No habló una

palabra durante la comida, y cuando pasamos a otra habitación a tomar el café, me llamó el general a su lado y me dijo: "Ese caballero es el famoso Bernardo de Monteagudo, a quien me han remitido preso aquí para tenerlo con la mayor vigilancia. Líveselo usted a su alojamiento y tenga mucho cuidado de él".

¡Que favor tan grande el que me hizo el general Carreño! ¡Que tesoro el que me había confiado para distraerme en los momentos en que dejara libres la instrucción de mi batallón!

Estábamos alojados en casa del señor don Bernardo Arce, un millonario, comerciante en perlas. La casa estaba muy inmediata al baluarte y antiguo convento de San Francisco, donde se hallaba acuartelado mi batallón.

Yo, que antes comía a la mesa del general, no volví allí desde que me entregó a mi ilustre huésped el señor Monteagudo, de quien me hice muy amigo, y cuyo talento y vasta instrucción admiraba. El hablaba muy bien el francés y el inglés: trajo consigo muchos cajones de libros selectos, de los que me obsequió algunos.

Yo no tenía que poder obsequiar a mi distinguido y respetado amigo, en retorno; pero le di un objeto que él apreció muchísimo: era uno de los primeros ejemplares de la Carta Magna de Inglaterra, salvada en mi país del incendio de una gran biblioteca donde se hallaba. Estaba este antiquísimo ejemplar quemado en una de sus esquinas, y con los escudos de armas de los veinticinco Barones acampados en el prado de Reimede, que obligaron al Rey Juan a salir de su castillo de Windsor y firmar allí la Carta Magna de las libertades inglesas.

Yo había encontrado este precioso documento entre las hojas de un atlas que saqué de la casa de mi hermano mayor, al tiempo de despedirme de él en Irlanda, para embarcarme con una sección de mi regimiento Lanceros, en la legión irlandesa, con rumbo a Venezuela.

El documento era en lengua latina, que Monteagudo leía como si fuese en castellano.

Trajo este caballero un magnífico cocinero francés, que todos los días nos daba en la mesa excelentes platos, a pesar de la gran carestía que entonces se dejaba sentir en Panamá.

Un día en que conversábamos con el señor Monteagudo, hizo este gran hombre una observación de que tengo motivos para acordarme y que me impresionó bastante. "Oh, Dios mío, exclamó, la pena que me causa cuando reflexiono que toda esta guerra por nuestra independencia es una guerra mansa comparada a los destrozos, matanzas y asesinatos que hemos de ver en estos países después de haber botado el último español de la tierra americana!"

Y efectivamente, las palabras de Monteagudo han sido una profecía.

Terminó la magna guerra de la emancipación y empezaron luego las guerras fratricidas, que siguen hasta hoy ensangrentando el suelo americano, después de cerca de medio siglo de libertad, habiendo sido el mismo Monteagudo una de las primeras y más ilustres víctimas, pues cayó más tarde muerto al golpe traidor de asesino puñal en una calle de Lima.

El había servido de secretario al general San Martín en la guerra por la independencia de Chile. Al retirarse este general de Lima, dejó a Monteagudo allí, y éste cometió la imprudencia de confiscar bienes españoles, motivo por el cual fué remitido preso a Panamá.

Cuando supo allí que el Libertador había llegado a Pasto, consiguió fletar un buque y se fué en su alcance. Para pagar el flete de este buque (mil seiscientos pesos) me preguntó si podía yo darle esa cantidad, y que él me daría una letra contra el Banco Nacional de Londres. Le dije que yo no remitía dinero a Inglaterra, y que, al contrario, el señor D. Hugo Dick, comerciante inglés establecido en Panamá, me estaba dando dinero para vestir mi batallón, y que le daba a él letras para mi padrino, sir Francisco Burdett, quien las pagaba en Londres por medio de su suegro el rico banquero D. Tomás Coutts.

Negoció el señor Monteagudo el dinero por otra parte y se embarcó, dejándome, con profundo pesar mío, privado de su amena e instructiva sociedad.

Después que se fué mi ilustre huésped mudé mi residencia al mirador del convento de San Francisco para poder atender mejor a la instrucción de mi batallón.

A los tres meses de estar allí me hizo una visita mi antiguo patrón D. Bernardo Arce, quien entró en mi habitación con una carta en la mano. Me pidió mi atención por un momento y me dijo que él había proporcionado los 1.600 pesos al señor Monteagudo; que éste, al irse, le había entregado la carta cerrada que tenía en la mano, suplicándole no abrirla sino a los tres meses cumplidos de su partida, y que hallándose vencido el plazo, tenía la curiosidad de ver su contenido y que deseaba hacerlo en mi presencia. Abrió la expresada carta y encontró en ella cuatro grandes y hermosas perlas; las examinó bien, y enseñándomelas, exclamó: "Vaya estas perlas! Me doy por muy bien pagado". Y muy contento se despidió de mí el caballero.

Me dedicaba todos los días a la instrucción de los soldados de mi batallón y establecí academia diaria para los oficiales. Casi todos éstos eran jóvenes salidos recientemente de sus casas y de las faldas de sus madres. Como frecuentemente me importunaban con sus quejas, en una de esas reuniones de academia les dije que ellos habían abrazado la carrera de las

armas, y que, por consiguiente, era necesario que supieran conducirse como hombres y como militares, y no importunarme con sus quejas como muchachos de escuela; que sus asuntos de honor los arreglasen con la espada, y que si yo mismo, fuera de nuestro cuartel y del servicio, les faltaba en algo, que no hagan caso de mis charreteras y me exijan la satisfacción que yo no le negaría.

Parece que mis jóvenes oficiales tomaron esto a pecho; pues no pasaron muchos días cuando dos de ellos amanecieron con las espadas desnudas, batiéndose en uno de los baluartes de la fortaleza; pero felizmente pasó esto sin mal resultado.

El general Carreño me dijo un día en la mesa, a la hora de comer, que tenía un capitán para mi batallón y que le diese el mando de una de las compañías. Me indicó su nombre, y me dijo que había servido en el ejército del Rey.

Por estos días llegó a Panamá el batallón *Girardot*, al mando del coronel Figueredo, un ilanero completo, pero poco aplicado a la instrucción y disciplina de su cuerpo. Vino con objeto de relevar en la guarnición de la plaza al batallón *Alto Magdalena*.

Al regreso de mi cuartel, llamé al capitán Rubial, encargado de la Mayoría del cuerpo, y le pregunté si era buen oficial el que el general acababa de indicarme, y en contestación me dió un párrafo de la biografía del citado capitán en los términos siguientes:

—“Dos años antes de nuestra llegada a Panamá, me dijo, el general Mac-Gregor había hecho un desembarco en Portobelo, con una fuerza de jefes y oficiales a favor de la patria. El gobernador de la plaza mandó una partida a sorprenderlos. El general Mac-Gregor escapó de su dormitorio, arrojando por la ventana su colchón y dejándose caer encima. Fue a dar a su buque con otros jefes y oficiales, pero cayeron prisioneros veintidós de ellos, los cuales fueron conducidos a Panamá. Aquí se les tenía en prisión estrecha y cargados de cadenas, pero se les sacaba continuamente a barrer las calles de la ciudad. Un día de éstos, fondeó en el puerto un buque inglés. Naturalmente, los infelices prisioneros agarran sus cadenas, y caminaban como podían con la esperanza de aproximarse al buque y escapar de su cautiverio; pero desgraciadamente todos fueron capturados y remitidos a un pequeño pueblo del interior, bajo la custodia y responsabilidad del citado capitán. Este bárbaro respondió de los presos a su modo. Los colocó con el cuello en un largo cepo, y él mismo, con su propio sable, los decapitó a todos”.

Esta relación me causó horror, y corrí sin pérdida de tiempo a casa del general, y le dije terminantemente que si él insistía en que yo dé colocación en una de las compañías de mi cuerpo a ese capitán feroz, po-

día desde luego buscar otro jefe, pues yo renunciaría el mando del batallón. El general se sonrió y me dijo que le buscaría otro destino. Le supliqué entonces que si se le daba colocación me hiciera el gran favor de dársela lo más lejos posible de donde yo estuviera, para evitarme hasta de ver a ese monstruo.

Algún tiempo después de este incidente, tuve aviso de que había llegado una orden del excelentísimo señor Libertador, llamándome a su lado. Entonces también llegaron los despachos de general para Carreño y para el coronel Montilla, ambos ascensos muy justos y muy merecidos, por cierto.

El general Carreño se desentendió de la orden del Libertador de mandarme a su lado, y lo mismo hizo con una segunda orden, que recibió poco después, porque no quería desprenderse de mí.

Por estos días llegaron de Europa a Panamá unas vajillas de porcelana muy lindas, que tenían dibujada la gran batalla de la Ciénaga en todas las piezas, y el nombre del vencedor, general Carreño.

Pues, quien lo pensaba? este inteligente y bravo general, que no se enorgulleció cuando obtuvo aquella espléndida victoria, se enorgulleció desde que llegaron los mencionados servicios de porcelana; pero podía tener razón hasta cierto punto, pues la batalla de la Ciénaga había sido la más sangrienta en toda la guerra y hubo en ella más enemigos muertos que la fuerza numérica de los vencedores, que no llegaban a mil hombres, mientras que la del enemigo pasaba de mil setecientos. Y de resultas de ese grande y memorable hecho de armas, tan glorioso para el general Carreño y el ejército colombiano, vino la regularización de la guerra y la toma de prisioneros.

Parece que lejos de Panamá se sabía ya que yo había sido llamado al ejército del Sur por el Libertador, pues recibí sobre esto una honrosa y efectuosísima carta del general Montilla, incluyéndome otras tres de recomendación para otros generales que habían marchado a aquel ejército.

Como yo debía marchar pronto de Panamá, llegó a esa ciudad el coronel Alburquerque, natural de Caracas, para relevarme en el Estado Mayor del departamento; pero el señor general Carreño no me decía aún una sola palabra sobre las órdenes que había recibido de la secretaría general del Libertador respecto a mi marcha.

Entregué el Estado Mayor al coronel Alburquerque, y tuve más tiempo para dedicarme a la instrucción de mi batallón "Istmo" formado por mí.

Este caballero había conocido mucho a Bolívar en Caracas, desde el principio de la guerra de la independencia, como que eran ambos de la misma ciudad; y como *nadie es profeta en su propio país*, este coronel aborrecía mortalmente al Libertador; no sé qué razones tendría para ello.

Lo que creo firmemente es que la historia, escrita por hombres verdaderamente imparciales, hará cumplida justicia a Simón Bolívar. El puede haber tenido defectos, pero qué hombre en este mundo está exento de ellos?

A poco de haber entregado el Estado Mayor al referido coronel Alburquerque, pasó por Panamá el joven Belford Hinton Wilson, hijo del general del ejército inglés Sir Roberts Wilson, personaje muy distinguido. Me dijo aquel joven que iba a ofrecer sus servicios al Libertador, con carta de su padre para que le haga su edecán; y en esta clase le volví a ver cuando más tarde me incorporé al ejército unido libertador en el Perú, y en ella acompañó al gran Bolívar hasta la muerte de éste.

Por ese mismo tiempo empezaron a llegar a Panamá los prisioneros de guerra tomados en la batalla de Pichincha, heroicamente ganada por el joven general Antonio José de Sucre, nacido en Cumaná, de Venezuela, el tres de Febrero de mil setecientos noventa y cinco.

Los jefes y oficiales prisioneros pasaron a la isla de Cuba a costa del gobierno de Colombia.

Uno de estos oficiales apellidado Lobé, era casado en Panamá y había solicitado ser admitido en el ejército colombiano, por lo que trajo una recomendación para el general Carreño, quien lo destinó a mi batallón, y yo le di el mando de una compañía de granaderos.

No hacía muchos días que di colocación al capitán Lobé, cuando se me presentó una tarde, pidiéndome permiso para ir a un paseo al campo con su señora y una amiga de ésta. Como yo le dijera que no podía concederle el permiso estando el general Carreño presente, me contestó que éste ya se lo había dado y aún que le había prestado su caballo.

Recuerdo que esto fué una tarde de un Sábado. A la mañana siguiente entró en mi alojamiento el teniente de Granaderos Tomás Herrera a pedirme permiso para ir con su compañía a una finca de su padre, a dos leguas de distancia, a traer el cadáver de su capitán, a quien unos mulatos habían asesinado la noche anterior con diez y seis puñaladas.

Trajeron el cuerpo, y toda la ciudad se conmovió. El general Carreño ofreció 500 pesos de gratificación al que descubriera al asesino.

Entre tanto hice llamar al capitán Rubial, español y paisano del finado capitán Lobé, y preguntándole lo que se decía con respecto a su asesinato, me lo reveló todo en pocas palabras.

Un joven X... se había enamorado perdidamente de la esposa de este capitán, de la cual, ignoro por qué motivos, resolvió vengarse. Este joven tomó la madrugada y se puso en camino para Chagres, sobre el Atlántico, con intención de embarcarse para Jamaica. Me dió los nombres de todos los mulatos que habían ido esa noche con el joven X... a

cometer el asesinato, y me dijo que uno de ellos era un cabo del piquete de artillería de la batería que estaba situada frente al cuartel de mi batallón, y que el soldado que había estado de centinela, a poco más de las dos de la madrugada, vió a aquel cabo entrar en la batería con el vestido manchado de sangre.

Viendo Rubial el empeño que yo tomaba por el descubrimiento de este crimen, "es en vano, señor, me dijo, que usted se moleste y se afane tanto en este asunto, porque no conseguirá nada. Mi paisano era español, y no habrá justicia para él". Y así fué, y nada se hizo al fin.

No dejó de hacerme impresión este suceso y de darme en qué pensar el hecho de quedar impune el crimen y no haber justicia para un español.

En aquellos mismos días fondeó en el puerto un buque procedente de la China, en el que compré un cajón de té y una buena cantidad de finísima seda, con los colores del pabellón de Colombia: —amarilla, azul y colorada— de la que mandé hacer una hermosa bandera para mi batallón "Istmo".

A principios del mes de Octubre llegó el bergantín de guerra *Chimborazo*, de la escuadra colombiana en el Pacífico, procedente de Guayaquil y trayendo a su bordó al teniente coronel Viteri, edecán del Libertador, con orden expresa para que yo me embarque inmediatamente con un batallón a ponerme a sus órdenes. Siete transportes venían detrás del bergantín para llevar toda la fuerza que debía embarcarse con destino al ejército del Sur.

Esta orden no fué muy del agrado del general Carreño, pero ya no había remedio.

El capitán Rubial marchó a la provincia de Veragua a traer un destacamento del batallón que se encontraba allí, y despaché también orden para que viniera a Panamá la segunda compañía, que estaba de servicio en Portobelo.

Se empezó en seguida el acopio de víveres para la navegación hasta el Callao, pues el día señalado para la marcha se aproximaba. Yo no tenía de quienes despedirme, pues en quince meses de permanencia en la ciudad de Panamá no había visitado más casas que la de mi paisano y amigo don Hugo Dick y la del cónsul norteamericano.

Hicimos preparar la carne que debíamos llevar para las raciones de la tropa. Esta carne de vaca se beneficiaba cortando en tiras y puesta a secar al sol. Esto en un país tan húmedo hizo que, mal secada, se pusiera a bordo de los buques, con peligro de que se echara a perder. La galleta, arroz, frejoles y demás comestibles que se pusieron, eran de buena calidad.

El día antes de embarcarme me dirigí a la oficina del coronel Alburquerque, jefe de Estado Mayor del Departamento, para tratar con él asuntos relativos al servicio. Lo encontré sacando un borrador en limpio. Se levantó del escritorio cuando entré, y con el borrador en la mano, me dijo: —“Vengo de casa del general Carreño, quien me ha dictado este escrito, lo más honorífico para usted, mi coronel, y que le servirá de mucho en cualquier parte donde la suerte le lleve. Me ha ordenado ponerlo en limpio para entregárselo a usted al tiempo de despedirme.

Tomé el borrador, y arrojándolo sobre la mesa, dije al coronel Alburquerque: “Hágame usted el favor de decir de mi parte al general que le doy las gracias sincerísimas por su cariño, pero que yo no necesito certificados de él ni de persona alguna para presentarme dónde quiera que vaya”.

Pocos días después me convidó el general a un baile que se dió no sé por qué motivo, y allí, paseándonos por el salón, me tomó del brazo, y en íntima conversación me confesó que había recibido tres órdenes del Libertador llamándome, pero que él no había querido por nada desprenderse de mí mientras existiera un solo español en la Costa Firme.

Por este tiempo ya no había más españoles que unos pocos encerrados en la fortaleza de Puerto-Cabello, adonde se habían refugiado derrotados en la gran batalla de Carabobo, ganada por los patriotas el día 24 de Junio de 1821.

Me dijo también aquella noche el general Carreño que él jamás me había propuesto al gobierno para ningún ascenso de mi carrera, porque era de opinión que por más que se esforzase un jefe u oficial en un campo de batalla, no hacía más que cumplir su deber; y así era realmente: jamás recomendaba a ninguno de los que servían bajo sus órdenes.

Me dió a entender que si lo llamaba a él para ir a libertar el Perú, no aceptaría, que ya bastante había trabajado por libertad a su patria, y no se metería a trabajar por la ajena.

Y quizás tenía razón el general Carreño, porque todos los que le acompañaron al Libertador en esa empresa fueron muy mal recompensados; no digo en cuanto a sueldos, que ya no faltaban y se pagaban bien, sino por la ingratitude de los libertados con sus libertadores, desde el General Bolívar para abajo.

Los buques en convoy, después de proveerse de agua en Taboga y de embarcar la tropa, se pusieron en marcha. Me despedí del general Carreño con pesar y di mi adiós al puerto de Panamá, en donde organicé mi batallón “Ístmo” y permanecí tanto tiempo, y del que conservo tan gratos recuerdos. (El 1º de Noviembre de 1823).

Episodios de 1900

(BARRIO DE "LAS EXPLANADAS")

Por SANTANDER CALLEJAS BLANCO

—1—

Los tiempos pasados traen recuerdos siempre gratos al espíritu, emociones que llegan al corazón humano para fortalecerlo y mantenerlo lozano.

Traigo a mi mente, los días juveniles, que ofreciera variados placeres, en que jugaron papel personajes importante y paisajes de luz vivificante.

"Las explanadas", barrio santanero donde vivíamos en aquella época feliz, la placita de variados matices políticos y militares, llamada hoy con orgullo PLAZA DE LA LOTERIA, porque allí salen los anhelos de una futura felicidad en los sorteos de billetes, era entonces sitio bullicioso; a sus espaldas estaba nada menos que el Cuartel de Policía, que seguía en rango militar al "Batallón Colombia", de servicio en la Plaza de Chiriquí, en los extremos de la ciudad hacia el mar e impresionaba como segunda fortaleza de la Fuerza Pública.

Corría el año de 1900, estando el Departamento de Panamá, en plena guerra, teniendo a sus puertas la ciudad el ataque de las fuerzas liberales para tomarse el "Puente" y entrar victoriosos, lo que no quiso el Destino, en esa época memorable de la historia. Comandaban a esos heroicos luchadores imberbes, las figuras proceras de Belisario Porras, Carlos A. Mendoza y Emiliano Herrera, acompañados por una legión de valientes hijos del pueblo, y quienes tenían como oponentes a los Generales Carlos Albán, Víctor M. Salazar y otros aguerridos conservadores probados en combates sangrientos.

Los habitantes de la ciudad reclinados en sus casas impacientes por el resultado de la lucha, vivían temerosos o **alegres**, según el caso: veíanse tras las puertas y ventanas a soldados y jefes correr por las calles a caballo yendo hacia la línea de combate.

Un episodio llegó a las puertas de la casa nuestra mientras almorzábamos una mañana: las balas desperdigadas atravesaron la pared incrustándose en las espaldas de la mesa, por lo que estando en peligro mis padres resolvieron mudarse a esa casa amiga y bondadosa en Calle 6ª donde el señor Nicasio Bollet, cubano, dueño de la carpintería instalada en los bajos del "Club Internacional".

Existía en el patio de ese "Club Internacional", lugar célebre por celebrarse allí las corridas de toros, un sitio propicio para seguridad y distracción de los muchachos.

Recordamos que las balas de los combates disparadas por los militares, caían allí frecuentemente, lo que era cosa peligrosa; sin embargo nada ocurrió, y allí, bien lo recuerdo, comíamos los célebres "galletones" de harina, que reemplazaban al pan, **fabricadas** por las panaderías de Gilbert, Palmarola, Pedro Díaz y Cucalón.

Un suceso vino a demostrar las bajas pasiones de algunos militares empeñados en causar dificultades y abusos premeditados: el célebre Coronel Víctor M. Hernández, muy arbitrario y sabedor que mis padres y otros caballeros extranjeros, como Juan Despaigne, Alcalá, Rudy y otros que olvidamos, estaban ocultos allí, se presentó con una escolta de militares armados, a los cuales situó en la calle para apresarlos, lo que hubiera hecho si un funcionario muy amigo y humano, don Francisco de la Ossa, no lo impide.

Hernández, espada al cinto, llegó a las puertas de la casa y trató de capturarlos, pero a la bulla causado por los militares el señor De la Ossa, que estaba en el "Club" bajó y tras saber quiénes eran los peligrosos liberales, todos hombres serios, trabajadores y jefes de hogar, se encargó de llevarlos a la Policía y no al Cuartel, sitio poco deseable.

Así se salvaron del abuso del furioso militar.

Guarda mi memoria el recuerdo de esos días cuando nuestros ilustres luchadores, los doctores Porras y Mendoza, llegaron a sus hogares y

fueron objeto de una verdadera romería de hijos del pueblo, que los confortaba en los momentos más graves de su accidentada vida.

La muchachada a las puertas de sus casas era una viva demostración del cariño y afecto por sus personas; deseaba ver de cerca a los dos hombres célebres que arrojando peligros a riesgo de sus vidas, por sus ideales políticos, llegaban si bien vencidos en la lucha desigual, vivos y puros de fe en los destinos futuros de su pueblo amado.

El doctor Porras hospedaba en el "Hotel Santeuguine", actual "Panazone", precisamente en la esquina bajo los balcones que dan frente al Parque de Santa Ana. Allí lo vieron miles de panameños, grandes y chicos, madres y padres, jóvenes y niños, admiradores de sus hazañas. Diariamente íbamos hasta hacernos necios, inspirados por el cariño que despertaban en la niñez los grandes caudillos de la democracia.

Sacada la curiosidad de miles de ciudadanos, y resuelto su largo viaje por países de Centro América, el entristecido hombre de lucha siguió a playas extranjeras hasta 1904, en que, vuelto a la capital, el mismo pueblo, todo fervor por sus caudillos célebres, le vió llegar a la misma Plaza de Santa Ana, altos de la "Frutería Ipsilantis", donde al calor del hogar del gran corazón hermano de luchas y desventuras, doctor Carlos A. Mendoza, recibió la hospitalidad que le daría fuerzas y férrea voluntad para alcanzar más tarde días felices y grandeza para la Patria y para la sociedad a la que le tocó amar y servir.

LA HUERTA: Tradición de Trabajo y de Recreo

Por MANUEL F. ZARATE

Una visión de conjunto.—Como tantas otras tradiciones, la de la huerta, con su vida vibrante y laboriosa, a orillas del río o de la quebrada lugareña, ha desaparecido por completo. Las pocas huertas que hoy quedan no cumplen ya las funciones de antaño, que de un lado eran recreo, liberación y solaz y del otro representaban jornadas económicas provechosas, necesarias e insustituibles. Vamos a tratar de evocar y de revivir los rasgos y hechos más salientes de una huerta, allá por la década del 10 al 20, en las márgenes de un río cualquiera en las provincias de Los Santos o Herrera. Se verá que aunque hoy existe la tierra ribereña y su clima físico, la institución de trabajo y de espíritu que animó a la huerta se ha desvanecido.

La huerta era un patrimonio que se heredaba de generación en generación, unas veces subdividiéndose para satisfacer anhelos de hijos y nietos, otras conservándose entera casi, por ser pocos los herederos o porque uno de ellos compraba a los otros sus parcelas. El hecho es que una huerta, para su poseedor, tenía no solo un valor material, sino mucho de sentimiento y de abolengo familiar. Por lo general, la huerta era pequeña, no más de dos a cuatro hectáreas en extensión. Por eso eran numerosas. Pero era frecuente que más allá de la huerta misma, la propiedad se adicionara con terrenos que se destinaban a las reservas de montes, a los pajales y a los cultivos mayores de caña, arroz y maíz. La huerta propiamente tal se asentaba en un "bajo", con un corto frente sobre el río. Por ello su suelo no sufría de la sequía estival y era fecunda en la producción de verduras, naranjas, sandías, melones y otras frutas deliciosas. Abundaban también los árboles añosos y sombríos: higuerones, corotúes, espavés, gallitos, uveros, harinos, guachapalies, caimitos, nisperos y espesos matorrales de cañazas o bambúes nativos, buenos para construcciones. Otros cultivos típicos de la huerta eran el plátano y el banano, la papaya y las ciruelas (moradas, traqueadoras, micoyas), los mangos, el café, las palmeras de coco y la selecta "caña criolla".

de tallo verde, carne suave y almibarado jugo glauco. Era, pues, la huerta, un oasis en las arideces veraniegas de aquellas provincias, un pequeña paraíso en donde, el arrullo melodioso de las aguas del río se juntaban el aliento de un suelo siempre húmedo y verde, una brisa refrescante y el aroma tentador de numerosas frutas que podían ser alcanzadas con la mano.

Gran parte de los jefes de familia del pueblo poseían su huerta y acostumbraban trasladar a ellas sus residencias durante el verano. Solían mudarse allí también, algunos de los hijos ya casados, parientes y aun amigos, a más de algunos peones de la pequeña hacienda. Cada familia o grupo construía su albergue temporero, sumario por cierto, pero acogedor siempre. De modo tal, la bajería de los ríos y arroyos se poblaba profusamente y aquello hervía día y noche de bullicio, voces, gritos, órdenes y llamadas, arrucaos, salomas y cantos de trabajo.

Las labores en la huerta eran apremiantes y continuadas durante las horas del día y buena parte de las de la noche. El astro llamado "de los molenderos" servía de reloj para iniciar la jornada, temprano en la madrugada, con la faena del trapiche y del horno de la miel. Cuando el sol salía ya se había molido una "tarea" y parte de la otra; se había terminado de cocinar la que se dejó "en sanccho" del día anterior y se hervía ya la recién molida, a fin de cumplir con las dos o tres que fueran necesario rematar, de acuerdo con la extensión del cañaveral. Temprano había que ordeñar y llevar la leche al pueblo, en donde se haría, de paso, alguna compra urgente. Las vacas ordeñadas se llevaban a los pastaderos y los animales que pasaban allá la noche eran traídos para que bebieran y pasaran el día en los bajos y en los bagaceros. Se pelaba y desgranaba maíz para con él y ciertos desperdicios de la molienda dar las raciones a los cerdos y a las gallinas. Las mujeres mañaneaban a preparar el desayuno: tortillas de maíz y plátanos fritos, cecina asada, a veces arroz calentado con huevo o frijoles, quesos y café con leche, fuerte pitanza en verdad, pero así lo exigía el duro trabajo. Los mayores se iban luego a los quehaceres más recios: corta de caña y leña, socuelas y limpias de potreros, acarreos, cuidado de reses, etc. Al atardecer había que envasar la miel, lavar los aparatos y utensilios, barrer los pisos, disponer, en fin, todo para la molienda en la madrugada siguiente. Cuando la noche caía, los mozos aún disponían de energías para un corto "monteo" (gira de caza), echar un palique o visitar una amiga en la huerta vecina.

La vida no era, pues, un reposo veraniego. Antes bien, ella imponía dura y prolongada faena, agravada por los calcinantes soles de enero a abril. Mas ella tenía sus compensaciones. La miel se vendía a buen

precio —dichosa era de los alambiques—; la leche tenía completa venta (aunque a cinco centavos la botella!), pues en el verano escaseaba; cerdos y gallinas prosperaban, utilizándose productos como yucas y zapallos, plátanos y desperdicios de la molienda; el ganado se mantenía con holgura, pues aquí los pastos se mantenían mejor, y abundaba, además, el cogollo y el bagazo de la caña; se operaban en algunas huertas fábricas de ladrillos y tejas; de otra parte, las carretas con bueyes bien alimentados y los caballos de carga recorrían largos caminos y trepaban hasta las faldas del Canajagua llevando sal y mercancías y trayendo el café, los frijoles y el tabaco. Todo eso daba a nuestro interiorano la renta monetaria del año y le mantenía atado a su heredad, sin otro pensamiento que el de vivir y morir en ella.

Pero la huerta, además del bien material, procuraba al trabajador una alternabilidad saludable en el ciclo de su vivir. Por una temporada le hacía residir en medio de su trabajo, le llevaba a convivir con sus hijos y parientes, con sus animales, con la tierra que cultivaba, fincándose más en ella. Allí experimentaba un sentimiento de mayor libertad su condición de labrador nato; allí la ausencia de protocolo pueblano y el contacto más íntimo con la naturaleza le tonificaban. Sin analizarlo, sentía que era un goce llevar la cutarra y la coleta a sus anchas, sumergir su cuerpo desnudo en los charcos profundos, dormir la ligera siesta en el “chinchorro”, usar el “calzón remendao” y el sombrero “alicaño” sin que nadie se lo reprochara por “mezquindad”, llegarse a la mesa “esnuo de la cinta arriba” para estar fresco, en fin, tantas cosas que significaban expansión. Y además, los verdaderos encantos de la huerta: el “paseo”, en que mozos y mozas del pueblo se pasaban allí el día, cantando, tomando pipas y bañándose! El día de matanza, con su práctica amable de distribuir buena parte del cerdo o de la res; y las “batidas de raspaduras”, las partidas de pesca o de caza, las “marisqueadas” en las proximidades del puerto y al final del verano la “jierra” y “coleadera de terneros”. Todo esto hacía que la brega material se hallase harto balanceada por expansiones y recreo que solo la huerta podía ofrecer. De otra parte, las muchachas de la familia, y la madre, dignas competidoras del padre, también encontraban en la huerta solaz y agradable alternancia para el vivir. Aquí no había que racionar el agua, qué descanso! (Cuán lejos estaban todavía los acueductos y hasta los pozos “artesianos” en nuestro pueblos). No habría que insistir cada rato para que los varones trajesen leña como allá en el pueblo. Aquí la cocinera (que era cualquiera de las mujeres de la familia) alcanzaba un plátano del tallo o arrancaba una yuca para la sopa. El barrer y el lavar ropa eran menos, porque menores eran las exigencias. Y los chicos se hallaban siempre

ocupados, bajo las continuas miradas de los mayores, libres de los "malos ejemplos" y de las peleas. Aquí la madre y cada una de las muchachas levantaba su pequeña cría de pollos y gallinas y cebaban un par de lechones, lo cual les daría su "menudo" del año, que gastarían sin tener que dar cuentas a nadie. Y alternarían con gentes bien en los días de paseos; cantarían y bailarían, y quién sabe, se anudarían amistades que pudiesen conducir a idilios y a hogares nuevos. La vida de la esposa, sufrida y callada en la larga temporada lluviosa, se hacía en la huerta movida y alegre. Y para las mocitas había también rasgos de liberación. Descansaban de la etiqueta publerina, de los chismes e intrigas que no faltan en los pueblos, especialmente si son chicos. Podrían usar los trajes de media vida y con la economía comprarse mejores. Tendrían tiempo para terminar tantas obras de mano atrasadas y hasta leerse alguna novelita rosada, tendidas en las hojarascas bajo los bambúes. Para los niños, que pocas obligaciones tenían y mucho con qué olvidar las jornadas tediosas de las escuelas, la huerta era poco menos que el reino de las hadas. Baño, remos y botes, caballos, biombos, palomas y perdices, pescas, "ingeniería" de puentes y represas, ausencia de zapatos y engolamientos, en fin, mil canonjías que era para detestar el resto del año y de la creación. Parece, pues, evidente que la huerta era un factor vitalizador de los seres y de las familias de nuestro Interior, un poderoso motivo de arraigo material y espiritual al suelo y un modo de hacer más más noble y más llevadera la vida campesina.

Preparativos y mudanza.—Las actividades de la huerta se iniciaban tan pronto se afirmaba el "norte", o alisio de la estación seca, que es a la que en Panamá llamamos verano. Ello ocurre generalmente en vísperas de la Navidad. Los varones de la familia comenzaban por despejar de malezas el cuadro en donde se instalarían las viviendas y sus alrededores. En la mayor parte de las huertas existía de modo permanente una modesta casa, una galera o rancho para la protección del trapiche y otra más pequeña para el horno. Pero en algunas que eran fácilmente barridas por las crecientes del río en el invierno no se construía nada permanente. La casa de la huerta era algo muy simple: techo de tejas, piso de tierra apisonada, paredes bastas de quinchá o de "bahareque", y no más de dos habitaciones. No bastaban, desde luego, para los que iban a residir en la huerta, y por lo tanto, entre los preparativos estaban la construcción de ranchos, "covachas" y enramadas, además de las reparaciones y acondicionamiento de las unidades permanentes. En verdad, la cuestión alojamiento no preocupaba en grado sumo, pues gustoso se dormía en catres y hamacas tendidos bajo el ramaje puro de los coposos uveros y tortugos. La mamá y los niños menores se amparaban en la

casa o rancho principal y las muchachas requerían una "covacha" (enramada con paredes de pencas), bastante privada y hasta con algún toque de coquetería (cortina en la única salida y una tablilla-tocador). Los varones no exigían nada especial. En vísperas del cambio a la huerta, las mujeres se iban a pasar un día en ella y ponían la nota final de aseo y comodidades, especialmente en lo relacionado con la cocina.

Pasada la celebración de Año Nuevo se verificaba la mudanza. Era espectáculo entretenido y pintoresco. El principal vehículo de transporte era la carreta tirada por bueyes, que se colmaba con mesas, catres, cacharros de todas suertes, taburetes y cajones, pots con plantas, jaulas con loros y pericos, cajas-gallineros con pollitos y hasta con chanchitos para las crías, y además, la gente que encima cupiera. Tras la carreta iban mozas a caballo, llevando en ancas o "por delante" los crios de menor edad; los mayorcitos iban en caballos de carga, sobre enjalmas y "aguaderas", a veces formando verdaderos racimos humanos. Algunos, todavía, tenían que arreglárselas a pie, si la familia era muy numerosa, porque la romería debía hacerse de un tiro para que tuviese sabor de fiesta. Y en verdad, ninguna incomodidad atenuaba el carácter festivo y siempre novedoso del viaje y del cambio. Aquel día se comería un poco a la improvisa, bajo los árboles y a orillas del río. Los muchachos irían soñando con aquella primera pernoctada al aire libre. Ah! sentir el hechizo del "norte" acariciando los costados del cuerpo a través de catres y hamacas, arrullados con los murmullos de las ramazones agitadas por el viento y el de las aguas deslizándose sobre los cascajales: dormirse bajo la lluvia de lampos lunares formados por el tamiz de los follajes lujuriosos, oyendo río arriba y río abajo los arrucaos y las salomitas cadenciosas de voces amigas! Visiones y ecos serían aquellos que deberían quedar siempre grabados en el recuerdo de los que vivían tales escenas de vida aldeana, tan recortada y sin embargo tan plena y vigorosa. Y así, entre el recio trastabillar de la carreta, los resoplidos de las bestias, los sustos de unos y el soñar de otros, se hacía pronto el camino y se instalaba la familia en la huerta.

La molienda.—Desde el día siguiente al de la mudanza comenzaba la faena de la molienda. Temprano en la mañana, después de un desayuno a la medida, partían los varones al cañaveral. Los mayores cortaban y deshojaban la caña, los menores la recogían en montones y hacinaban también el cogollo. Hacia el medio día cortaban y hacinaban también la leña. En la tarde se transportaba todo, en varios viajes, con la carreta. Parte de la caña iba a los "burros", marco hecho con estacas al lado de los postes o "madrinas" del trapiche. El resto se apilaba cerca para formar luego las "burradas" de las siguientes tareas. Se

cargaba el horno con leña, se alistaban los arneses de los caballos molenderos, se les servía el pienso de cogollos y maíz a éstos y se iba a cenar. Después se hacían algunos juegos si había luna o se contaban cuentos, se "chupaba" caña y todos se acostaban temprano para poder madrugar.

Un peón o uno de los hijos mayores con suficiente experiencia dirigía la molienda, pero todos los muchachos tomaban parte en ella. El lucero brillante de la madrugada señalaba con su salida la hora de levantarse. La costumbre hacía que alguno lo atisbase y diligente avisara a los demás. Con razón se llamaba a este astro el "lucero de los molenderos". Frecuentemente el despertador era el grito o la saloma de algún otro molendero que en las vecindades había ya percibido la estrella matutina. Se comenzaba por bañar bien el caballo en el río. En seguida se le enganchaba en la "mijarra" o palanca del trapiche, mediante tiros que iban del "calzonete" a la cincha y de ésta, a la "pechera". La cincha se fajaba pasando por sobre los bastos de una silleta encajada sobre los lomos. Una vez enganchado el animal se ataba la rienda al extremo de la "guía" con un largo bien calculado y se le cubrían los ojos con una venda de lona o cuero. Una voz de mando o de ánimo hacía que el caballo partiera a trote tendido y se mantuviera en él hasta el final de la tarea. El buen peñco molendero no necesitaba que se le fustigara, bastando solo de vez en cuando la voz estimuladora del operador. No debía éste descuidarse un instante en mantener siempre caña en el molino, pues si faltara, la mijarra podía acelerarse golpear al caballo que, brioso, salía o se encabritaba produciéndose con ello algún serio accidente. Para mantenerse alerta, el hombre se animaba a lo largo de toda la molienda con los cantos y salomas que forman uno de los más bellos componentes del repertorio folklórico de la molienda. El ulular del molino mordiendo la caña, la rítmica percusión del trote del caballo y los cantos del trabajo eran gratos conciertos que llenaban la madrugada a lo largo de las riberas. La luz de la luna y la auxiliar de una linterna alumbraban las escenas y bastaban a los trabajadores de la época. La operación duraba una a dos horas y en ella se extraía cerca de un tonel de jugo. El buen caballo molendero concluía la tarea sin fatiga aparente, al punto de que al atardecer podía repetir la hazaña. Terminada la molienda se aguantaba a la mano la mijarra y a una señal, el caballo frenaba su andar y paraba. Desengancharle y llevarle al comedero era acción grata para el peón y para el animal. A esta altura ya otro de los trabajadores había encendido el horno, no sin antes haberse dado un buen baño en el río vecino, pues el "cocinero" de la molienda no puede mojarse después que haya comenzado su labor sofocante. El del trapiche acarrea

el jugo a la paila, con cubos o "latas" y luego transportaba el banco de bagazos, regándolo en sitio que pudiera recibir el sol. Este bagazo servía de pasto al ganado y el resto, al secarse, se usaba como combustible auxiliar. Tan pronto se terminaba este primer acto, un nuevo molendero "emburraba" la caña para una segunda tarea, y enganchando un caballo fresco procedía en todo como en la primera. Mientras tanto el cocinero llevaba a cabo su labor de hacer la miel.

La concentración del guarapo hasta transformarlo en miel tomaba tres a cuatro horas de continuo hervir, atizar el horno y cuidar del líquido. Antes de hervir, ciertas materias del jugo se coagulan y arrastran a la superficie suciedades que forman una espuma espesa, la cachaza. Había que eliminarla con el cazo, que para el efecto se usa uno perforado. Esta cachaza es una golosina nutritiva para los cerdos. Una depuración sumaria basta para las mieles "de alambique". Las mieles para consumo de boca sufrían una limpieza más refinada y se las preparaba en pailas de bronce, pues los "fondos" de hierro les confieren un color negruzco mientras que en las de bronce salen con un tinte ambarino. Cuando el guarapo "reventaba a hervir" podía descansar un poco el cocinero, y de ahí en adelante sólo había que mantener el fuego. Al coger el punto de sirope, éste tendía a subir y derramarse, por lo que debía aventarse constantemente, a veces por horas, hasta que llegara al punto en que se dice que la miel "para", es decir, que deja ya de subir. El fuego se rebajaba entonces y el cocimiento seguía; se revolvía de vez en cuando hasta que daba el punto final, el cual se probaba metiendo el cazo en la paila y levantándolo boca abajo; la miel no debía caer en chorro o cortina, sino en lampos o gruesas gotas. Aquí se cortaba toda la llama, o si se trataba de paila "con orejas", se le retiraba por medio de una tranca metida a través de ellas y alzándola en peso dos fornidos mozos. Una vez en reposo se transvasaba la miel a otras pailas, hasta que se enfriara y de allí a los envases finales, tanques, cántaros o latas.

La primera hornada se concluía hacia el mediodía y en seguida comenzaba una segunda, que generalmente se sacaba como a las cinco de la tarde. Entonces se cargaba la paila con la tercera tarea, se descachazaba, se metía al horno un tronco de leña extraordinario y se dejaba el líquido "en sancocho" para completar la obra en la siguiente madrugada, mientras se molía la primera tarea.

Al atardecer de cada día algunos debían ir al cañaveral para acarrear caña y leña, luego embancaban éstas, mientras que otros se encargaban del lavado del trapiche y de los utensilios, barrían y rociaban los pisos para evitar el polvo. Así concluía la jornada diaria para repetirse al día siguiente, y así los demás días, con la sola excepción de los domingos o

días de fiesta. La zafra producía generalmente de 200 a 1000 "latas" de miel (recipiente de 5 galones, que usualmente venían con kerosín). El precio de la "lata" llegó a ser hasta de Bs.4.00 en los buenos tiempos. Se sabe que el advenimiento de los ingenios, las leyes erradas sobre destilería, el crecimiento de la industria cercevera y el auge del comercio de licores extranjeros, arruinaron la producción de secos y rones y acabaron con la pequeña y profusa industria de las mieles. Con ello comenzó la agonía de la huerta.

La matanza.—Consistía, como lo dice el buen castellano, en sacrificar un cerdo de la cría, o en su lugar, un ternero, los cuales habían recibido cuidados especiales, para hacer con ellos las delicias culinarias de la familia y algunos parientes y amigos invitados al efecto. El suceso se verificaba una o dos veces durante la temporada y suministraba la manteca en el caso del cerdo o la carne seca (cecina), en el caso de una res, muy útiles y económicos para el consumo del grupo residente en la huerta. Era, además de agradable, espectáculo lleno de color y animación, especialmente para los muchachos, que no perdían detalle. Comenzaba la cosa por hacer las invitaciones, contratar el matador y la "freidora" de chicharrones, alquilar una paila especial para freír los tocinos, preparar latas y damajuanas para la manteca, almacenar plátanos y yuca para la "fritanga" y otras provisiones menores. Al ternero se le aseguraba con cuarenta y ocho horas de anticipación, atándole, aislado, bajo un árbol cercano. Si era el cerdo, se le ponía a recaudo desde la tarde anterior al sacrificio. La matanza empezaba en la madrugada, a la hora de la molienda. Ni los más chicos querían perderse la escena del sacrificio, bajo la luz de la luna o de una linterna, lo que confería al acto semblanza de rito primitivo. Ni a chicos ni a grandes conmovía el quejumbroso bramido del ternero al recibir la cuchillada o el penetrante chillido del cerdo al dársele el tucazo en la frente. Allí se cumplía la ley biológica de la selva con el beneplácito de todos. La sangre caliente del cerdo se recogía en una olla y se batía a la mano, hasta que se coagulara, destinándola luego a morcillas o a jigotes muy estimados. La muchachada seguía con interés la operación de desollar la res o de pelar el cerdo con el agua caliente y acto seguido, el abrir el animal, lo que mostraba a los mirones el cuadro extraño de las vísceras. Por último se asistía al descuartizamiento y destace. Al amanecer colgaban de las soleras las piezas debidamente separadas y comenzaba la labor de reparto y usufructo. La ama de casa preparaba los regalos: aquí el trozo de hígado, allá el de la pulpa negra, la palomilla o la trasera, el "aujal", el "zancarro", el filete o el "rayado", etc., etc., según las preferencias y los rangos que la patrona conocía muy bien. Algunos pobres de solemnidad bien conocidos figuraban, naturalmente, en

la lista de los obsequiados aquel día. Los muchachos se encargaban con gusto de hacer los mandados, o sea de llevar los regalos. Luego se divertían espantando con tiros de biombos a los gallinazos, huéspedes no invitados de la matanza. Gustaban de ir al río y hacer unas fiestas con la poco atractiva tarea de limpiar panzas e intestinos para las longanizas o el mondongo. Con la vejiga inflada y seca jugaban a los diablicos con la cabeza del ternero se hacía el toro y ensayaban corridas. El menú del día era señalado. Como a las nueve de la mañana se servía el primer refrigerio o "puntal", en que se hacía honores a la primera "barcada" de chicharrones y "miserias" (faldillas fritas) con las consiguientes tajadas de plátanos y yucas fritas. Tratándose de la res, el "puntal" obligado era el biftec de hígado o los riñones "sudados" con guisos y picantes, todo acompañado de la apetitosa tortilla de maíz. Las muchachas se ocupaban luego de alinear los platos del día y aderezar los componentes de las chorizas o del mondongo. Al medio día el plato clásico del puerco era el arroz con asadura y las costillas fritas y para la cena el adobo o los pernils asados en caldero y en el mismo horno de hacer la miel. Si la matanza era de res, el almuerzo incluía el "cuchifrito", guiso hecho a base del corazón y la faldilla, con caldo no muy abundante, que se acompaña con tortilla, y la chanfaina con el arroz. En la cena se servía el lomo mechado. Durante las horas de la tarde se preparaban las chorizas, si la matanza era de puerco, o se sancochaban los componentes del mondongo, caso que fuese de ternero. En la región ha privado el femenino choriza, en vez del masculino chorizo, quizá por la forma tan alargada y delgada que se les da, diferente en mucho a la forma gruesa y corta que se da, diferente en mucho a la forma gruesa y corta que se da, por ejemplo, al chorizo chorrerano. No sabemos que en otras partes del país se fabrique chorizo al estilo santeño, pues el que se vende en la Capital de este tipo, por cierto muy solicitado, proviene de las provincias de Los Santos o de Herrera. En cuanto al mondongo, allá solo se conoce como tal el que se hace con las patas de la res, el intestino delgado vuelto al revés y cortado en anillos, unos pocos trocitos de panza y ciertos tendones llamados "malhaya", poniéndosele caldo abundante, espesado con bollitos de masa de maíz. Difiere, pues, del tipo de mondongo español, hecho exclusivamente de callos, con añadiduras o no de zanahorias y papas, en una salsa mas bien corta. Este último no se prepara, o se prepara muy raramente en el Interior, aunque es muy del gusto en otras partes, especialmente en la Capital. El mondongo de pata era, pues, de rigor en la matanza, y se comía al día siguiente de ésta, ya que era necesario, después de sancochado, dejarlo enfriar una noche y desgrasarlo en la mañana; luego se aderezaba y servía en almuerzo, con tortilla. Constituía plato único del me-

nú, pues siendo tan rico y sustancioso merecía siempre los honores de la "repetición", que nadie dejaba de hacer.

Un postre ritual, que la tradición ha consagrado como muy "digestivo" y por lo tanto saludable para cuando se ingieren comidas grasosas como las de la matanza, era la miel de caña. Por lo atractiva, se servía la "de espuma", parte espesa y blanquecina que cubre la superficie de la miel en los envases recién llenos. Nadie dejaba de gustar esta golosina, y algo de cierto tendrá el refrán de que "la miel disuelve la manteca" pues nunca se oyó hablar de trastorno alguno causado por los platos de la matanza.

Al atardecer del día de matanza podían verse las varadas de tasajos: carnes de cocinar, carne selecta de asar, huesos picados, lonjas, chorizas, etc. Partes de ellas serían envueltas en capullos secos y se ahumaban para la buena conservación. Cada una tenía su destino: la de asar, para el "salado" de los desayunos y los tasajos entomatados en las cenas; los chorizos fritos eran reyes en el almuerzo; el puerco salpreso era único para los "guisados" de papaya o de ciruelas, para el "arroz con puerco" (arroz con cabitos) o simplemente para asarlo en chuzo al par que un plátano verde, en las brasas del horno, a la hora del "puntal". Así, pues, la matanza prolongaba siempre su bondad por muchos días, y con razón se le dedicaba tanto ceremonial y afecto. Era casi siempre de noche cuando los invitados se despedían, llevando cada uno su buena porción de vituallas y el recuerdo de aquel día de expansiones y de abundancia.

Los paseos.—La festividad de máximo regocijo en la huerta era el paseo. En él, grupos siempre numerosos de gente moza y pronta a divertirse, acompañadas de algunas mamás y chaperonas, se daban cita para pasar el día en la huerta. Los promotores eran a veces los muchachos y muchachas de la casa; en otras ocasiones eran amigos y amigas de ellos quienes proyectaban el asunto con general y alborozado beneplácito de los finqueros. En el primer caso los dueños eran verdaderos anfitriones; en el segundo, se limitaban a ceder el sitio, sus comodidades y los frutos de la finca, corriendo por cuenta de los visitantes lo principal de la cocina.

El día del paseo, con la salida del sol se formaban en el pueblo o lugares previstos, los grupos de excursionistas y partían para la huerta según lo convenido. Se transportaban unos en carretas, otros a caballo y no pocos a pie cuando la distancia no excedía de algunos kilómetros. Las carretas llevaban, además, los instrumentos musicales, las viandas y golosinas y a lo largo del camino se entonaban canciones populares o tonadas nativas. Entre ocho y nueve de la mañana llegaban los concurrentes. Ya la huerta se hallaba dispuesta: barridos los pisos bajo los árbo-

les, numerosas hamacas columpiándose con el viento, descolgadas las pipas, recogidos montones de marañones y naranjas bajo las enramadas y sobre las mesas se extendían pernils de lechonas y las gallinas recién desplumadas para el banquete. Una gran paila cubierta con anchas hojas de plátano, dejaban entrever la blancura algodónada de un chicheme y en las "burros" del trapiche se hacinaba la cañita criolla que daría su fresco jugo esmeraldino. La brisa, el sol, la corriente y los charcos cristalininos del río completaban las promesas de que allí se pasaría aquel día unas horas de paraíso. En efecto, con la llegada de los actores se prendía el bullicio y se animaba el ambiente. A las salomas de los trabajadores de la molienda se unía la canción atrulladora acompañada por guitarras o la tonada nativa armonizada con los tambores. Abrazos, saludos y exclamaciones de alegría se intercambiaban y de inmediato comenzaba el programa, que aunque era muy sabido, parecía siempre nuevo. Las muchachas corrían a gozar las hamacas para reponerse de la jornada del camino, otras iban a los columpios improvisados con sogas de vacueros o se tendían cuan largo eran sobre los mullidos bagazales secos. Los mozos ensayaban sus aficiones atléticas empujando la mijarra del trapiche para moler algunas cañas mientras que algunos realizaban el más cómodo ejercicio de aparar el jugo en sendas totumas y tragarlo a grandes sorbos. Otros abrían pipas, partían sandías, trepaban a los árboles para recoger ciruelas o caimitos o probaban la habilidad para rajar leña con la pesada hacha de los molenderos. En fin, que para todos había ocasión de entretenerse o demostrar sus destrezas a las damitas, las cuales siempre apercebidas, premiaban las hazañas con expresivas sonrisas, frases corteses o miradas derretidas. Después de este primer solaz venía la hora del baño. Todavía no habían llegado a los pequeños pueblos los vestidos de baño extranjeros, ni siquiera modelos para confeccionarlos en plaza. Por lo demás, la mujer interiorana, no solo gustaba poco de exponer sus formas sino que más bien las disimulaba. De allí que para el baño lo más común era el camisón. Sólo las más despabiladas se hacían un vestido, sobre no se sabe qué patrones. Consistía en un pantalón que terminaba en arandelas debajo de la rodilla, con una blusa que se anudaba celosamente al cuello, mangas hasta los codos, una amplia arandela sobre el busto y una falda que llegaba a la mitad de los muslos. El conjunto era muy holgado, en tela gruesa de algodón y de color azul marino o negro. De seguro, era más pudoroso que los camisones y era, además, la última moda. Quizá la poca preocupación estética en la indumentaria de baño tenía que ver con la costumbre de que hombres y mujeres no se bañaban en común, si bien era permitido que los varones presenciasen el baño de las damas, bajo la inspección de las chaperonas.

naturalmente. Debe agregarse que la natación no era todavía un deporte de mujeres. Sólo sabían nadar las muchachas que pasaban los veranos en las huertas. De aquí que las bañistas del paseo se limitaran, casi todas a chapotear en las corrientes o remansos llanos. Por su parte los varones eran casi todos diestros nadadores, se lanzaban a las aguas profundas de los charcos y verificaban competencias de natación o juegos como el de la "iguana" o el de las "patadas", que no tenían reglas precisas. Como vestidos, los muchachos usaban cualquier calzón nada especial.

Concluido el baño y hechos los aderezos femeninos, venía el muy deseado acto del almuerzo. Virtualmente se devoraba, más que comía, un sancocho de gallina con bastante verduras, acompañado con tortillas o bollos y en seguida una lechona asada con arroz bien sazonado. Como estimulantes, apenas si algunos gustaban probar un aperitivo de "guarapo fuerte" o se servía a veces, con el almuerzo, un vaso de vino tinto corriente. En verdad, se era parco en bebidas durante los paseos. Por fortuna no se conocían aún los *jaiboles*, ni la cerveza fría (no había hielo), y aunque había buenos rones, era impropio tomarlos en reuniones con señoritas. Se remataba el almuerzo con el postre de raspaduras o cocadas con queso y se finalizaba con el aromático café puro endulzado con miel.

Después del café venían las canciones, más tarde se entonaban tamboritos y se bailaban piezas tocadas por improvisadas orquestas. (Las orquestas profesionales vinieron después). Cuando la sed apuraba venían los refrescos: el jugo de caña, las pipas, naranjas, chichas de marañón, chicheme con leche agria o sin ella. Si el calor subía se volvía al baño, se tornaba a la diversión y así terminaba el día antes de que nadie lo deseara. Renovado el apetito por tantos ejercicios y goces, se servía la cena: usualmente, la gallina "sudada", restos de la lechona de la mañana, arroz "calentado" y el muy gustado postre de plátanos maduros cocidos en la miel del día. Lo que seguía era menos agradable, pero siempre lo más amenizado posible: el regreso. Cuando anochecía y que la luna se hacía brillante, partían los excursionistas, llevándose las frutas que no habían sido consumidas, cañas y otros recuerdos útiles del paseo. Con ellos se llevaban también la alegría y dejaban a los de la huerta sumidos en una nostalgia que solo se curaba del todo en el próximo paseo.

Raspaduras, cabangas y conservas.—Con el nombre de raspadura (se dice también rapadura) se designa en la provincia santeña al dulce de coco que se hace con la miel hirviendo acabada de hacer. Su sabor y textura difieren de la "cocada", como es de diferente la fabricación. No es, pues, la raspadura que se conoce en la capital, llamada también panela, que no lleva coco y se usa como dulce popular para el café o para

hacer golosinas. En la región de que hablamos se endulza el café con miel de caña, de consistencia gruesa y a veces cristalizada, con apariencias de azúcar morena o moscabado. Se llama *conserva* al dulce que se fábrica con miel y pulpa de papaya verde, y "cabanga" a la que se le agrega parte de papaya verde y parte de coco a la miel. Se fabrican estas golosinas en la huerta, ya sea para la venta, ya para el consumo doméstico. Esta última se prepara generalmente en vísperas de Semana Santa o en días antes de concluir la temporada de verano. Comenzaba la preparación de la raspadura el día anterior al de la "batida". Se reunían algunos convidados en las horas de la mañana para preparar los cocos; pelaban éstos, los descascaraban, le eliminaban la cutícula, lavaban los fragmentos y se rallaban. Se extraía a mano parte del jugo o "leche", con la cual se hacía "arroz con coco" o aceites para la lámpara de la iglesia. El coco rallado se extendía en bateas, al sol, toda la tarde. Una recompensa para los que hacían esta labor era el agua de coco y las esponjas, muy gustadas de todos. Al siguiente día se acababa de secar el coco mientras se preparaba la miel. Se disponía para ésta, caña de la más sana, muy limpia y el jugo se prefería colado. Se usaba la paila de bronce. Mientras la miel cogía punto se preparaban los moldes. Unos se hallaban hechos en planchas de madera de espavé. Se completaba el número necesario haciéndolos en el suelo, debidamente humedecido y apisonado. Se les daba forma de casquetes y se les cubría el fondo con hojas de plátano, para retirar fácilmente el contenido. Se preparaban también los mecedores de madera y las "bangañas" para batir. (No debía usarse vasijas esmaltadas para evitar posibles astillas).

Cuando la miel estaba de punto se le agregaba el coco, poco a poco y agitando sobre fuego lento, se le daba cocimiento hasta que un pedacito echado en el agua se contraía y empastaba en vez de disolverse. Se retiraba entonces la paila del horno, se dejaba reposar un tanto, se distribuía aun caliente en las vasijas y se procedía a batir. Una pareja de batidores, generalmente hombre y mujer, se encargaba de cada recipiente (ocasiones para galanteos entre mozos). Había que batir largo y seguido y con cuidado de no salpicar al compañero. La mezcla iba tomando un color claro y una consistencia pastosa y al final amenazaba cuajarse, con apariencia de cera. Entonces se distribuía en los moldes, en donde acababa de endurecerse. Y allí era cuestión de establecer los reconocimientos para las parejas que habían logrado las raspaduras más "acerasadas" en el menor tiempo y de bromear a costa de las que solo obtuvieron una cuajada pobre o cristalina. Cuando el material se había enfriado completamente se envolvía cada raspadura en corteza seca de plátanos (h' lacha de tallo).

Para hacer "conserva" se recogían las papayas verdes, se pelaban, lavaban, rallaban y el rallado se comprimía a la mano para eliminar la mayor parte del líquido. Cuando la miel de la paila había llegado al punto deseado se le agregaba el rallado y se revolvía constantemente, a fuego suave, hasta obtener una consistencia adecuada, retirando entonces el caldero del horno. Apenas reposado, y aún caliente, se distribuía el contenido en envases, generalmente cántaros. La pasta permitía en cualquier día ser cortada con cuchara y parcelarla para la venta o el consumo en casa, y podía durar indefinidamente.

Una variante del procedimiento era la de echar las tajadas de papaya en la paila, a hervir en el guarapo mucho antes de que éste fuera miel. Las tajadas se desintegraban y convertían en pasta al tiempo que se hacía la miel. Era un poco más largo pero se ahorrraba el rallado y el exprimido.

La *cabanga*, que era tan popular como la raspadura, se hacía añadiendo a la miel parte de coco y parte de papaya. Se batía un poco y se parcelaba y envolvía en hojas de maíz o hilachas de tallo cuando aún estaba blanda. La consistencia final era dura, un poco "acerada" y también era de larga conservación.

Raspaduras, cabangas y conservas eran golosinas de lo más populares en el Interior, especialmente en los días de Semana Santa y durante los primeros meses del invierno o estación lluviosa. Con el queso regional suave y cremoso, la raspadura formaba la combinación perfecta para la "cosita" o merienda. Quizá una prueba de esto es que ella figura en el lenguaje de los loros, pues bien conocido es el diálogo entre la dueña y el parlante animal:

D.:—Dame un besito, querido

L.:—Chhchhuis... (sonando un besito)

D.:—Ay! qué dulzura. A qué te sabe?

L.:A QUESO CON RAPADURA.

Nota final: Muchos otros quehaceres y encantos anexos a la huerta podrían describirse, pero con lo aquí narrado se da una idea de lo que en ella ocurría y de su gran valor. Hemos tratado de ceñirnos a los hechos, tal como figuran en nuestros recuerdos y experiencias. La nota documental no debe considerarse aminorada por el elemento que pueda aparecer como literario, pues la verdad puede a veces hallarse vinculada a la añoranza. Creemos que el tema es pródigo y que deberá hacerse un día el estudio para valorar en su dimensión social, económica y espiritual, instituciones tradicionales como la de la huerta.

PANAMA, Febrero de 1958.

Honduras Británicas: el Anverso de la Medalla

Por WILLIAM ATKINSON

— I —

“Palabras duras no rompen huesos”, reza un dicho inglés. Y menos entre amigos. Conviene subrayar, siempre que de Honduras británica se trate, que la disputa —si es que a tanto llega— entre los gobiernos de Guatemala y de la Gran Bretaña no empaña en nada la honda amistad y mutuo aprecio que ligan sus dos pueblos. El que estas líneas suscribe habla aquí con conocimiento de causa. Sus andanzas por Guatemala, su trato con guatemaltecos distinguidos que participan en la dirección superior del país así como con ciudadanos ordinarios, le han convencido de que sobre esto no hay margen a duda. Ahora que la amistad no obsta para que surjan de vez en cuando divergencias de intereses, de miras políticas, de convicciones. Y es entonces cuando más importa, en nombre de la misma amistad, que hablemos con toda franqueza. Pero sin pasión, que la pasión ciega. Y con el respeto más escrupuloso siempre a la verdad de los hechos, teniendo en cuenta que el suprimir verdades inconvenientes es otra faceta de la mentira. “No basta con vencer”, decía el gran Miguel de Unamuno: “hay que convencer”. A hablar, pues, como entre amigos.

Guatemala se da por convencida de que Honduras Británica le pertenece por derecho; Inglaterra, no menos firmemente de que no. Aquí nos las habemos, huelga decirlo, no con intereses de Guatemala o de Inglaterra, ni menos con patriotismo chillones u orgullos nacionales. Se trata de la interpretación de derechos alegados frente a otros adquiridos, como también de la interpretación de convenios firmados y de su cumplimiento o no cumplimiento. Y cuestiones así no se resuelven ni por la propaganda ni mediante campañas de subversión política. Se resuelven a la luz de la razón en el seno de los tribunales internacionales que para eso, para fallar precisamente en nombre del derecho de gentes, existen. No se explica, en efecto, el que Guatemala siga negándose a este

recurso, a base de insistir en que todo fallo ha de ser *ex aequo et bono*. Tal criterio puede que sea admisible, pero después, no antes. La cuestión previa es de interpretación legal. Lo que se debate es de qué lado está el derecho, no la conveniencia. Como tampoco había de querer, ni consentir, Guatemala que una decisión *ex aequo et bono* descansase en una ilegalidad. De darse el fallo sobre el aspecto legal en favor de Guatemala, sobraba en efecto lo otro: cuestión resuelta y en paz. A qué pues, tanta renuencia, teniendo Guatemala, como persiste en afirmar, todo el derecho de su parte.

Pero nosotros quisiéramos abordar el asunto más bien desde otro punto de vista. Porque lo que aquí se juega no son en realidad unos cuantos millares de kilómetros cuadrados de territorio, territorio donde nunca estuvo Guatemala y conservando ella un porcentaje tan subido del suyo todavía sin explotar. No, lo que se juega son la vida, el bienestar y las lealtades de unos 85 mil seres humanos. Cuando en 1821 la América Central llega a repudiar el dominio español, fue a raíz de que éste venía pisoteando sus derechos de hombres libres, arrogándose el control de sus destinos y el aprovechamiento de sus tierras. Y las nuevas repúblicas le propinaron a España la dura lección de que los tiempos ya eran otros; de que la dignidad del hombre no consentía más tal abuso, tal usurpación.

Lección es ésta que tiene bien aprendida Inglaterra, y que en el contexto en que hablamos conserva toda su pertenencia. Inglaterra no hace entrega de sus colonias a nadie, como tampoco admite acomodos con terceros sobre ellas. Esto fuera aún concebible en épocas de antaño cuando una colonia, habitantes y todo, se cotizaba como otra mercancía cualquiera. Pero aquí sí que no cabe lamentar con el poeta "cómo cualquier tiempo pasado fue mejor". Porque ahora —y en esto me parece que a Inglaterra le toca, y a mucha honra, el papel de precursor— las colonias no sirven a la madre patria sino al revés. Honduras británica, pongamos por ejemplo, no es fuente de ingresos para Inglaterra sino de fuertes dispendios, dispendios que desde 1946 acá alcanzan cerca de 5 millones de libras esterlinas. Inglaterra, lo mismo que ni vende ni enajena, ni explota ni oprime. Ha contraído el compromiso moral de ayudar en lo posible al pueblo de la colonia a desenvolver sus potencialidades todas, económicas, intelectuales, sociales, cívicas, sin pensar para nada en la recompensa. Y esto, en especial lo último, a sabiendas de que tal camino no puede llevar sino a un fin, a la mayoría de edad política para el territorio, al derecho, identificado ya con la capacidad, de cargar en día futuro con su propio destino, consiguiéndose así por vía evolutiva y con la más comprensiva anuencia de la madre patria algo

que sólo tras cruenta guerra consiguió Guatemala arrancarle a España. De extrañar sería que la colonia fuera menos empeñada de lo que es en mantener incólume al vínculo con Gran Bretaña.

— II —

El ritmo del desarrollo económico en Honduras británica ha aumentando enormemente, a pesar de dificultades sin cuento, desde fines de la segunda guerra mundial. Fue en 1946 cuando se lanzó el plan maestro que ha presidido a tanta nueva iniciativa de entonces acá: plan de fomento y sobre todo de diversificación de la industria, inspirado y costeado desde Londres. En la primera fase cayó el énfasis principal sobre construcción de carreteras y mejora de las existentes, abriéndose a la explotación grandes extensiones antes impenetrables o incomunicables entre sí. La segunda, correspondiendo a los años 1952 a '56, fue dedicada en su mayor parte a la intensificación de la agricultura. La tercera —a más de afianzar lo realizado en estas direcciones, que con la silvicultura siempre serán primordiales para el territorio— a salud, instrucción pública, vivienda y otros servicios sociales. En un solo año —el '56— visitaron el territorio en pie consultivo peritos ingleses de ramos tan diversos como son la agricultura, pesquería, teléfonos, finanzas y servicios administrativos.

Veamos unas cifras. Kilometraje de carreteras transitables por vehículos todo el año: en 1949, 479; en 1956, 672. Producción de azúcar, de 1,500 toneladas en 1951 a más de 11,000 en 1958. Exportación de plátanos, de menos de mil racimos en 1954 a 47,000 en 1956. Donde hasta hace poco la carne de vaca se importaba, ahora se están exportando vacas a México. Y así en un sin fin de direcciones, casi todas altamente prometedoras, siendo notorio que la población del territorio nunca ha sido de tendencias agrícolas. La creación de pequeñas industrias ha merecido no menos el estímulo oficial, y con ello la formación de sindicatos y un desarrollo constante por la defensa y bienestar del obrero.

Sería larga de contar la expansión de los servicios de instrucción pública en todos los niveles, desde la primaria hasta la fundación en 1948 del Colegio Universitario de las Indias Occidentales, con sede en Jamaica, que sirve a todos los territorios británicos del Caribe. En cuanto a salud pública, el tipo de mortalidad infantil ha bajado en un 30 por ciento en espacio de ocho años. La fiebre palúdica, más repartida de las enfermedades endémicas, se confía en que para 1961 ya quedará totalmente extirpada. No es decir que todos los problemas económicos y sociales estén resueltos, ni mucho menos. Lo que sí se puede decir es que se encuentran en vías de solución, hasta el de la vivienda, que es el que mayores

dificultades ofrece; y que no ha de cejar el gobierno británico, a fuerza de buena voluntad, pericia técnica y fondos, en trabajar a una con la población para asegurarle a ésta la consecución de la vida buena, estilo siglo veinte.

Más interesante aún es el aspecto político. No siempre responde de las verdaderas intenciones de un régimen el éxito en lo material: la piedra de toque está en cómo maneja a los valores humanos. Queda dicho que en todas sus colonias Inglaterra se ha propuesto como meta e ideal el progreso del pueblo hacia —y hasta— un eventual libertarse del tutelaje, política ésta que ha dado al mundo el extraño espectáculo de una gran potencia imperial que, deshaciéndose sucesivamente de colonia tras colonia, queda con ello más potente que nunca, más segura que antes de la fuerza de los vínculos emotivos y de comunión de intereses que siguen uniéndola con países ya independizados. El progreso en las Honduras británica debe mirarse dentro de este contexto, y clave del progreso es la asociación cada vez más íntima de gobernante y gobernado en el gobierno.

La constitución de Honduras británica de 1954 representa así un paso más en una larga evolución: paso tremendo, sea dicho, en cuanto al sufragio, extendido aquí a todo mayor de edad de los dos sexos, y cualquiera que sea su raza, color o religión, con el único requisito de que sepa firmar y escribir la fecha. La composición de la Asamblea Legislativa queda modificada en el sentido de dar mayor representación al elemento elegido (9 diputados) que a los miembros *ex-officio* (3) o nombrados por el Gobernador (3); al igual que en el Consejo Ejecutivo, donde bajo la presidencia del Gobernador privan 6 miembros elegidos por la Asamblea y 3 nombrados *ex-officio*. De esos seis, tres desempeñan frente a la Asamblea Carteras ministeriales (recursos naturales, servicios públicos, servicios sociales). Así el pueblo —y fijese en que es un pueblo de composición racial más que ordinariamente compleja— se le ha otorgado un grado de intromisión y responsabilidad en la conducta de sus intereses superiores verdaderamente notable. Y para el año entrante el gobierno británico ha prometido una nueva investigación independiente sobre la posibilidad de registrar todavía mayores adelantos constitucionales.

Todo esto sin contar con el cúmulo de ventajas, tangibles e intangibles, que le derivan como miembro de la mancomunidad británica de naciones. El nacer en Honduras y poder llamarse ciudadano británico es todavía hoy privilegio y orgullo de esos que no se abandonan a la ligera. Y baste lo dicho para convencer a nuestros buenos amigos de Guatemala de que en fin de cuentas es el mismo pueblo de Honduras británica quien dispondrá de sus destinos. No ha de ser Inglaterra quien le constriña —ni le deje constreñir— a la renuncia de algo que, más que un derecho, es un deber.

Remembranza:

RIFA...!!

Por ROSA Q. DE MARTIN

Recuerdos queridos... Recuerdos que toman mayor relieve con el correr del tiempo, que se encarga de alejarnos más y más ..

Rifa!... Vamos! Contestaba la persona de la casa, al responder al llamado que hacían en la puerta de cada hogar, con el interés de vender uno de los cien números de la lista que marcaba, para la Rifa de "un par de zarcillos de oro con perlas"; "peinetas de balcón"; de "una Cadena Chata", o de aretes, "ajies de filigrana", etc., etc.

---A cómo la acción?

- A real el número!

Y comenzaba la ingenua lista.--Cada cual tomaba el número a su capricho y escribía:

17.--"Mi Señora del Carmen me la de".

33.--"Es mía".

10.--"El alma de mi compadre".

45.--"Para mi nieta".

06.--"Para la niña de los ojos negros".

88.--"La Cruz del Bajito".

63.--"Las almas del purgatorio me la den".

77.--"Lo que Dios quiera será".

93.--"Son para mí".

24. "La Fiesta de San Juan", etc., etc.

Y quedaban los números rematados, con la honrada palabra, "Pagó". El dueño de la Rifa, procedía entonces a escribir en papelitos cada frase e igualmente iba cortando en blanco tanto papelitos como números inscritos había; teniendo sumo cuidado en anotar en uno de ellos: RIFA!

Luego los doblaba esmeradamente, colocando unos y otros en sendas canastas.

Avisaban oportunamente la hora de la Rifa, porque en aquellos tiempos lector amigo, no había la facilidad de guiarse por los números de la Lotería Nacional, porque aunque imagino que ya existía en la capital de la República, acá en el Interior, no estaba aún en el tapete de las novedades. Y se agrupaban los interioranos en el portal de la casa del dueño de la Rifa. Todo listo, comenzaba el canto de los números acompañado de la lectura de las frases.

Una persona leía el número, mientras otra sacaba de la canasta en blanco, el respectivo papelito, hasta que la palabra "RIFA", marcaba la suerte.

Lo hacían en voz alta, mucho orden, y sobre todo, con profunda honradez...!

El alma de mi compadre..... Blanco!

Para la niña de los ojos negros..... Blanco!

Mi Señora del Carmen me la de..... Blanco!

Las almas del purgatorio me la den..... RIFA!

Enseguida era entregada la preciosa prenda, que hoy no la rifarían por menos de Bs.100.00 y en aquel tiempo... 10 pesos..!

Cuánta conformidad! Cuánta sencillez! Ambiente sin vanidad, sin reproches de conciencia!

Quedaba el portal lleno de papelitos, porque ocurría con frecuencia que la suerte llegaba casi al terminar la numeración.

Y seguían los comentarios de la suerte; cada cual contando su historia, mientras el agraciado lo sabía enseguida, pues volaban a comunicárselo, en caso de no estar presente.

RIFA! RIFA! RIFA! aún suena y sonará esa palabra, en la lucha por los haberes de la humanidad...

Pero jamás con la sencillez de los tiempos idos, y en los que la fe marcaba hasta las frases que llenaban de esperanza y devoción el espíritu...

"Las almas del purgatorio me la den"..... RIFA!

El Archipiélago de las Perlas

EL "PLAN VIAL" Y EL CAMINO ENTRE SAN MIGUEL Y

"LA ESMERALDA" (MAFAFA)

Por NICOLAS LUIS JUSTINIANI

— V —

En la edición de "El Mundo Gráfico" correspondiente al sábado 30 de Julio ppdo. nos vimos obligados a salir a la defensa del proyectado camino entre San Miguel y la próspera población de la "Esmeralda" en la Isla DEL REY, contemplado en el llamado "Plan Vial" dado a la publicidad por la sección de la C. A. M. del Departamento de Obras Públicas, con motivo de la malintencionada propaganda de prensa y radio enderezada contra la ejecución de esa obra que siempre hemos considerado como capital e inaplazable para la redención agrícola de esa región habitada por más de 3.500 panameños en su mayoría dedicados a la agricultura.

Esa importante vía terrestre que ansiamos vivamente los sanmiguelenses que arduamente vivimos luchando por la superación y resurgimiento de nuestro Distrito no es con la mira de una vía para mero paseo o esparcimiento. No. Ese camino de norte a sur por el centro de la isla, proporcionaría al brazo productor de nuestros agricultores el aprovechamiento de sus más fértiles tierras, lo que, a no dudarlo redundaría en la mejora de la precaria economía balboeña y el progreso positivo para todo el Distrito.

Sin conocer nuestra histórica isla del Rey; sin conocer las inmensas y fértiles montañas de su interior que serían habilitadas por el camino planeado, previo estudio de la C. A. M., es a todas luces de malévola intención la referida campaña contra éste, la cual no vacilamos en calificar suavemente de antipática y retrógrada en grado sumo.

Porque nadie ignora que donde hay caminos, hay progreso. Y el progreso regional, forzosamente se traduce luego en el progreso general del país. Estamos?

Los sanmiguelenses podemos gritar a todo pulmón que la República de 1903 AUN NO HA PASADO por nuestro Distrito, como no fuera únicamente para la explotación egoísta de nuestros criaderos de concha madre.

perla (mina exclusivamente nuestra) y para la conquista de votos electorales. Y precisamente esta es nuestra lucha actual en demanda de la justa participación en los beneficios que éste le viene reportando a otras secciones del país. Toda vez que la decadencia de nuestro terruño arranca desde esa fecha para nosotros hasta hoy luctuosa e ingrata. Debido a que no cesaremos en la comparación reiterada de la era de riqueza y bienestar del archipiélago durante el último cuarto de siglo pasado en que **EL ORO FUE LA MONEDA CIRCULANTE** en toda la región.

Y ese auge económico del apogeo a que llegó el fantástico comercio de conchas y perlas siempre se lo hemos abonado al siguiente hecho histórico.

Desde el año de 1846 a 1896, exactamente 50 años, entre el Congreso Granadino, el Estado Soberano de Panamá y la Asamblea Departamental de Panamá, expidieron 15 diversos cambios legales sobre la administración de la tierra de Balboa. Época hubo (1880) en que la Asamblea del extinguido Estado de Panamá, por Ley de 4 de Noviembre de dicho año, dividió el Archipiélago en TRES Distritos *San Miguel, Saboga y Bolaños*. Lo que indica que lo que se perseguía o persiguió entonces con dichos repetidos cambios, era encontrar por medio de la experiencia cuál era el sistema de administración que mejores o mayores beneficios y resultados prácticos le podían proporcionar a esa importante región que en aquella remota época **PARECE SER QUE SI MERECE LA ATENCION PRACTICA DE LOS GOBERNANTES.**

De aquí lo justificado de nuestro patriótico anhelo por que cese la amarga queja que tenemos contra la orfandad a que parece habernos condenado la República de 1903.

VOLVIENDO A NUESTRO TRABAJO INICIAL TESOROS EN LA ISLA DEL REY

Tanto la isla de San Miguel o del Rey como varias otras islas del archipiélago están repletas de historietas, anécdotas y leyendas sobre grandes tesoros ocultos en sus entrañas como producto de la cruel rapiña de piratas y corsarios. Tesoros que jamás cesarán de buscar afanosamente, unos excavando a la ventura y otros sobre la base de derroteros escritos, sin ninguna investigación previa de su autenticidad. La búsqueda, no siempre infructuosa, continúa incesante de generación en generación.

Más de una vez hemos visto y leído pistas, planos y derroteros con tales visos de verosimilitud que nos han hecho pensar seriamente en la existencia real de los tales tesoros ocultos y ver cómo personas de toda categoría, y organizaciones especiales para el efecto, incurren periódicamente en gastos para realizar en nuestras islas persistentes exploraciones.

Y con ocasión del gran tesoro que la *Leyenda* asegura oculto en lugar adyacente a la población de San Miguel, nos consta lo siguiente:

Si mal no recordamos, era el año de 1909. Vivía aún nuestro padre don Nazario Justiniani (Q.E.P.D.). Y al recibir un buen día una carta llegada por correo, le extrañó no el sobre que indicaba su procedencia del exterior, sino el rasgo femenino de la escritura o sean letras de mujer. Por lo que, intrigado, rápidamente la abrió y al constatar que festivamente quien la escribió desde Londres (Inglaterra) fue una señorita, me llamó enseguida para que, me informara de su extraño contenido.

En dicha carta que vino correctamente dirigida y porteada, la expresada señorita, luego de dar o indicar su completa dirección (un Hotel de primera clase) entró de lleno a manifestarse poseedora del plano y derrotero exacto en que "alrededor" (sic) de la población de "San Miguel" se encontraba enterrado "UN GRAN TESORO" calculado en varios millones. Y que con el informe "detallado" que le habían proporcionado acerca de la personalidad y "valía" de mi padre "en esa localidad", no vacilaba al proponerle el envío del mencionado plano y derrotero si él aceptaba la labor de buscar dicho tesoro mediante la participación de una tercera parte como recompensa por su trabajo.

Mi padre, al aceptar sin reticencia la citada propuesta, me pidió que de inmediato le redactase la respuesta afirmativa a la mencionada señorita, la que una vez aprobada y firmada, me comisionó entonces viajar a esta capital con el encargo de entregar ambas cartas a mi hermano mayor don Nicolás Justiniani (q.e.p.d.) para que éste, como lo hizo enseguida, echase al correo dicha respuesta a la dirección dada por la destinataria. Pero esta nunca más nos escribió, dando lugar a conjeturas diversas.

Los rutinarios y primitivos medios que los nativos emplean por allí en la búsqueda de tesoros ocultos, nos han llevado a la firme creencia en la existencia del tesoro indicado por la señorita londinense. Sólo falta acertar con el sitio exacto de su localización. De lo que, a no dudarlo, se encargará en cualesquier día la constante erosión que producen las lluvias torrenciales.

PETROLEO Y MINAS EN LA ISLA DEL REY

Apartándonos ahora de las leyendas, sin dejar de reconocer sin embargo que muchas de ellas tienen por base una verdad inicial diluida por la acción del tiempo, entramos a ocuparnos del tema propuesto al inicio de estos capítulos de divulgación de las grandes posibilidades del Archipiélago.

Nosotros que nunca hablamos ni escribimos afirmaciones antojadizas,

estamos en capacidad de decir que el Archipiélago balboeño no sólo es rico en conchas y perlas. Pues se ha establecido plenamente la evidencia prometedora de la existencia de oro, petróleo y varios otros minerales. Habiéndonos tocado en suerte poner en manos del Dr. José de la Cruz Herrera buena cantidad de minerales procedentes de un lugar del interior de la Isla del Rey inmediato al nacimiento de una gran laguna cuyo nombre no damos aquí por razones obvias, así como por las mismas razones omitimos también el nombre del coterráneo que no cesa en la investigación de las interioridades de la isla.

En cuanto a la existencia de petróleo, por que otro nativo investigador notó que sobre la corriente de una pequeña quebrada al pié de un cerro situado en el lado occidental de la isla, corre una capa de aceite, poniendo en conocimiento de este hecho importante y significativo al ya difunto don Pablo Elías Velásquez. Y éste que entonces estaba entre nosotros dedicado al comercio de conchas y perlas, interesó sobre el particular a un geólogo norteamericano que no se hizo de rogar para acudir al inmediato examen de la citada quebrada y sus alrededores, el cerro inclusive. Y fué este geólogo el que dictaminó que dicho aceite era petróleo. Se fué a Estados Unidos y cuando regresó vino acompañado de otros gringos igualmente geólogos que confirmaron la existencia de petróleo en el Archipiélago.

Recuerdo mucho que la lancha gasolinera que trajeron como primer paso en la organización de una compañía exploradora, hacía la travesía desde La Boca a San Miguel en solo tres horas.

Ahora bien, si asociamos este hecho con los recientes descubrimientos petrolíferos tanto en el Darién como en Bocas del Toro, no existe motivo valedero para dudar que el petróleo que aflora en San Miguel sea de la misma fuente subterránea del Darién que acá encontró una capa terrestre más delgada por donde afluir a la superficie. Aun cuando los observadores afirman que en el cerro que se levanta al pié de la expresada quebrada, se opera el fenómeno de que en pleno invierno arde su vegetación como en el más fuerte de los veranos. De donde se intuye que de establecerse definitivamente la existencia de petróleo, éste tiene su localización interior en la roposa isla de San Miguel o sea el centro mismo del Archipiélago.

Y he aquí demostrado plenamente que en este cuarteto de AGRICULTURA, CONCHA MADRE-PERLAS, MINAS y PETROLEO y además TURISMO, el futuro de la tierra de Balboa no puede ser más esplendoroso. Y, por tanto, nuestras luchas y aspiraciones al progreso de nuestra tierra merecen estímulo patriótico antes que crítica destructiva.

Servicios Sociales:

La Semana del Niño

Por CARLOS M. PRETELT

El Club Rotario de Panamá institución cívica, que tantas muestras de interés dió por el engrandecimiento de nuestra colectividad, hasta el punto de que, en gesto inolvidable dinamismo, vistió el modesto traje del obreiro y empuñando el pico y la pala, se dió a la tarea de reparar las calles de Calidonia hasta hacerlas transitables, en su deseo de ayudar a la juventud y hacerla amar el estudio, crearon la **Semana del Niño**, allá por el año de 1921.

Al comienzo se incrementó solamente, lo que pudiéramos llamar, la parte literaria, ya que se instituyeron concursos sobre diversos temas, con premios en dinero para los vencedores.

Estos concursos se llevaron a cabo entre los quintos y sextos grados de nuestras escuelas primarias.

Uno de los temas fué "Los libros nuestros mejores amigos", escogiéndose como jurados a Don Nicolás Victoria J., Dr. José D. Moscote y a Don Enrique Ruiz Vernacci.

El Dr. Octavio Méndez Pereira, Presidente del Comité que tuvo a su cargo la confección del programa presentó un proyecto de actividades que fué aprobado en una interesante reunión del Club Rotario, el día 15 de Junio de 1922.

La Semana del Niño comprendió del 26 de Junio al 2 de Julio del año de 1922 y cada día estaba dedicado a una actividad distinta. El 26 fué el día del Campo incluyendo también a los Colegios Secundarios, Instituto Nacional y Escuela de Artes y Oficios. Ese día los niños fueron

llevados al sitio conocido en ese entonces con el nombre de los Llanos del Club, hoy Vista Hermosa, en carros del tranvía que partieron de la Plaza de Santa Ana desde tempranas horas en medio de un júbilo infantil que se desbordaba.

Después de la merienda, se dió comienzo a los eventos atléticos, en forma improvisada y sin tener en cuenta ninguna regla oficial al respecto; se trataba más bien de un rato de esparcimiento, que de una competencia reglamentaria.

El evento que más entusiasmo causó fué la carrera de aproximadamente cien metros, ya que esta distancia se escogió al cálculo y en la cual llegaron empatados los estudiantes Juan B. Ferro, del Instituto Nacional y Ulises Gerchow de la Escuela de Artes y Oficios; el Profesor de Educación Física del Instituto de acuerdo con su colega del Artes y Oficios, Pablo Ríos acordaron que se repitiera el evento, escogiendo como jueces a la señora de Pardo, Inspectora de Gimnasia y al doctor Quintero.

Esta vez la decisión tampoco despejó la incógnita del vencedor, ya que la señora de Pardo dió su fallo al representante del Artes, mientras que el doctor Quintero se decidía por el estudiante institutor.

El caso produjo mucha excitación, pero las cosas no pasaron de las discusiones y pocos momentos después ya serenos los ánimos todos volvieron a la ciudad, comentando las incidencias del día.

El día siguiente varias personalidades dictaron charlas en nuestros Colegios y Escuelas; como temas escogieron los deberes de todo buen estudiante y el aspecto moral de la conducta humana.

El último día se llevó a cabo una gran parada en la cual tomaron parte todas las escuelas y colegios; esta parada comenzó en el Parque de Lesseps y terminó en la Plaza de la Independencia, donde un orador se encargó de exhortar a los futuros ciudadanos, a cumplir con los deberes cívicos y a tratar de superarse en el estudio; luego se llevó a cabo el reparto de las medallas a los vencedores tanto en los concursos literarios y científicos como en los torneos deportivos.

En vista del inusitado entusiasmo demostrado por los alumnos de los diversos planteles, se pensó que sería conveniente canalizar este interés deportivo y así se dispuso incluir en la Semana del Niño un día dedicado exclusivamente a los deportes con un programa completo que abarcara pruebas para menores y mayores; el día escogido fué el Miércoles y el sitio destinado el Hipódromo de Juan Faanco.

A pesar de que este lugar ofrecía ciertas facilidades en sus instalaciones en cambio la pista que resultaba mala para los equinos, fácil es comprender las dificultades que pasarían nuestros noveles atletas para poder desempeñarse allí. Demás está decir que los resbalones y caídas estuvieron a la orden del día, pero nada esto menguó el entusiasmo de los escolares y de los espectadores que asistían en número de 4,000 a 5,000, algunas veces bajo un tiempo inclemente.

Fueron estos cursos en embrión sin duda alguna el punto de partida para el futuro desarrollo del atletismo en nuestro medio y sobre todo en los Colegios. Los equipos del Instituto Nacional y la Escuela de Artes y Oficios fueron los tradicionales rivales en la mayoría de las pruebas para mayores de 15 años y sus luchas hicieron época en esos años.

Algunas escuelas primarias también tomaban parte en estas justas, entre otras la Escuela de Calidonia, J. M. Hurtado, Santa Ana N° 3, San Felipe, Chorrillo, Panamá College, Guachapalí y Hospicio de Huérfanos. Casi siempre los vencedores fueron los institutores, sin desestimar la buena calidad de atletas presentados por la Escuela de Artes y Oficios. Los Aguiluchos tuvieron atletas tan destacados como Erasmo de la Guardia, Medardo Villarreal, José C. Delgado, E. Halphen, José E. Amador, Carlos M. Pretelt, Angel Jaén, Moisés Gálvez, Santiago Watson, José R. Paredes, Gregorio Tuñón y otros. En cambio los futuros artesanos tuvieron representantes a unidades tan valiosas como Ulises Gerchow, Juan Tejada, Fabio Alverola, Juan Herazo, José Malo y otros.

Educación:

Cincuenta años de Educación Pública en el Distrito de Tonosí

Por ISIDORO VALDES J.

La educación pública, en el Istmo de Panamá, estaba atrasada, en la época de la dominación colombiana; eran pocos los pueblos del Interior que contaban con escuelas públicas; por tal razón, no existía escuela pública en el Distrito de Tonosí; solo el Reverendo Padre Párroco Juan Bautista Córdoba regentaba una escuela privada, donde servía como maestra la señorita Amelia Neira, de nacionalidad peruana. Independizada Panamá de Colombia, el 3 de Noviembre de 1903, el Gobierno presidido por el doctor Manuel Amador Guerrero, asesorado por los educadores panameños, vió que había que combatir el analfabetismo en la nueva nación y procedió a la difusión de la enseñanza primaria, creando escuelas y dotándolas de edificios. Los beneficios de la educación llegan a este apartado rincón; el Gobierno contrata la construcción de un edificio escolar, el cual es terminado en 1906. En ese mismo año, en Mayo comienza a funcionar la escuela de varones, bajo la dirección del único maestro don Clemente Céspedes Zambrano, oriundo de Las Tablas. Dos años más tarde, comenzó a funcionar la escuela de niñas, con una matrícula de 21 unidades, bajo la dirección de la señorita ROSA MARIA ANGULO, después señora de Arce, es la primera unidad del magisterio oriunda de Tonosí. Desde 1908, la escuela de Tonosí, comenzó a marchar sin interrupción. Como educadores pasaron por sus aulas, Francisco Arcila y Ernesto Pizarro; colombianos; María de la Encarnación Angulo, Pedro Vásquez, Justina Urriola, Teresa Friott, Elías Ramos Márquez, Ismael Alverola, Minerva Aurelia Vásquez, oriundos de Panamá, Guararé Los Santos y Chepo. Impartían enseñanza en la escuela de varones y de ni-

ñas, de 1906 hasta 1920; en esa época solo se enseñaba hasta el cuarto grado de primaria. De los mencionados educadores, la que más prestó servicio fué doña María de la E. Angulo, quien además dictaba clases de manualidades, enseñando a marcar, bordar, tejer, etc. Durante esos años ejercieron la primera magistratura como Presidentes de la República, Dr. Manuel Amador Guerrero, Don José Domingo de Obaldía, Dr. Carlos A. Mendoza, Dr. Pablo Arosemena, Dr. Ciro L. Uriola, Dr. Ramón M. Valdés, Dr. Belisario Porras, siendo Secretarios de Instrucción Pública, Don Melchor Lasso de la Vega, Dr. Alfonso Preciado, Dr. Eusebio A. Morales, Don Guillermo Andreve, Dr. Octavio Méndez Pereira, y Licenciado Jephtha B. Duncan.

Durante los años de 1915 hasta el 18, en el salón de la escuela pública, funcionó otra privada que impartía enseñanza gratuita y era regentada por el Reverendo Padre Moisés Polo, Cura Párroco de Tonosí, oriundo de Pesé. De 1921 hasta 1925, laboró como maestro en Tonosí, Don Augusto Batista Caballero, oriundo de Pedasí, siendo sus compañeras en la docencia, Limbania Espino en 1921, oriunda de Las Tablas, y Emma Centella, en 1925, oriunda de Partilla. Don Augusto Batista, en cinco años de docencia, efectuó una buena labor educativa; contrajo matrimonio con una dama tonosieña de cuyo enlace hubo tres hijos que son figuras de relieve en la vida nacional. Sirvió a la comunidad también como miembro del Honorable Consejo Municipal. En 1926, trabajó como maestro el señor Fernando Anria, oriundo de Pocrí; en 1927, 1928, Evaristo y Gerardo A. de León, oriundos de Las Tablas. Desde 1906 hasta 1928, sólo funcionaba una escuela, en la cabecera del Distrito de Tonosí, sin que funcionaran escuelas en los campos. En 1928, los moradores de Cañas, encabezados por don PABLO BARRIOS, elevaron un memorial a la Secretaría de Instrucción Pública, solicitando la creación de una escuela en ese lugar, y contando con la cooperación del joven político y parlamentario Don Jacinto López y León, consiguieron la creación de la Escuela, nombrándose su primer maestro a don Juan Eloy Aracil, oriundo de Las Tablas. La escuela comenzó a funcionar después del 21 de Mayo de 1928, según consta en la toma de posesión del maestro Aracil en la Alcaldía de Tonosí. Dicha escuela, desde ese año hasta la actualidad, ha tenido el siguiente personal docente: Ana Rangel, Manuel Cerrud, Florencio Vergara, Alicia E. Chang, Eleazar Escala, Diómedes Barrios, Manuel de J. Ortiz, Plácido Anria, Zoila Rosa González, Carmen Quintero, Mélida Acevedo, Abilio A. González, Eladio A. Quintero T., y Gilda L. Page A. En 1929, impartía enseñanza un solo maestro, en Tonosí, el señor José Manuel del Río, teniendo que atender, en las dos sesiones de labores, a los cuatro grados existentes. Regentaba además una escuela

nocturna para adultos. En 1930, el Presidente de la República Ingeniero Florencio Harmodio Aroscmena, y su Secretario de Instrucción Pública Dr. Octavio Méndez P., nombran maestros en Tonosí a don Carlos Afú Iturralde, inteligente joven egresado del Nido de Aguilas, acompañándolo en la docencia la señorita Digna Falconett, oriunda de Guararé, él de Las Tablas. Es lamentado por los Padres de Familia de la Escuela Mixta de Tonosí, que el educador Afú Iturralde sólo laborara una año dejando huellas de buen enseñador. En 1931, el Dr. Ricardo J. Alfaro y su Secretario de Instrucción Pública, Licenciado José Manuel Quirós y Quirós, nombran maestros, a Francisco Ríos, oriundo de Chiriquí, y Amalia García, de Macaracas. En 1932, el Presidente Alaro y el Secretario Duncan, nombran maestros a Francisco Bethancourt Vásquez, oriundo de La Chorrera, Fermín Acevedo, de Las Tablas. Luego el maestro Acevedo lo sustituye la señora Mercedes Julio, oriunda de Taboga, a quien a los pocos meses se le enferma una hija, y renuncia el cargo reemplazándola, el maestro Camilo Rivera Suárez, también tabogano. Después de Afú Iturralde, Bethancourt, es el segundo maestro graduado que sirve en Tonosí, impartiendo buena enseñanza, al alumnado. En 1933, son nombrados maestros en Tonosí, Juan José Samudio, Roberto Mirones, Bernardo Torres T., jóvenes graduados oriundos de Chiriquí, Ocu, y la capital, desarrollando fructífera labor educativa. En 1933, se llevan los beneficios de la enseñanza a otro campo, éste es Guánivo, nombrado maestro por el Presidente Dr. Harmodio Arias Madrid y su Secretario de Instrucción Pública, Dr. Damaso A. Cervera, a CARMELO A. FALCO, quien inicia sus labores docente de ese año, desarrollando fructífera labor docente, en ese lugar, ya que dirige, a más de su escuela, una escuela nocturna de jóvenes adultos, logrando enseñar a leer y escribir a más de doce unidades pero solo ese año, funciona la Escuela. Además el maestro Falco, colabora con el personal docente de Tonosí, a la creación de la primera Biblioteca Escolar. En 1934, laboraron como maestros, el joven Francisco Ballesteros M. oriundo de Los Asientos, Distrito de Pedasí, y Leonor Robles, de Aguadulce, supieron ganarse el aprecio de los asociados, siendo siempre muy recordados. Ballesteros es hoy, reputado médico panameño, que presta sus servicios profesionales, en el Hospital General de Puebla, en México. Desde 1935, el maestro CARMELO A. FALCO, sirve en la Escuela de Tonosí, acompañándolo en la docencia, la señorita Zoila Rosa Trujillo, hoy señora de Villalaz, hasta 1938, cuando lo sorprendió la muerte, el 14 de Enero, después de intensa labor educativa, constituyendo su deceso profundo dolor entre el alumnado y el pueblo en general; después asume la responsabilidad de la Escuela la señorita Trujillo, oriunda de Sabanagrande, Distrito de Los Santos. En

Mayo de 1938, comienza labores en Tonosí como maestro Don Temístocles Jaén R., oriundo de Santo Domingo, Distrito de Las Tablas. En ese año, ese solo maestro labora en Tonosí. En Mayo de 1938, vuelve a funcionar escuela en Guánico, es nombrada como maestra la señorita Esther M. Acevedo, oriunda de Las Tablas, por el Presidente de la República Excelentísimo Dr. Juan D. Arosemena, y su Secretario de Educación y Agricultura, Licenciado Anibal Ríos D. En Noviembre de 1938, se traslada a la maestra Acevedo a Tonosí, acompañándola el maestro Jaén en la docencia. En 1939, se nombra maestro a Francisco Argüelles, oriundo de Chitré, quien acompaña en la docencia a Temístocles Jaén R., desarrollan buena labor educativa. En 1940, prestan servicios como maestros, Temístocles Jaén, y Concepción Monteza D., competente educadora egresada de la extinguida Escuela Normal de Institutoras. En ese año, se traslada al maestro Argüelles, y lo reemplaza la maestra Joaquina Vannucci, con Primer Ciclo de la Escuela Normal de Institutoras, oriunda de Santiago de Veraguas, nombrada por el Presidente Dr. Augusto S. Boyd y su Secretario de Educación y Agricultura Licenciado Anibal Ríos D. En 1941, se traslada a Guararé, a la educadora Monteza Díaz, y la reemplaza el joven Evergisto Cedeño, de La Palma, Distrito de Las Tablas, quien sintiéndose melancólico por la ausencia de la casa paterna, renunció el cargo, quedando la escuela de Tonosí, a cargo de la maestra Vannucci, desde 1941, hasta 1944, cuando no fué nombrado otro más, labora esa educadora, atendiendo a todos los grados de la escuela. Debido a traslado de la maestra Vannucci, transcurre Mayo, y Junio de 1944, sin que se nombre un maestro en Tonosí, hasta el final de Junio, se nombra a Eladio A. Quintero T., y meses después a la señorita Antonia M. Quintero, hoy señora de Cabrera. En ese año de 1944, se nombra maestro en Guánico a Dolores González, oriundo de San José, Distrito de Las Tablas; y se lleva la escuela a Flores, nombrándose primera maestra de ese lugar a la señorita Elodia Reyes, por el Presidente Don Ricardo Adolfo de la Guardia y el Licenciado José Isaac Fábrega, su Ministro de Educación. Desde 1944, a la actualidad, han servido en esa escuela de Flores, Diómedes Córdoba, y Manuel Batista Herrera. La Escuela de Flores comenzó labores con una matrícula de 38 alumnos el 16 de Junio de 1944.

En 1944, funciona la Escuela de El Cacao, bajo la dirección del maestro Justino Concepción con una matrícula de 20 alumnos, luego desfilan por el plantel, los maestros Alfredo Herrera, Ceferino Vergara, e Isabel Aparicio, y Carmen Bonilla, cuando se clausura en Mayo de 1951. En Julio de 1945, se nombra maestra a la señorita Aminta Valdés, segunda unidad del magisterio tonosieño, ya que en ese año, se nombra maestra

en Tonosí, a CARMEN VERGARA V., oriunda del lugar. Desde 1946, comienza la época de ORO de la educación en el Distrito de Tonosí. Debido a la gestión del político y parlamentario don Demetrio A. Decerega, se organiza esta Zona escolar, creando el puesto de DIRECTOR SUPERVISOR de las escuelas, para cuya posesión el Presidente Don Enrique A. Jiménez, por Decreto refrendado por el Ministro de Educación Dr. José Daniel Crespo nombra al viejo educador señor Zenaides Luna. Bajo la dirección del Supervisor Luna, trabajan en Tonosí, los maestros, Aminta Valdés, Carmen Vergara, Celia E. de Luna, y Angela Montenegro. En Mayo de 1946, se nombran maestros en Agua Buena, y Altos de Güera, a Máximo Espino, oriundo de Pocrí, e Irma Sanclemente respectivamente; también en Guánico, se nombra maestros, a Fredesvinda Ho, a Herrera, hoy señora Díaz, y José María Villarreal, oriundo de Las Tablas. La Escuela de Altos de Güera, no funcionó en el lugar donde fué creada, sino en EL GUAYABO, funcionando allí, desde 1916 hasta 1952, cuando fué clausurada por baja matrícula bajo la dirección del maestro Aquilino Domínguez, quien había sido nombrado en 1947, maestro en ese lugar, por el Presidente Jiménez y el Ministro de Educación, Profesor Max Arosemena. Hay que dejar constancia de que en la administración de Don Enrique A. Jiménez se crearon numerosas escuelas en este Distrito, y se dotaron de útiles, y mobiliario, en síntesis la educación estuvo bien atendida en su gestión gubernamental. La Escuela de Agua Buena, la han dirigido como maestros, Práxedes Barrios de Bultrón, y Robustiano Vergara actual Director. En 1947, el personal docente de la Escuela de Tonosí, se componía de cinco unidades, siendo éstos, maestros: Aminta Valdés, Celia de Luna, Euribíades Luna, Adelaida Pérez, y Mélida Acevedo. En 1948 aumenta a seis unidades el personal docente de Tonosí ingresando al magisterio Rosa María Gómez, marchando la escuela progresivamente.

En 1949, dejaron de laborar como maestro en Tonosí, Celia de Luna, Euribíades, y Zenaida Luna, como Director Supervisor. En Mayo de 1949, siendo Presidente de la República, Don Domingo Díaz Arosemena y Ministro de Educación, el Licenciado Ernesto Méndez, se nombró al Profesor CARLOS A. AFU ITURRALDE, Director Supervisor de las Escuelas de esta zona escolar. En ese año de administración del competente, inteligente educador y periodista Afú Iturralde, comienza a funcionar el Sexto Grado de Enseñanza Primaria, es decir aumenta el nivel cultural en la juventud tonosieña. Al finalizar el año, obtienen certificado de terminación de estudios primarios, Dioscórides C. Castro, (q.p.d.), Elena Ortega, Santiago Pérez Jr., Aura C. Ortega, Urania Mack, Práxedes Espinosa, Jacob F. Mack Arcelio Degracia, Argentina J. Nelson, y

Enelda M. Castro. En 1949, ingresan al Magisterio de Tonosí, los jóvenes David García, Enrique Medina, Gilda L. Page A., y Faustina Fernández, oriundos de Las Tablas, Pocrí, y La Chorrera. En 1950, se traslada a la señorita Adelaida Pérez, hoy señora de Acevedo, a la Escuela del Coco, de ese lugar es trasladada a la Escuela Justo Arosemena de la ciudad capital, donde como educadora honra su solar nativo, y es estudiante de la Universidad Nacional, casada con el distinguido galeno tonosienso Dr. JUSTINO ACEVEDO VASQUEZ. A la señora Pérez de Acevedo, la reemplaza en el magisterio en Tonosí, la señorita Lidya Rosa Villarreal hoy señora de Mack, siendo Presidente de la República el Dr. Arnulfo Arias M. y Ministro de Educación, el Profesor Max Arosemena. En 1951, siendo Presidente de la República Don Alcibiades Arosemena y Ministro de Educación el Ingeniero Ricardo J. Bermúdez, se nombra maestro de la Escuela de Río Viejo, a Nicolás Pimentel, oriundo de Tonosí. Desde 1953 hasta la actualidad han servido la escuela los maestros, Pablo E. Durán F., Gonzalo Balmes Herrera y Abel E. Cerrud V. En Junio de 1951 ingresa al magisterio en Tonosí la señorita Eneida J. Pérez, hoy señora de García. En 1952, los moradores de Altos de Güera solicitan una escuela con el nombre de Espaveito, a fin de tener éxito, en su petición, ya que se había eliminado la escuela de ese lugar, abriéndose la escuela de Altos de Güera, el 20 de Octubre de 1952, siendo su primera maestra la señorita Gilda L. Page A., quien fue trasladada a ese lugar, debido a la baja matrícula en la escuela de Tonosí, quedando el personal docente reducido a cinco unidades. Después del traslado de la maestra señorita Page, de la Escuela de Altos de Güera, la dirigieron como educadores, Abilio González, Olimpia de Mena, y Adilia Anrria viuda de Velásquez. Con la eliminación de la Escuela de Altos de Güera, que funcionó en EL GUAYABO se creó la Escuela de Buenos Aires, comenzando labores bajo la dirección del maestro Aquilino Domínguez, el 15 de Junio de 1952, con una matrícula de 27 alumnos. En 1953, por renuncia del Director Afú Iturralde de la Zona Escolar de Tonosí, se nombra en su reemplazo al señor BENIGNO VERGARA BROCE, por el Presidente de la República General José A. Remón C., (q. e. p. d.) y su Ministro de Educación, Ingeniero Víctor C. Urrutia. En ese año de 1953, se creó la Escuela de Espaveito, nombrando maestro, a Abilio A. González, con una matrícula de 25 unidades. Fue luego sustituido por el maestro Benito Jiménez. En la actualidad sirve esa Escuela la señora Carmen Vergara. En el citado año 1953, comenzó a laborar la escuela del ESPAVE, con una matrícula de 39 alumnos, bajo la Dirección del maestro Brígido García, hoy ejerce la docencia en ese lugar la señora Nimia V. de Jiménez. También se creó la escuela de LA PINTADA, bajo la

dirección del maestro Justiniano Cárdenas, sustituido por la señorita Tiburcia Quintero, egresada de la Escuela Normal "J. D. Arosemena". Se creó la escuela de EL MADROÑO, bajo la dirección del educador Eladio A. Quintero T., quien pasó a ese cargo por la eliminación de un maestro, en Cañas. En 1953, el 30 de Noviembre comenzó a funcionar la escuela de EL CORTEZO, bajo la dirección del maestro Pedro José Velásquez, egresado del COLEGIO FELIX OLIVARES de David, Provincia de Chiriquí, con una matrícula de 33 alumnos. Los acontecimientos importantes en la Administración del Director Benigno Vergara Broce, fueron la develación del retrato de Doña ROSA MARIA ANGULO DE ARCE cuyo nombre se le dió a la Escuela Mixta de Tonosí, y de CARMELO A. FALCO Q. a la Escuela de Guánico, servida por los maestros, Alfredo Herrera, Encarnación Domínguez, Olimpia Rodes, Agustín A. Cano y Mardonio Cedeño. En 1954, ingresó al magisterio de Tonosí, por separación por gravedad de una educadora, el joven Gilberto Cornejo, oriundo de la histórica Villa de Los Santos; en el citado año, por el traslado del Director Benigno Vergara Broce, nombró el Organo Ejecutivo Director Supervisor, al educador HORACIO VELARDE A., oriundo de Montijo. Su gestión administrativa fue corta (de Agosto de 1954 hasta el 21 de Diciembre de 1955); teniendo lugar el 10 de Septiembre del 55 la fundación de la Biblioteca OLEGARIO SEPULVEDA, la cual posee valiosas obras. En la creación de la Biblioteca, laboraron con tesón, el personal docente de la Escuela ROSA MARIA ANGULO DE ARCE, y el Presidente del Club de Padres de Familia, señor JOSE NELSON ESPINO, también en la Presidencia el señor NELSON se instituyó en la ESCUELA ROSA MARIA ANGULO DE ARCE, el aguinaldo de Navidad, para los niños pobres.

En 1955, se crearon las escuelas de RIO VIEJO DEL SOLAR, comenzando a funcionar el 11 de Mayo con un matrícula de 32 alumnos, bajo la dirección del maestro Luis Hernán Córdoba natural de Santo Domingo de Las Tablas, en su labor docente, recibiendo ayuda del lugar, ha construido un edificio escolar, y un pozo artesario; en Cambutal se creó la escuela, nombrándose maestro a Agustín Barrios, que período docente fue de tres meses, cuando consiguió una beca, para hacer estudios militares en Venezuela. Luego se nombró maestro en ese lugar a Valentín Medina D., quien presta servicios actualmente, desarrollando una magna labor educativa y de progreso para la comunidad. Es Director del periódico mimeografiado "ALMA PATRIA", que es órgano de prensa al servicio de la Escuela y de la Comunidad cambutaleña. Hay que reconocer que en período administrativo del difunto General JOSE ANTONIO REMON CANTERA, se difundió la cultura, en el Distrito, con la crea-

ción de numerosas escuelas, con su colaborador inmediato el Ingeniero Víctor C. Urrutia, Ministro de Educación; y para ello han sido factor importante los Inspectores de Educación de Los Santos, señores Francisco I. Castellero, Roberto Samaniego, Enrique Moscoso Jr., Maximino Ballesteros, Bustavino y Broce.

Por el ascenso del Director Horacio Velarde A., en Agosto, de este año, (1956), el Presidente Ricardo M. Arias Espinosa, y su Ministro de Educación, nombraron Director Supervisor, a DON CARLOS A. AFU ITURRALDE, quien además de sus labores de la organización de su Zona Escolar, lucha por la creación de nuevos planteles de enseñanza primaria, impulsando esta labor, como corresponsal periodista, y clamando al Gobierno Nacional, que procure el progreso de las comunidades del Distrito de Tonosí. El cargo de Director Supervisor de la Zona de Tonosí, interinamente la han servido, el educador David García Quintero, y Luis H. Barrios. Hay que lamentar, que por la baja matrícula, el personal docente de la Escuela ROSA MARIA ANGULO DE ARCE, ha descendido de seis unidades a cinco que actualmente prestan servicio.

Bibliografía:

Leyendo "Campiña Interiorana" de Gil Blas Tejeira

Por JOSE E. HUERTA

Ser periodista ocasional en Panamá es el camino más en boga de los incapaces; se diría el reflejo de la moda de algunos intelectuales de la América. Y en el barullo de la cofradía forman dos bandos: los amigos del presupuesto y los enemigos del gobierno. Y cuando se conoce la ficha del escritor del periódico cada quien hace su trabajo, bien arrastrando por las escaleras oficiales retazos de la dignidad humana, o bien vomitando sobre los pobres linotipistas los sapos y culebras del lenguaje más procaz, los primeros, para darle brillo al servilismo y, los segundos, para el halago de la paga recibida. Y unos y otros llegan a formar el mazacote de la insinceridad, pues es corriente, entre ellos, el artículo más laudatorio para el gobierno, escrito por un opositorista, pero, razones obvias, con la firma responsable de un escritor oficial, quien se encuentra en trance de perder la pitanza o en la oportunidad concertada para un nuevo zarpazo al erario nacional. A veces, los escritores del gobierno ocupan las columnas de los periódicos de la oposición para hacer la crítica más violenta del régimen al cual sirven, valiéndose del firmón del bando contrario. Ante este panorama, Gil Blas, con fina inteligencia supo apartarse del camino trillado y tuvo que hacer un gran esfuerzo para no rozar, siquiera, la podredumbre. Esto es muy bonito para escribirlo pero muy difícil para vivirlo. Así, Tejeira, casado con una mujer que es un retazo de cielo hecho carne y con quien tiene tres hijas, se vió obligado a afrontar la necesidad de todo buen esposo y buen padre.

Como la industria máxima de Panamá es el presupuesto "caer en desgracia" no significa la inhabilidad del obrero sino la separación de la fábrica, de donde resulta el hecho de que el obrero intelectual de mi país está preparado para todo, menos para vivir, y así, Gil Blas, se vió abo-

cado a una situación terrible, la cual describe graciosamente, él, diciendo: "He vivido como el piojo, de la cabeza".

Con paso resuelto se dirige a la redacción de los periódicos —sin distinguos de banderías políticas— a vender el producto de su pluma y encuentra los tropiezos naturales porque muchos de los directores no entienden el propósito, apartado radicalmente de la moda imperante. Persuadiendo con palabras a su nuevos colegas y levantando simpatías con sus crónicas consigue vivir. Así, esta obrita es la manifestación diaria de la brega periodística donde el lector se queda en suspenso ante la intención de cada motivo, la tenacidad para hacerse comprensible a cualquiera inteligencia, el despliegue literario para abordar el comprimido asunto y la confianza en el triunfo pues, Tejeira sabe, como buen campesino, que la estampía del novillo en la "corralada de ganado" cuando el bruto pisa la llanada depende del jinete, quien se la pasa midiendo la oportunidad hasta cuando agarra el rabo del animal y de allí a que ruede por el suelo no es cuestión de secretos. Y Tejeira, lleva en el alma los resortes de su capacidad creadora.

Conocedor del ambiente nacional, como muy pocos, ha sido tan terco como el aragonés del cuento cuando decía: "Este macho es mi mula". Desdoblando los rasgos más caracterizados del alma campesina, con su fina y sabrosa prosa, tuvo el acierto de presentar al hombre sufrido de nuestros campos en su propio ambiente, en un manejo oloroso de tierra y corazón, que es la entraña viva de CAMPIÑA INTERIORANA.

* * *

Hay que reconocer a Panamá como un pueblo inculto —sin que esto moleste a nadie— y no por culpa del panameño mismo sino por los encargados de la cosa pública y por nuestra corta vida independiente. Se abona a esta situación los continuados esfuerzos de casi todos los gobiernos para desanalfabetizar a la comunidad, labor que no ha sido regulada con un principio de hondas raigambres, sino más bien con la alegre intención de apartar al campesino de su tierra. Porque es tan analfabeta la persona que, sabiendo leer y escribir, no recibe los medios necesarios para su propio perfeccionamiento en esta era de las especializaciones, como también el hombre que no conoce ni el Cristo del abecedario. Reconozco complacido la gran tarea realizada por nuestra Universidad. Y los periódicos nacionales conocedores de su negocio dan a las "tiras cómicas" y a las "páginas deportivas" una inusitada notoriedad y ello es así porque *Ramona* y *Don Fulgencio* son una especie de atracción de taquilla, entre las primeras, y para no quedarse atrás, las otras traen abundantes noticias de todos y cada uno de los pugilistas mundia-

ics, de tal suerte que hoy cualquier hijo de vecino sabe más de estos menesteres que de los pueblos atravesados por la carretera nacional. Y es aquí donde nace, precisamente, la gran importancia de CAMPIÑA INTERIORANA. Tratar de que el lector de periódico le tome cariño a estos motivos del campo es como ingeniarse mucho para presentar una vianda bienazonada y rociada con la "salsa del hambre" despertar los apetitos y después de tantos preparativos conseguir el fastidio, pues "arroz con frijoles" aburren a la larga. Y, esto sólo se le ocurre a un Gil Blas. Yo, como campesino cien por ciento, me enorgullezco en reconocerlo.

Ahondando un poquito más en CAMPIÑA INTERIORANA, admiro el fino tacto al saber escoger la materia de los temas, la prodigiosa memoria para la ordenación, pues ya Gil Blas no se cocina con poca agua, lo castizo del estilo pues el escritor es un enamorado de la pureza y sobre todo la gran labor realizada para presentar un aspecto del alma panameña, tan ignorada del mundo. Sin menospreciar el ambiente, Gil Blas se adentra en sus personajes para extraer el jugoso perfil, lleno de incidencias peculiarísimas del hombre interiorano y sabe conjugar una frase sencilla de nuestro campesino para la presentación de un motivo de sus cuadros.

* * *

Hubiera pasado por alto algún desliz de la orbita pero varios paisanos míos, conociendo la vieja amistad que me une a Gil Blas, me han escrito en el sentido de hacer ver al escritor penonomeño cierto errorcillo, aprisionado en el libro. A mí no me gustan estas cosas pero para no dejar en desaire a los firmantes de la carta y para que no crean muchos de que si yo apunté en mi lectura de CAMPIÑA INTERIORANA el lunarcito referido, lo pasé por alto, me permito hacer una pequeña digresión más con el ánimo de calmar los nervios de mis paisanos que con el deseo de anotar el pecadillo de la obra, tan estimada y querida para mí.

Como el mal ejemplo siempre gana terreno, Diógenes de la Rosa, uno de los cerebros mejor organizados no sólo de Panamá sino de la América, en esas conversaciones tan sabrosas que a menudo sostiene con Gil Blas, desliza intencional o inocentemente un gentilicio inelegante a los hijos de mi pueblo y Gil Blas, creyendo que todo lo que sale de la boca de Diógenes es la verdad, le da pase insertando el gentilicio en su obrita CAMPIÑA INTERIORANA. Olvidan los dos el hecho —por que lo saben perfectamente— de que son las personas cultas las encargadas de dar a los hijos de cualquier pueblo, región o país la voz más apropiada para designar al natural del lugar, por una parte, y, por la otra,

de que las capitales del mundo son PESE, PARIS, LONDRES y NEW YORK, por su orden y siguiendo la costumbre se dice Patisiense, Londinense, Peseence, etc., derivados que no se discuten en el mundo de las letras.

Hecha esta aclaración, una gran tranquilidad se apodera de mi espíritu y quiera el cielo que mis paisanos, mis queridos PESEENSE (aunque choque la cacofonía) se den por satisfechos.

Da mucho en que pensar que sea un distinguido hijo de Penonomé, "la Atenas panameña", hombre docto en minucias del lenguaje, quien pretenda variar el gentilicio de Pesé, "la tacita de oro de la Península de Azuero", pero si el hecho se debe a algún complejo desinencial entonces los culpables de "aquél maldito tango" son ellos —los dos— y no de los hijos de mi querido vallecito que no hacen más que admirar la inteligencia de estos caballeros.

No se puede cambiar la costumbre sin lastimar en lo más profundo los sentimientos arraigados en el alma de un pueblo, pero mis queridos paisanos no saben guardar rencoras y, así Gil Blas puede estar seguro de considerarse en el vallecito donde nació, tan a su gusto, como a la sombra de los corpulentos tamarindos penonomeños.

PANAMA, Febrero de 1959.

Naciones Unidas:

El Principio de la Propia Determinación logra el apoyo de Panamá en las N.N. U.U.

Por GEORGE W. WESTERMAN

Delegado de Panamá

El 12 de Diciembre de 1958 fue admitida como miembro de las Naciones Unidas la República de Guinea. Este territorio, que fuera antiguamente gobernado por los franceses, está situado entre la Guinea Portuguesa y Sierra Leona que es una colonia británica, y que está sobre la costa occidental de África, extendiéndose hasta el Sur para colindar con la República de Liberia.

Con esta aceptación se eleva a 82 el número de Estados honrados de esta manera y hace subir el nivel previo la cantidad de estados independientes del mundo. En 1957, la marca llegó a ascender a 103 cuando se admitieron a Ghana y a la Federación de Malaya, pero disminuyó su total cuando Siria y Egipto se unieron para la formación de la República Árabe Unida.

La delegación de Panamá, de la cual soy representante en la Cuarta Comisión (Fideicomiso), contempla la admisión de Guinea, no como un mero acceso a la Organización de las Naciones Unidas sino como símbolo y presagio de las conquistas del futuro.

Para Panamá, este acontecimiento como muchos otros que el mundo ha presenciado en los últimos tiempos, es el genuino reflejo de los cambios fundamentales que caracterizan nuestra era que es la época de desintegración del viejo sistema colonial y la formación de nuevas figuras nacionales; la temporada del derecho de los pueblos a su propia determinación y el deseo de colocar el poder de los hombres al servicio de fines constructivos y pacíficos. Indudablemente, ésta es la era de los logros más increíbles en la que las ex-colonias y territorios dependientes están progresando hacia la libertad e independencia a un ritmo que hace diez años nadie pensó fuera posible.

Concebido nuestro nacimiento republicano en el principio de la propia determinación, comprendemos y simpatizamos totalmente con el creciente movimiento de emancipación de las colonias y pueblos dependientes.

En consecuencia, los representantes panameños se han adherido rigidamente al derecho de promover la propia determinación y de asegu-

rar la independencia de todos los países cuyos habitantes la deseen y sean capaces de cargar con sus responsabilidades. Siendo esto así, Panamá siempre ha votado decididamente por la admisión de varios estados que han tratado de afiliarse a las Naciones Unidas desde que fue fundada en 1945.

Por tal razón, nadie se regocija más que nosotros en Panamá frente al progresivo desarrollo de este nuevo orden de cosas. De acuerdo con la observación hecha a nosotros por el Presidente Ernesto de la Guardia Jr., relacionada con este tema: en este nuevo orden mundial, los ex-pueblos subyugados serán capaces de mantenerse sobre sus propios pies en un plano de libertad y dignidad para ocupar su lugar en el concierto de las naciones; un lugar para el cual están debidamente autorizados en virtud de sus viejas culturas y derechos fundamentales.

EL PAPEL CULTURAL DE FRANCIA

Si Panamá recibió cordialmente a la República de Guinea como miembro de las Naciones Unidas, también observó con simpatía la actitud asumida por el General Charles de Gaulle, quien con su culta y audaz acción de estadista hizo posible que Guinea lograra su independencia en forma ordenada y pacífica mediante elecciones libres. Lo suyo fue un acto basado en las honrosas tradiciones que engrandecen a Francia. Ese acto requirió valor, clara visión del porvenir y liberal actitud mental, y él se mantuvo a tono con la ocasión, aceptando que para el futuro de las buenas relaciones coloniales, Francia una vez más, debe ser la precursora de nuevas políticas y perspectivas.

El interés de Francia en Guinea data desde muy atrás en la historia. Marineros de Dieppe, según se supone, visitaron esa tierra en el Siglo XIV, pero los guineanos vieron a pocos europeos hasta la mitad del siglo XIX, salvo los que se dedicaban a traficar con los esclavos. En los primeros años de ese siglo, Francia comenzó a celebrar tratados con los cabecillas locales y en 1881 Guinea se convirtió en una colonia. En 1904, Gran Bretaña cedió a Francia las Islas fuera de las costas de Guinea a cambio del abandono, por parte de Francia, de los derechos de pesca en las aguas de Newfoundland.

Guinea con sus 2,400,000 habitantes, fue el único territorio francés que rechazó la Constitución de la Quinta República Francesa y la "comunidad" franco-africana que ella preve. Vetando "NO", cortó los lazos con Francia el 28 de Septiembre de 1958 y proclamó su independencia nacional bajo un sistema de gobierno republicano.

El gobierno francés, dando a sus colonias el derecho de permanecer en la Unión o de separarse y convertirse en estados libres e independientes, sin ninguna coacción, causó profunda impresión, no sólo en los ciudadanos de Francia y sus dominios en Africa, sino también en todos

los africanos que acarician la esperanza de ser libres, e independientes en un futuro cercano. Por otra parte, la concesión de la independencia de Guinea y la calurosa bienvenida que las Naciones Unidas le extendieron, son simbólicas de la forma como habrán de desarrollarse las otras aspiraciones de libre determinación de territorios coloniales que aspiran a ser estados independientes mediante el justo reconocimiento de la comunidad de las Naciones del mundo libre.

El mundo está presenciando un profundo cambio, que está afectando el panorama político de todo el Universo y que se ha centralizado, principalmente, en los Continentes de Asia y Africa.

SURGE UNA AFRICA NUEVA

En cuanto a Africa, "antes el gran Continente Negro" y el "Continente de las grandes Equivocaciones", hoy día se ha convertido en el "Continente de las grandes Oportunidades" y el "Continente de las grandes Responsabilidades". Estas cuatro palabras —negritud, equivocación, oportunidad y responsabilidad—, están a tono con el orden en que se hace efectiva la evolución de Africa, desde las limitaciones de la vida primitiva hasta las complejidades e influencias de la civilización occidental, y marca un rasgo valioso de solidaridad entre los países de todos los continentes de la tierra. También indica el resurgimiento de una Africa Nueva, en la que las instituciones tribales están dando paso a los estados modernos y a las federaciones de naciones, hasta llegar a la etapa de su aceptación final como miembros de la organización mundial, que es el ideal buscado.

Es la opinión de Panamá, que el más reciente estado africano admitido en las Naciones Unidas es parte muy valiosa de la Organización y que desempeñará un papel importante en el Consejo. Como estado africano, profundamente alerta de las tendencias de opinión y acontecimientos que lo rodean en su parte del mundo, puede hacer mucho para profundizar la comprensión exterior de los problemas y aspiraciones del Continente del cual, quizás, muchísimos pueblos conocen muy poco. Y puede prestar genuina ayuda para interpretar el deseo consciente de otros territorios africanos que aspiran a su liberación de la dominación extranjera, para lograr los mismos derechos de soberanos que han adquirido desde hace mucho tiempo otros estados de más avanzada cultura.

Fué con este espíritu como la Delegación de Panamá y otras, aclamaron el 12 de Diciembre la admisión en las Naciones Unidas de este nuevo Estado miembro. Su presencia allí prestará, con seguridad, nueva fortaleza y estímulo morales a todos los estados-miembros de la organización, que dentro de los próximos años se extenderá, para incluir a Nigeria, El Togo, El Camerón, Somalilandia y a otros territorios del Africa.

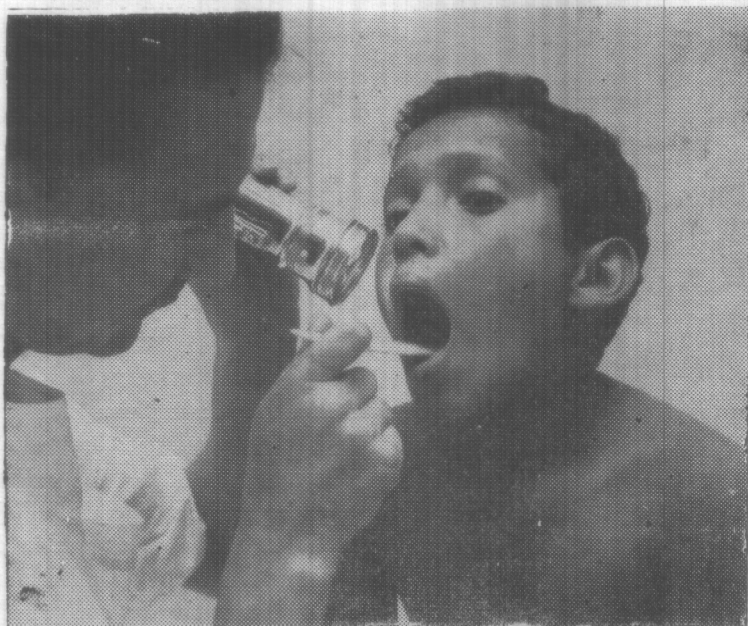
La UNICEF:

EL CASO DE VALERIO

El caso de Valerio merece no sólo contarse, sino también publicarse pues este muchachito panameño de 12 años goza de buena salud, tal como millones de niños en todo el mundo, gracias a los servicios de sanidad rural establecido con la ayuda del Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF).

En muchas de sus zonas rurales, Panamá debe combatir la desnutrición, los parásitos intestinales, la tuberculosis y otras enfermedades que arrebatan la vida a uno de cada 10 niños nacidos vivos. Esto refleja la imperiosa necesidad que el país tiene de recibir asistencia para continuar sus campañas de tratamiento y curación. En este sentido, de acuerdo a la práctica seguida por el UNICEF, la prevención era el principal objetivo del Gobierno panameño cuando solicitó, en 1952, la cooperación del Fondo.

Valerio Camarena, uno de los muchos niños para quienes esta ayuda



En la Unidad Sanitaria de La Chorrera un médico examina atentamente las amígdalas de Valerio, a quien el tratamiento dental, las inoculaciones y los exámenes médicos hechos a intervalos regulares lo mantienen sano y fuerte.



Valerio sonríe al extraerla esta enfermera sangre para el recuento globular en el laboratorio de salud pública, justo orgullo del centro.

ha sido provechosa, es el segundo en una familia con cuatro hijos que vive en La Chorrera, pueblo situado a 40 Km. al noreste de la ciudad de Panamá. La unidad sanitaria, centro de salud construido hace algunos años, está en el corazón del pueblo. Un sobrinito de Valerio nació recientemente en la pequeña maternidad del centro. El UNICEF suministra también ayuda para un programa escolar de nutrición que se inició en 1951 y en el cual participa Valerio.

La Chorrera es un centro que, aunque modesto, realiza una obra importante. Establecido en esta comunidad de 2.400 familias, atiende a cientos de personas y su labor incluye actividades docentes y otras tendientes a mejorar las condiciones sanitarias en el hogar. Es, además, el eje y centro de demostración práctica de un amplio programa de expansión de los centros rurales de bienestar y sirve asimismo de taller de formación, para el personal de salud pública que el país necesita urgentemente.

El Gobierno organiza en toda la república una red de veinte centros principales y unidades secundarias. Coopera a esta expansión un grupo



Para Ana Sabina de 4 años, Valerio de 12 y Julio de 9, el cepillarse los dientes se transforma en un juego cuando la enfermera Ada Catrón visita a la familia Camarena.



La enfermera Esmeralda Wright visita el hogar de los Camarena para examinar al hijo recién nacido de Bienvenida Camarena. Valerio, hermano menor de Bienvenida, observa el examen. El UNICEF proporcionó el botiquín que usa la enfermera.

enviado por la Organización Mundial de la Salud y formado por enfermeras, un médico, un ingeniero sanitario y un técnico de laboratorio. El UNICEF ha contribuido con equipo de obstetricia para salas de maternidad, equipo para consultorios médicos y dentales, salarios, material para la formación de trabajadores sanitarios y una instalación para perforar pozos.



Mientras un amiguito espera su turno, Valerio saca agua de una llave conectada a un nuevo pozo abierto en La Chorrera. Este pozo es uno de los 51 que se perforan actualmente en la zona para proporcionar agua potable y acabar con los parásitos intestinales y con otras enfermedades transmitidas por aguas contaminadas.

DESTACADOS PANAMEÑOS EN LA REAL UNIVERSIDAD DE SAN MARCOS DE LIMA

Por Juan Antonio Susto

RECTORES: El único istmeño que tuvo el honor de ser Rector de la Real Universidad de San Marcos de Lima, lo fué en 1645 y en 1665 el doctor ALONSO DE CORONADO Y ULLOA, cuyo retrato se conserva en los salones de esa Universidad Mayor. En ella fué Catedrático de vísperas de cánones y luego Abogado de la Real Audiencia de Lima.

CATEDRATICOS: A más del nombrado doctor Coronado y Ulloa, tuvieron cátedras en la ya citada Universidad los panameños siguientes: ANTONIO DE LA CUEVA, en la Cátedra de Prima de Teología Moral (1755); y FRANCISCO FLORES LASCURAIN, quien dictó las de Prima de Leyes (1747); la de vísperas de Sagrados cánones (1742) y la de Código (1741).

DOCTORES: Recibieron sus títulos de doctores, en San Marcos, los istmeños: ISIDRO DE ARROYO, más tarde Profesor de Medicina, Protomédico de Lima y Catedrático de Anatomía en Bogotá; MANUEL NICASIO ECHEVERZ Y ROMERO, doctor en Sagrada Teología (1747) y Procurador General en la ciudad de Panamá; AGUSTÍN GORRICHATEGUI, orador sagrado y Obispo del Cuzco (1771-1776); FRAY JUAN JOSEPH LUIS DE LILA, de la Orden de San Agustín y Obispo de Guamanga (1766-1769); SEBASTIAN JOSEF LOPEZ RUIZ, médico (1764), Protomédico del Cuzco y descubridor de la quina en Colombia; ANGEL LUQUE, eclesiástico y exagerado liberal en la colonia (1812); JUAN FRANCISCO MEDINA, celebrado teólogo, cura en el Obispado de Trujillo; MIGUEL MORENO Y OLLO Obispo de su tierra, Panamá (1767-1770) y de Guamanga (Perú) (1771-1780) y PEDRO SEGURA, Oidor de la Audiencia de Panamá.

LICENCIADOS: Casi todos los panameños que recibieron sus títulos de Licenciados en la Universidad de Lima, abrazaron la carrera eclesiástica, a saber: JUAN BERNAL DE CONTRERAS, canónigo de la Ca-

tedral de Panamá y excelente predicador; LUIS DE CORONADO Y ULLOA, quien a los cuarenta años de edad se metió a fraile, habiendo sido antes militar; MIGUEL JOSEPH GARCIA DE LA CUEVA, sacerdote, teólogo distinguido; FERMIN LUZCANDO, Tesorero de la Iglesia Catedral de Panamá y Abogado Fiscal y Relator de la Audiencia de Panamá; SIMON MARCIANO DE MALPICA, Canónigo de la Catedral de Caracas y Arcediano en la Catedral de Panamá; GASPAS MORENO Y MONTENEGRO, Predicador del Arzobispo de Lima y Canónigo en la Catedral de Panamá; AGUSTIN DE PERALTA, sacerdote, fundó en esta ciudad de Panamá (1685) la Congregación de San Felipe de Neri; MA-TEO PEREZ DE GUADAMUR Y DEL MOLINO, Presbítero, Capellán Mayor del Convento de religiosas Agustinas de la Nuestra Señora de la Encarnación de Lima y JUAN DE TAPIA, Provisor y Vicario General del Obis- pado de Panamá.

BACHILLERES: De los istmeños que obtuvieron en San Marcos el título de Bachiller, se destacaron ANTONIO DE ALARCON, GINES DE BUSTAMANTE, PEDRO MIGUEL CHAVARRIA, —Abogado de la Audiencia de Panamá; LUIS GUERRA DE ACUÑA, GERONIMO MAS- SIAS DE SANDOVAL, Auditor de Guerra de Panamá; JUAN ANTONIO MEDINA, JUAN DE ROJAS Y MORA, Abogado de la Audiencia de Li- ma, MIGUEL ANGEL VILLARAN y JUAN DE VILLAREAL.

Todos estos panameños que dejamos citados y otros muchos más, que estudiaron y actuaron en la Real Universidad Mayor de San Marcos, tu- vieron que manifestar por medio de testimonios sus méritos y probar *ser descendientes de españoles, cristianos viejos y limpios de toda mala raza* antes de pisar los umbrales de los claustros de la primera Universidad fundada en el continente americano.

Voces Amigas:

Panamá, 6 de Enero de 1959.

Doctor

Carlos A. Mendoza.

E. S. D.

Estimado amigo:

En ocasión del Año Nuevo me complace expresarle mi reconocimiento y aplauso por el beneficio que recibe la cultura nacional con la publicación de la Revista "LA LOTERIA" que he venido recibiendo con regularidad y que en su último número consagra un merecido homenaje a cuatro de las más grandes figuras de la educación patria de todos los tiempos: los ilustres panameños MANUEL JOSE HURTADO, NICOLAS PACHECO, JOSE DANIEL CRESPO y la nunca olvidada educadora señorita ISABEL HERRERA O.

Permítame hacer extensivo este aplauso y reconocimiento por su grato conducto a sus dignos colaboradores en la publicación de esa revista señores Susto y Turner, mis apreciados amigos.

Aprovecho la oportunidad para expresarles mis mejores deseos por un venturoso año nuevo.

Afectísimo amigo,

J. I. QUIROS y Q.

El Canal de Panamá

(Traducción del texto de la primera página de la edición original de 1886).

(El Istmo Americano. — Exploraciones; comparaciones de los tratados estudiados; negociaciones y estado de los trabajos).

Por LUCIEN N. B. WISE

Comandante de las expediciones enviadas al Darién, San Blas, Nicaragua y Panamá en 1876, 1877 y 1878; encargado de misiones en América en 1870, 1880, 1881, 1884 y 1895; autor del Tratado definitivo de la Concesión acordada, en Bogotá, por el Gobierno colombiano, y del contrato hecho, en Nueva York, con la Compañía del Ferrocarril de Colón al Pacífico, así como del proyecto de canal interoceánico, en vías de ejecución, adoptado por el Congreso Internacional de París de 1879, etc., etc.

* * *

ESTA OBRA CONTIENE:

Un gran mapa del Istmo; un plano panorámico del Canal de Panamá, como si estuviese ya terminado, y un cuadro sinóptico de los diversos proyectos, especialmente levantados por Lucien N. B. Wise.

Y 90 grabados en madera.

* * *

PARIS

LIBRERIA HACHETTE Y CIA.

79 Boulevard Saint-Germain 79

1886

(CONTINUACION)

Lo anterior significaba claramente que ninguna de las numerosas reclamaciones territoriales presentadas entonces por diversas naciones de Europa sería tolerada y que la solución a los problemas correspondientes debería ser dada por los propios Estados libres ya establecidos en América.

En otra parte de su Mensaje, al referirse a los habitantes de España y Portugal y a sus esfuerzos por mejorar sus condiciones de vida, esfuerzos frustrados por la intervención de la Santa Alianza, el Presidente Monroe decía: "Nunca hemos tomado parte alguna en las guerras que sólo atañen a las potencias europeas y nuestra política no contempla nuestra participación en ellas. Solamente en el caso de que nuestros derechos estuvieran amenazados, nos sentiríamos entonces aludidos y necesitados de preparar nuestra defensa. Necesariamente, estamos más directamente interesados en los movimientos que agitan a este hemisferio y ello se debe a razones que son evidentes para todo observador esclarecido e imparcial. El sistema político de las potencias aliadas, en este caso, es esencialmente diferente al de América. Y esa diferencia proviene de la que existe en sus gobiernos respectivos. Mientras tanto, nuestra nación toda entera está dedicada a la defensa del régimen obtenido a costa de grandes pérdidas de sangre y de dinero, forjado por la sabiduría de nuestros mejores ciudadanos y bajo el cual hemos conocido una felicidad sin par. Es un deber, por tanto, impuesta por la lealtad y por las relaciones amistosas que existen entre los Estados Unidos y esas potencias, declarar que nosotros consideramos toda tentativa de su parte para extender su sistema hasta no importa qué parte de este hemisferio como algo peligroso para nuestra paz y nuestra seguridad. No hemos intervenido en las colonias y dependencias de las potencias europeas ya existentes y no intervendremos. Pero en cuanto a los gobiernos que han proclamado y mantenido su independencia, independencia que nosotros hemos reconocido fundándonos en importantes consideraciones y justos principios, consideramos toda interposición de parte de no importa cuál potencia europea, hecha con el fin de oprimirlos o de dominar de alguna manera sus destinos, como una manifestación poco amistosa hacia los Estados Unidos. Durante la guerra de esos nuevos gobiernos con España, nosotros proclamamos nuestra neutralidad al mismo tiempo que los reconocíamos. Nosotros

en opinión de las autoridades competentes de nuestro gobierno, pueda motivar un cambio correspondiente que parezca indispensable a la seguridad de los Estados Unidos.”

Al hablar de la intervención de la Santa Alianza en los asuntos interiores de España, Monroe confirma una vez más en lo que atañe a las cuestiones europeas solamente, la política de no-intervención recomendada por Washington y añadía: “Pero en lo que se refiere a este continente las circunstancias son eminente y diametralmente diferentes. Es imposible que las potencias aliadas puedan extender su sistema político a una parte de las dos Américas sin comprender nuestra paz y nuestra felicidad, y nadie puede creer que nuestros hermanos del Sur, por cuenta propia, adoptarían un tal sistema de su propia iniciativa. Es por tanto igualmente imposible para nosotros mirar tal intervención, bajo cualesquiera formas, con indiferencia”

Esta declaración, no obstante la importancia que tiene para la política general de los Estados Unidos, nunca ha sido consagrada por el Congreso. (84) Se trata, para hablar con propiedad, de una opinión del Poder Ejecutivo que el CONSENSUS tácito o explícito de los norteamericanos ha elevado a la altura de un principio, en verdad, desde hace más de sesenta años, pero que no tendría aplicación posible en el caso del canal interoceánico a menos que una potencia europea emprendiera su construcción haciéndose otorgar privilegios particulares por parte de la nación que domine el istmo que se debe excavar.

Ahora bien, esto está lejos de ser el caso, pues el artículo 18 de mi concesión declara expresamente que “queda entendido que esta empresa, que tiene un carácter esencialmente internacional y económico, debe ser absolutamente extranjera a toda ingerencia política”. Por otra parte, el artículo 21 está concebido en los siguientes términos: “Los concesionarios o quienes en el futuro les sucedan en su derechos podrán transmitirlos a otros capitalistas o sociedades financieras; pero LES QUEDA AB-

(84)—El Mensaje del Presidente Monroe fué recibido con júbilo por parte de los “whigs” ingleses, grandes partidarios de las jóvenes nacionalidades que luchaban aún en el Nuevo Mundo por sacudir el yugo de España. Lord Brougham y Sir James Mackintosh se distinguieron particularmente por su entusiasmo, mientras Canning, que había intencionadamente contribuido a la formación de la doctrina Monroe por miedo de que Francia aprovechara la debilidad de Europa, de-aclaraba cuando sus aprehensiones quedaron disipadas, que no deseaba adherir a la teoría presentada por los Estados Unidos en el sentido de cerrar los territorios inocuados de América a todo ensayo de colonización futura que procediera de las potencias europeas.

SOLUTAMENTE PROHIBIDO CEDERLOS O HIPOTECARLOS A CUALQUIER NACION O GOBIERNO EXTRANJEROS".

Aún en los casos en que la doctrina Monroe ha podido aplicarse sin discusión, frecuentemente ha dejado de ser aplicada. Así, por ejemplo, en 1868 España fué invitada a tomar posesión de su antigua colonia de Santo Domingo, en la parte oriental de la isla de Haití (hoy República Dominicana) y los Estados Unidos ni siquiera protestaron.

En 1867 Inglaterra incorporó sus posesiones heterogéneas en el Norte de América, que habían roto sus lazos principales con la Corona en 1763, y las "mediatizó" bajo el nombre de DOMINIO DEL CANADA. Únicamente la Cámara de Representantes en Washington intentó una protesta inspirada sin duda en la doctrina Monroe, pero el Senado no la apoyó e Inglaterra no se dió por aludida. La reciente adquisición (1877) de la isla de San Bartolomé por parte de Francia, que no puede ser considerada como una violación de los principios proclamados por la doctrina Monroe, no ha suscitado tampoco ninguna observación por parte de Washington. La misma expedición francesa en México no dió lugar sino tardiamente (Abril de 1864) a una declaración de la Cámara de Representantes contra el reconocimiento oficial de una monarquía cualquiera erigida sobre las ruinas de una república y con los auspicios de no importa qué potencia europea.

Sería pueril, sin embargo, dudar de la completa adhesión de los yanquis a la doctrina Monroe. El Ministro Cass ha podido decir con razón: "Este gran principio no obtiene su fuerza de su origen ni de su autor; reposa sobre un fundamento más seguro: la aprobación cordial del pueblo norteamericano y está destinado a ser la característica principal de su política".

Algunos espíritus exagerados van más lejos todavía y se declaran decididos a anexarse no importa qué porción del nuevo mundo, más afortunadamente se trata en este caso de excepciones que están mucho más que equilibradas por el hecho mismo de la dificultad que entraña toda movilización en un país de tan vastas proporciones como los Estados Unidos. Con todo, es un hecho feliz el de que la aplicación de la doctrina Monroe no tenga razón de ser en el caso del canal, tal como ha sido reconocido por muchos buenos espíritus exclusivamente americanos, y hay que felicitarse de las prudentes garantías dadas al efecto en mi tratado de concesión. Dando a conocer al público norteamericano las garantías estipuladas en esta concesión ha sido posible calmar un poco la irritación

EL CANAL DE PANAMA

causada por la misma. El porvenir les probará a los norteamericanos de un modo más convincente aún que el asunto del canal de Panamá no lo europeo.

En el intervalo transcurrido mientras la comisión de la cual se ha hablado se dirigía a Panamá y a Washington, los colaboradores del Presidente Hayes intentaron empujar el país a ocupar dos puntos del istmo para establecer allí sendas estaciones navales. El Golfo Dulce, en el Pacífico, y la Bahía de Chiriquí, en el Atlántico, fueron escogidos so pretexto de que hacía veinticinco años un ciudadano norteamericano de nombre Thomson tenía una concesión en esas localidades. La firmeza del gobierno colombiano hizo fracasar esa tentativa que no era otra cosa sino una simple especulación fundada en los derechos incompletos de un contrato ya caduco y sin valor.

A pesar de la acogida favorable dispensada al señor de Lesseps, era de esperar que el plazo que le habíamos acordado transcurriera sin resultado alguno. Ya me aprestaba a dar pasos en el sentido de constituir una sociedad constructora con la cooperación de grandes capitalistas norteamericanos amigos míos, cuando el aumento extraordinario de las entradas del canal de Suez vino a dar un nuevo impulso a las acciones de la compañía. El tráfico por Suez aumentaba constantemente, el alza correspondiente inflamó el entusiasmo de los grandes financieros franceses y extranjeros de tal manera que, en diciembre de 1880, la nueva emisión de acciones intentada por el señor de Lesseps, de acuerdo esta vez con la prensa y la alta banca, tuvo buen éxito.

Por la misma época el ingeniero Menocal obtenía de Nicaragua una concesión para la construcción de un canal interoceánico, que necesitaba para realizarse de una garantía dada por intereses norteamericanos. Por otra parte, el capitán Eads, renovando una idea del ingeniero Sedillot sobre una gran vía férrea que transportara los navíos de uno al otro mar,

(85)—La no-intervención de los navíos de guerra franceses anclados en las radas de Panamá y Colón, durante los graves disturbios de fines de Marzo de 1885 parece haber producido un efecto apaciguador en este sentido y demostrado a los Estados Unidos que Francia no busca sentar pie en Colombia militarmente hablando. La deplorable sedición que puso en peligro y llegó a perjudicar numerosos intereses particulares franceses en el Istmo parecía llamar de suyo una protección armada, aunque fuera de carácter provisional, pero el único que hizo desembarcar sus tropas para asegurar, en conformidad con los tratados, la libertad del tránsito y la protección de algunas propiedades de sus compatriotas fué el almirante norteamericano.

obtenía en México una concesión para realizar tan extraño proyecto a través del Istmo de Tehuantepec. A pesar de la bien conocida habilidad del capitán Eads para manejar a su guisa a los políticos y a los intermediarios que colman los pasillos del Congreso en Washington, éste no pudo obtener, como tampoco el señor Menocal, la garantía necesaria que los dos solicitaban como cumplimiento indispensable de los contratos acordados por Nicaragua y México.

La sorpresa del gobierno norteamericano fué grande cuando se enteró del buen éxito de la suscripción en favor del canal de Panamá y de la inauguración de los trabajos preliminares en el istmo bajo la dirección del señor Reclus. El Secretario de Estado Evarts trató de aplacar la opinión pública. Obligado a abandonar la cuestión de las estaciones navales en Chiriquí, que no reposaba sino en contratos vencidos, y que en todo caso hubieran caducado *ipso facto* por la intromisión del gobierno, Evarts trató de concluir una convención con el ministro colombiano en Washington, general Santo Domingo Vila (86), para esclarecer ciertos puntos del tratado de 1846. Evarts por comenzar propuso un proyecto de protocolo de los más peregrinos. Según el artículo primero de ese proyecto, los dos gobiernos convendrían en que *"todas las concesiones y privilegios concedidos o que concederían los Estados Unidos de Colombia con el fin de asegurar la construcción de un canal interoceánico a través del istmo de Panamá, estarían y serían sometidas a los derechos adquiridos por los Estados Unidos de América en virtud de la garantía dada por ellos en el artículo 35 del tratado de 12 de diciembre de 1846, garantía que sería tal vez necesario hacer efectivas en cumplimiento de las obligaciones a las cuales ese tratado somete a los Estados Unidos de América; y ninguna concesión o modificación de una tal concesión no pueda ni podrá darse o hacerse sin su consentimiento. Y, conforme a esta disposición, toda concesión semejante, concedida o que se conceda en el futuro, recibirá la aprobación de dichos Estados Unidos de América antes de que la obra autorizada por tal concesión sea emprendida o comenzada"*.

Según el artículo segundo del mismo anteproyecto de Evarts, Washington pedía los mismos privilegios para los dos gobiernos así que la renuncia por parte de Colombia, una vez que el canal fuera propiedad suya, a todo peaje que excediera lo estrictamente necesario.

El artículo tercero, permitía a los Estados Unidos establecer y ocupar

(86)—El General Santo Domingo fué nombrado a continuación Ministro en París y luego comandante en jefe del ejército del Atlántico. En la actualidad es Presidente del Estado de Panamá. (N. el A.)

todas las fortificaciones que considerara útiles en la entrada del canal. Y tal como se desprende del artículo 1º, el gobierno de Washington se resolvía en fin a hacer patente su pretensión de revisar la concesión que Colombia me había otorgado. (87)

Felizmente me encontraba en ese momento en Nueva York y en las conversaciones que tuve con el general Santo Domingo Vila tanto él como yo nos dimos cuenta de lo que esa pretensión tenía de exagerada y atentatoria contra los derechos de soberanía de la nación que el general Vila representaba. En consecuencia, con fecha 10 de Febrero de 1881, el general Vila dirigió la siguiente nota al Secretario de Estado Evarts:

"El Suscrito Ministro de Colombia ha leído y estudiado con todo el interés que el asunto merece las bases que Vucencia le ha enviado ayer para la discusión del proyecto de ampliación del Tratado de 1846 actualmente en vigor entre Colombia y los Estados Unidos de América, bases propuestas después de que Vucencia tuvo conocimiento del proyecto confidencial que el suscrito puso en sus manos antes de su reciente viaje a Nueva York". (88)

"Como la franqueza y la lealtad en las relaciones exteriores son las normas invariables del gobierno que el suscrito representa, él considera que es su deber seguir el mismo camino y, como sigue, expresa sus opiniones sin reservas de ningún género".

"Cuando el suscrito Ministro se permite presentar a Vucencia, confidencialmente y en forma de proyecto de tratado, las ideas del gobierno de Colombia para ampliar el de 1846 antes citado, se está refiriendo únicamente, tal como el contenido de dicho Tratado lo demuestra, a la manera cómo los Estados Unidos de América deben contribuir, en su calidad de aliados de Colombia, al cumplimiento de los compromisos contraídos por medio de dicho Tratado, ya que el suscrito ni siquiera imaginaba que el ilustrado gobierno americano intentaría discutir el derecho que tiene Co-

(87)—La traducción de las frases citadas del anteproyecto de convención aclaratoria del Tratado de 1846 que el Secretario Evarts proponía al Ministro Vila ha sido hecha de la versión francesa, de modo que sus términos, aunque sean en el fondo exactos, no son iguales en cuanto al lenguaje se refiere. (N. de los T.)

(88)—El General Santo Domingo Vila, inspirándose del proyecto de protocolo y de las notas dejadas en los archivos de la Legación de Colombia en Washington por su predecesor, don Justo Arosemena había formulado una excelente interpretación complementaria del artículo 35 del Tratado de 1846. (N. del A.)

Colombia, como nación independiente y soberana, de acordar una convención como concluida con el señor Lucien N. B. Wyse, para la excavación de un canal interoceánico a través del territorio que le pertenece”.

“Aunque los considerandos del proyecto presentado por Vucencia se apoyan precisamente en los compromisos contraídos por los Estados Unidos de América en el artículo 35 del Tratado de 1846 ya mencionado, *compromisos que tienen por objeto garantizar la soberanía de Colombia sobre el Istmo de Panamá*, el artículo 1º del proyecto formulado por Vucencia *lesiona*, en opinión del suscrito, *esa misma soberanía de cuya garantía se trata cuando se le propone a Colombia que esté de acuerdo en que, para conceder un permiso como el otorgado al señor Lucien N. B. Wyse, le hace falta el consentimiento y la aprobación de una potencia extranjera*. Y más aún si, como en el caso presente, esa proposición se refiere a un privilegio ya concedido y sobre el cual se han observado todas las formalidades y que ha pasado por todos los procedimientos que exigen las instituciones y las leyes especiales de Colombia, después de lo cual la fe de la nación ha quedado solemnemente empeñada”.

“El suscrito Ministro ya ha tenido oportunidad de manifestar a Vucencia que el gobierno colombiano adhiere sin reservas a la *letra precisa y al espíritu* de la doctrina Monroe; pero *él estima que en el caso presente no puede ser aplicada sin alejarse de la idea fraternal que constituye la esencia misma de dicha doctrina*”.

“Si con todo Vucencia considera indispensable la idea consagrada en el primer artículo de su proyecto para comenzar a discutir lo relativo a la ampliación del Tratado de 1846, el suscrito Ministro de Colombia se vería en la penosa obligación de anunciar a Vucencia que, sin nuevas instrucciones de su gobierno, *él no podría en forma alguna aceptar esa idea como simple base de discusión*.”

General Santo Domingo Vila”. (89)

La precisión y la energía de esa hermosa respuesta condujo a Evarts a una más justa apreciación del caso y, al cabo de varias discusiones, el 15 de Febrero, envió a Nueva York a la carrera al hábil diplomático W. Trescott, a quien dió plenos poderes, en busca del general Santo Domingo Vila, quien embarcaba el 18 con destino a Bogotá, donde debería ocupar su curul del Senado.

(89)—Los traductores advierten al lector que el presente texto de la nota del General Vila es una traducción de la versión francesa (de Wyse) del mismo, de modo que la exactitud de las frases españolas no es segura y apenas ofrece una idea del documento diplomático de que se trata.

El 17 de Febrero estos dos negociadores firmaron al fin un protocolo, cuyos términos principales eran los siguientes:

El artículo 1º reconocía que, en virtud del artículo 35 del Tratado de 1846, vigente entre Colombia y Estados Unidos, toda comunicación interoceánica a través del Istmo de Panamá, será tan libre para el gobierno y los ciudadanos de los Estados Unidos como para el gobierno y los ciudadanos de Colombia, con excepción sin embargo de un caso de guerra entre las dos naciones. Por el artículo 2º, se declara que el acuerdo de las dos naciones es necesario para erigir obras de defensa transitorias o permanentes así como para indicar los lugares apropiados para el establecimiento de estaciones navales, de depósitos de carbón y astilleros, etc. Tales cuestiones serian objeto de convenciones ulteriores, pero quedaba expresamente convenido que ninguna fuerza militar que no perteneciera a los ejércitos colombianos podría estacionar en el territorio del Istmo mientras no se presentase el peligro previsto por el artículo 35 del Tratado de 1846.

El artículo 3º aceptaba el concurso del gobierno de Washington para fijar las tarifas del caso, pero únicamente si el gobierno de Colombia tuviera el mismo derecho a intervenir en los reglamentos dictados o que dictara la compañía en posesión del privilegio. (90)

El artículo 4º decía: Considerando que los Estados Unidos de Colombia y los Estados Unidos de América son las únicas naciones que *hasta el presente* se han comprometido por medio de tratado a garantizar la neutralidad del tránsito por el Istmo de Panamá y que los Estados Unidos de América, por su parte, se han comprometido a garantizar la soberanía de los Estados Unidos de Colombia sobre territorio del dicho Istmo de Panamá, el canal en principio no será considerado como libre, en paz o en guerra, en lo que se refiere a las fuerzas navales y los transportes militares que no pertenecen a los Estados Unidos de Colombia o a los Estados Unidos de América. Sin embargo, las dos altas partes contratantes acuerdan declarar que dicho canal será libre para el uso pacífico por parte de la marina de guerra de todas las naciones que se sometan a los reglamentos que las partes contratantes pudieran dictar de común acuerdo".

(90)—Por esa condescendencia puramente teórica, puesto que la concesión que yo he obtenido aporta desde ahora y ya, y durante toda su duración la intervención del gobierno colombiano en la fijación de las tarifas, el General Santo Domingo Vila arrancaba implícitamente el reconocimiento de nuestra Compañía al gobierno americano.

El éxito corona siempre los esfuerzos persistentes, Mr. Trescott, a pesar de su habilidad bien conocida, no podrá luchar con hombres por quienes el canal interoceánico era la constante preocupación intelectual.

Esta parte del protocolo dejaba abierta a las otras potencias marítimas la posibilidad de garantizar también la neutralidad de la vía interoceánica y la soberanía de Colombia sobre el territorio que dicha vía pueda atravesar. Más aún: excitaba a las potencias a apresurarse a la conclusión de tratados como el que concedía prerrogativas a los Estados Unidos como la única nación que, *hasta el presente*, había ofrecido a Colombia la garantía de que se trata, fundamento de las prerrogativas concedidas. Ese artículo tendía a asegurar para Colombia una garantía colectiva de parte de todas las potencias marítimas como el único medio de satisfacer las necesidades del comercio universal y de evitar conflictos que una sola garantía mantendría suspendidos como otra espada de Damócles no solamente sobre la soberanía de Colombia sino también sobre todo el mundo comercial.

La salida del general Vila tuvo lugar algunas horas después de la firma del protocolo y durante los dos días que aún pasé yo en Nueva York, antes de mi viaje a Panamá, fui asaltado por una ola de *reporteros*, mayor que la habitual, que venían a interrogarme durante el día y la noche sobre el contenido del protocolo y sobre la impresión que tal documento había dejado en mí. Una indiscreción cometida en Washington había dado a conocer el resultado de esa negociación antes de que llegara el momento escogido por el Secretario Evarts para revelarlo al Congreso y aplacar así a los ultramericanistas. Así las cosas, no vacilé en manifestar mi agrado por ver arreglado, de un modo honorable para las dos naciones, una diferencia que pendía desde hacía ya mucho tiempo. El Senado colombiano, sin embargo, por un exceso de orgullo, no fué del mismo parecer y no ratificó dicho protocolo, a pesar de los esfuerzos desplegados por el general Santo Domingo Vila, quien se preguntaba con razón si el hecho de que los Estados Unidos desistieran de su pretensión de revisar el contrato Salgar-Wyse (91) no valía la concesión hipotética que él les había hecho para el caso en que mi privilegio caducase y Colombia *hubiere recuperado los derechos* limitados por el contrato existente.

Entre tanto el Presidente Garfield había sucedido a Hayes y el Secretario Evarts había sido reemplazado por Blaine. Este último envió instrucciones el 24 de Junio de 1881 al representante de Estados Unidos en Londres, Ministro Lowell, relacionadas con las objeciones que se debían hacer a las aún vagas propuestas de garantía colectiva sobre la neutralidad del canal por parte de las potencias europeas. Aunque rechazando

(91)—Es el nombre dado habitualmente a la concesión que ob'uve por las firmas que se hallan al pie del documento, la mía y la del Ministro con quien discutí las cláusulas del privilegio.

formalmente toda ingerencia y acción común de las potencias y tratando de llevar a Inglaterra a la abrogación parcial del Tratado de 1850, el señor Blaine declaraba que el Presidente deseaba ser lo más explícito posible sobre la cuestión del canal y que "deseaba presentar los puntos de vista del gobierno de Estados Unidos con algunos de sus detalles de manera que no subsista incertidumbre alguna sobre la integridad de nuestras intenciones y la claridad de nuestras ideas. *Los Estados Unidos no tienen ni el deseo ni la intención de intervenir en ninguna empresa comercial a la cual los ciudadanos o los súbditos de una potencia extranjera estimen conveniente dedicarse en el uso de un privilegio legal.* El hecho de que las acciones y privilegios del canal de Panamá o del ferrocarril de Panamá se encuentren en manos de capitalistas europeos, ya sea en parte o en su totalidad, no es un motivo de queja para los Estados Unidos como no lo es tampoco el hecho de que las acciones de muchos ferrocarriles están en manos de extranjeros. Una tal posesión, con sus derechos y privilegios correspondientes, está garantizada en los Estados Unidos por las leyes del país, ampliamente y en el Istmo doblemente asegurada por las leyes locales y por la garantía de los Estados Unidos. Tampoco tratan los Estados Unidos, en tiempos de paz, de obtener privilegio alguno exclusivo para los navíos norteamericanos, en lo que atañe a la prelación en el pasaje o a los derechos de tránsito a través del canal interoceánico, como tampoco han buscado semejantes privilegios para sus mercancías que transitan sobre en el ferrocarril de Panamá, que está el dominio exclusivo de una compañía norteamericana".

"Los privilegios de los ciudadanos y los navíos norteamericanos concedidos por el Tratado de 1846 son iguales a los de los ciudadanos y los navíos colombianos". Y añadía el Secretario Blaine: "Nuestro más vivo deseo sería ver al comercio pacífico del mundo tratado de la misma manera justa, liberal y racional". (92)

Lord Granville respondió solamente en fecha 10 de Noviembre, tomando como pretexto de su demora el atentado del 2 de Julio que tuvo como resultado trágico la muerte del Presidente Garfield el 19 de Septiembre, y limitándose a hacer presente que la posición de Gran Bretaña y la de Estados Unidos en relación con el canal se encontraba determinada por el tratado Clayton-Bulwer. Y el Lord añadía que el gobierno de Su Ma-

(92)—La misma observación hecha anteriormente sobre el hecho de que estos documentos son vertidos de una traducción francesa de los mismos, es válida en este caso. (N. de los T.)

jestad contaba de un modo absoluto con el cumplimiento de los compromisos de ese tratado.

El 19 de Noviembre, el Secretario Blaine, que aún no había sido separado del gabinete del nuevo Presidente Arthur y quien parecía querer arrastrar a su país a ciertas complicaciones con Chile, como se ha revelado más tarde, o que por lo menos trataba de crear una atmósfera favorable a su elección presidencial creándose una popularidad discutible por el tono arrogante de su actitud frente a Europa y por un americanismo exagerado, hizo llegar a Lord Granville una diatriba contra el tratado Clayton-Bulwer, tratado que él calificaba de manzana de la discordia. Blaine pedía que fueran anulados todos los artículos que impedían a los Estados Unidos fortificar el canal y gozar del dominio político del mismo de acuerdo con Colombia, todo ello so pretexto de que la potencia naval inglesa era mucho mayor que la de Estados Unidos. La igualdad que debería surgir de dicho tratado se encontraba, según Blaine, menguada, y concluía diciendo que no tenía desde luego intenciones hostiles hacia las repúblicas hispanoamericanas y que gustosamente dejaría a una convención de las grandes potencias interesadas la facultad de delimitar la distancia, en las dos extremidades del canal, dentro de la cual, en tiempos de guerra, los beligerantes pudieran legalmente tomar posiciones.

El 29 de Noviembre el Secretario Blaine volvió a la carga e hizo que su representante insistiera junto a Lord Granville sobre la opinión desfavorable del Presidente Buchanan y del entonces Secretario de Estado Cass (en 1857) cuando vieron que dicho tratado no era suficiente para solucionar las diferencias surgidas con motivo de la ocupación inglesa de algunos puntos de la Costa de los Mosquitos, en América Central. El Secretario Blaine, rehaciendo a su manera la historia de las negociaciones de entonces, traía a cuentas la misión de Sir William Ouseley, la negativa inglesa de someter la cuestión al arbitraje de una potencia europea, la propuesta de que el tratado fuera abrogado que presentó en su mensaje el Presidente Buchanan, y la cual no fué negada en principio ni por Lord Clarendon ni por su sucesor en el *Foreign Office*, Lord Malmesbury; y Blaine aludía además al hecho de que el Secretario Cass no quiso consentir a la abrogación para no dejar las manos demasiado libres a Sir William Ouseley en América Central y en fin terminaba por manifestar en forma inusitada el deseo de llegar a una modificación, por lo menos, del tratado Clayton-Bulwer, cuyo texto le parecía oscuro y vejatorio para las

Con su vieja experiencia diplomática, habituada a todos los usos y tácticas de las cancillerías, Lord Granville no tuvo dificultad en respon-

der —el 7 de Enero de 1882— a los nuevos e insólitos principios de derecho público presentados por Blaine. Con bastante desdén, Lord Granville rechazó toda idea de discutir el tratado de 1850 y reafirmó nuevamente el derecho de las otras potencias marítimas de participar en los arreglos complementarios de interés general que podrían hacerse en favor de una empresa eminentemente internacional.

Lord Granville hacía observar en su respuesta al gobierno de Washington que la gran extensión de un país no da a su gobierno el derecho de ocupar por medio de fortificaciones un territorio fuera de sus fronteras, aún cuando se trate de una potencia vecina y situada en el mismo continente y sugería a continuación a los Estados Unidos que volvieran a la proposición hecha en 1877 por el Secretario de Estado Fish al Ministro de Nicaragua (Cárdenas) en el sentido de convocar las diversas potencias marítimas para que se entendieran sobre el particular, quedando bien sentado el principio de que tratado Clayton-Bulwer serviría siempre de base a ese arreglo complementario, ya que, aunque el gobierno de Su Majestad Británica se mostraba deseoso de que todas las naciones gozarán en paz del canal, no podía admitir, en cambio, que una sola de esas potencias tratara de adquirir sobre dicha vía interoceánica un dominio predominante.

El 14 de Enero de 1882 Lord Granville respondía a su vez a la segunda nota de Blaine, enderezando las elucubraciones de este último con la ayuda de los mismos documentos citados por Blaine, y que éste había trastocado para beneficio de su propio punto de vista con una mala fe evidente.

Resumiendo sus argumentos, Lord Granville decía:

“1º. Que las diferencias que habían surgido entre los dos gobiernos en relación con el tratado y que en cierta época habían dado lugar a un malestar considerable, ya felizmente desaparecidas, nunca tuvieron relación con los principios generales que deberían observarse en el asunto de las vías de comunicación a través del Istmo, pues tuvieron origen precisamente en un criterio que el señor Blaine se proponía mantener aún. En efecto, Blaine quisiera mantener en vigor cada artículo del tratado donde la Gran Bretaña y Estados Unidos convienen no adquirir territorios en América Central, mientras que, al mismo tiempo, desea abrogar las partes del tratado que prohíben a Estados Unidos fortificar el canal y poseer el dominio político del mismo en unión del país en cuyo territorio está situado el canal”.

"2º—Que las declaraciones del gobierno de los Estados Unidos durante la discusión aludida estaban claramente en desacuerdo con proposiciones del género de las del Secretario Blaine. Los Estados Unidos rechazaban toda idea de obtener sobre el canal un dominio exclusivo o una preferencia particular. Su único objetivo era el de que Gran Bretaña se considerara obligada por el tratado a abandonar sus posiciones sobre la tierra firme o las islas adyacentes que, en la opinión de Washington, tenían como fin en vista procurar a Gran Bretaña los medios de un tal dominio. Tampoco querían los Estados Unidos limitar la aplicación de los principios establecidos en el tratado, excluyendo de su vigencia los territorios de Colombia y de México, tal como ahora sugería el señor Blaine, ni alegaban la incompatibilidad de ellos con la convención de 1846 entre los Estados Unidos y la Nueva Granada, pues, todo lo contrario, estaban dispuestos a dar a esos principios toda su plena extensión".

"3º—Que en la época en la cual el gobierno británico fué inducido por la larga duración de la controversia a examinar la posibilidad de la abrogación del tratado, consintió hacerlo únicamente con la condición de volver al *Statu quo* ante su conclusión de 1850. Esta solución posible entonces, a pesar de que, como el gobierno de los Estados Unidos lo hizo justamente notar, llena de peligros para las buenas relaciones entre los dos países, se había hecho ahora imposible por los acontecimientos subsiguientes".

"4º. Que una conclusión mejor y más conciliadora, y que durante veinte años no ha sido discutida, fué obtenida por la acción voluntaria de la Gran Bretaña. En efecto, los puntos en discusión fueron prácticamente concedidos por ella, y la discusión se terminó de una manera que fué estimada por el Presidente Buchanan como honorable y amistosa y que llevó a un arreglo final, completamente satisfactorio para el gobierno de los Estados Unidos".

Esta respuesta de Lord Granville fué considerada por los mismos norteamericanos como algo aplastante para el señor Blaine. Sin embargo, el nuevo Secretario de Estado, Frelinghuysen, escogido por el Presidente Arthur en reemplazo de Blaine, envió con fecha 8 de Mayo de 1882 una larga nota al Ministro de Estados Unidos en Londres, señor Lowell, con instrucciones de que hiciera llegar su contenido al gobierno de Saint-James. Esta nota rechazaba la propuesta hecha por Lord Granville en el sentido de que Washington tomara la iniciativa de convocar a las potencias marítimas para discutir un protectorado común del canal interoceánico, tomando como base el tratado Clayton-Bulwer.

El Secretario Frelinghuysen, alejándose un tanto, con cierta moderación relativa, del espíritu de la doctrina Monroe (93) y de la aplicación del tratado de 1850 — que se refería, según él, a la empresa del canal por Nicaragua, que se proyectaba entonces con los auspicios de una compañía norteamericana— consideraba que los Estados Unidos se encontraban lo suficientemente exonerados de la obligación de conceder su protección a la empresa en curso de ejecución conjuntamente con Gran Bretaña y reservaba de modo exclusivo ese patronato conjunto para que el caso de una obra en la cual pudieran en el futuro estar interesados ciudadanos norteamericanos y súbditos británicos al mismo tiempo.

El Secretario de Estado, con especial cuidado, hacía presente que, a pesar de las diversas conmociones que habían agitado al mundo en los últimos treinta años, el Istmo de Panamá había gozado de gran tranquilidad bajo la sola garantía acordada, según el tratado de 1846, por los Estados Unidos a la Nueva Granada. Por lo tanto rehusaba invitar a las potencias, tal como lo sugería Lord Grandville, y manifestaba que los Estados Unidos verían con disgusto toda acción política concertada en ese sentido por cualquier otra potencia. Por orden del Presidente, el Secretario Frelinghuysen convenía en que las estipulaciones relativas a los compromisos recíprocos para el establecimiento de un puerto libre en cada extremidad del futuro canal mantenían aún su pleno vigor y, al mismo tiempo, expresaba el deseo de que se definiera, por medio de un arreglo específico, la distancia, a partir de cada extremidad de la vía interoceánica, en la cual, durante un conflicto bélico, un país beligerante pudiera llevar a cabo una captura o acto de guerra, lo cual significaba revivir el artículo 2º del tratado Clayton-Bulwer. La comunicación terminaba por manifestar que había razones para esperar que toda divergencia en los puntos de vista de los dos gobiernos dejara de existir mucho antes de que la cuestión adquiriese una importancia práctica e inmediata, y que la Gran Bretaña se diera cuenta de que sus intereses en este asunto eran idénticos a los de los Estados Unidos y que sólo podían beneficiarse por medio de una política pacífica y conciliadora.

El 21 de Julio de 1882 la Comisión de Asuntos Extranjeros de la Cámara de Representantes, bajo el influjo de ciertas personalidades inte-

(93)—La nota niega que la doctrina Monroe sea tan hostil como se dice contra el hecho de que las naciones europeas mantengan posesiones en el Nuevo Mundo, y que tenga además el significado que se le atribuye en el sentido de que sólo puede tolerar gobiernos republicanos en el continente americano. Según el Secretario de Estado los Estados Unidos fueron los primeros en reconocer, en el pasado, la autoridad imperial de Don Pedro de Orleans y Braganza en el Brasil y de Iturbide en México. (N. del A.)

resadas, emitió por medio de uno de sus miembros una opinión favorable a la incorporación de una sociedad para la construcción del canal marítimo por Nicaragua. Mediante la garantía del 3% sobre \$75,000.-000.00, el gobierno de Estados Unidos hubiera tenido el dominio de la línea y, contrariamente a lo estipulado en los tratados, el derecho exclusivo de hacer transitar sus navíos, tropas y materiales de guerra así como el privilegio de ocupar, explotar y tomar posesión del canal en caso de necesidad nacional con sólo pagar a los accionistas el 5% sobre el capital empeñado en la obra. La Comisión añadía que las circunstancias financieras y generales eran extraordinariamente favorables a la construcción de un canal interoceánico construido con los auspicios norteamericanos. La Comisión hacía hincapié en que si el Congreso no daba su apoyo a la empresa ello significaba que debería desinterarse para siempre de otras obras rivales que las potencias extranjeras pudieran a su vez auspiciar. Con todo, la minoría de la Comisión protestó contra la aprobación de tal propuesta por parte del Congreso hasta que no se arreglaran en forma completa las dificultades diplomáticas pendientes, dificultades que habían surgido de los tratados aún vigentes. La minoría se manifestó también en contra de cualquier erogación federal en favor de una obra particular. Sin vacilar, la Cámara se pronunció a favor del criterio de la minoría de la Comisión y la ley de incorporación fué rechazada.

El 30 de Diciembre de 1882, Lord Grandville encargó al Ministro de Su Majestad Británica en Washington de remitir al Secretario de Estado, señor Frelinghuysen, de su respuesta a la nota de este último de fecha 8 de Mayo en relación con el asunto del tratado Clayton-Bulwer. Lord Grandville admitía que los siete primeros artículos se referían a lo que se llamaba entonces el canal de Nicaragua, pero expresaba cierta duda acerca de la ruta del mismo y afirmaba nuevamente que el artículo 8º constituía una verdadera convención, pues reconocía que todas las estipulaciones anteriores relativas al canal marítimo que se proyectaba (por la vía de Nicaragua) deberían ser aplicadas a cualquier otro canal que fuera excavado más tarde. Lord Granville citaba el caso de tratados acordados por los Estados Unidos y algunos Estados de América Central y hacía presente que no era admisible que los Estados Unidos negaran el significado y el efecto del artículo 8º tal como lo comprendía el gobierno británico. Lord Granville además hacía observar que la causa invocada para la abrogación, fundada en las usurpaciones ocurridas en América Central, prohibidas por el tratado y que se le reprochaban a Inglaterra, carecía de valor, pues la Honduras Británica (Belize) era ya entonces una posesión o colonia británica, adquirida por conquista a España como resultado de una resistencia feliz por parte de los colonos y del abandono

subsiguiente por España. La mayor parte de las posesiones españolas conquistadas por los británicos habían sido devueltas a España, salvo los establecimientos de Honduras y las islas Falkland que continuarían existiendo sobre el mismo pie que todas las otras posesiones de la Corona. Y en fin Lord Granville rehusaba positivamente a responder a la parte de la nota norteamericana relativa a la doctrina Monroe.

El Secretario Frelinghuysen envió nuevas instrucciones al Ministro en Londres —con fecha 5 de Mayo de 1883— para refutar los argumentos de la nota precedente. El Secretario de Estado quería probar que, como ninguna vía interoceánica había sido abierta “entonces” (1850), el motivo de la convención ya no existía. A sus ojos, “el principio general” del artículo 8º era apenas “una simple declaración sobre el propósito que tenían dos naciones, hace más de treinta años, de llevar a cabo una época futura la negociación de un tratado con un objetivo particular. Para alcanzar ese objetivo son necesarios nuevos tratados entre los Estados Unidos e Inglaterra, de una parte, y entre éstos y cada uno de los Estados de América Central, donde pueda ser excavado un canal, tratados que deben definir en detalle las estipulaciones necesarias a la ejecución de los principios generales”.

“Para llegar al significado que Lord Granville quiere dar al artículo 8º —añadía la nota— se necesita no tomar en cuenta sus términos tan claros y es necesario olvidar que ese artículo se aplica también al ferrocarril de Panamá, como igualmente a cualquier otro medio de comunicación a través del Istmo, y que, al aceptar desde hace numerosos años el protectorado único de los Estados Unidos sobre ese ferrocarril, Gran Bretaña ha admitido, de hecho, la bien fundada posición que el Presidente (de los Estados Unidos) trata de guardar hoy”.

El Secretario de Estado norteamericano se extendía en esta nota sobre las infracciones al tratado, de las cuales se acusa a Inglaterra en lo que atañe al suelo de Honduras, haciendo hincapié, por otra parte, en el hecho de que las declaraciones del plenipotenciario inglés, sobre el particular, hechas después de la conclusión del tratado Clayton-Bulwer, nunca habían sido aceptadas por el Presidente. La nota continúa diciendo que, como la nota del gobierno de Saint-James no indica la fecha de la conquista de Belize, el gobierno de Washington supone que el incidente al cual la nota inglesa alude se refiere al caso de que una nave de la marina real y los colonos del lugar rechazaran en 1798 una tentativa de España para recuperar a Honduras. Como los colonos británicos ocupaban ese territorio de acuerdo con las concesiones otorgadas por España, el hecho de una resistencia llevada a feliz término por parte de los con-

cesionarios —arguye la nota norteamericana— contra un intento de desposeerlos del derecho de concesión por la fuerza, no cambia ese derecho. aún en el caso de que el país que diera la concesión abandone el lugar, derecho de posesión legítimo y regular.

* * *

Si fuera posible un poco de buen humor en una materia como la presente, podría citarse, en apoyo de esta última parte de los argumentos del Secretario de Estado Frelinghuysen el pequeño poema humorístico que sigue a continuación y en el cual un bardo británico, muy al corriente de la manera como su país adquiere “derechos nacionales” sobre territorios extranjeros, traza un cuadro tan feliz como sarcástico de los procedimientos puestos en práctica frecuentemente por “la fe pública” de Inglaterra. Puede afirmarse que el satírico autor de esta simple balada da a conocer el espíritu de la diplomacia inglesa en los últimos dos siglos mucho mejor que todos los volúmenes existentes sobre la materia. Este poema original encuentra su confirmación en los acontecimientos ocurridos recientemente en las diferentes regiones del mundo y que el público tiene presente en la memoria. La balada dice así:

THE THREE KINGS OF CHICKERABOO (94)

*A ship of several thousand tons,
And mounting seventy something guns,
Ploughed every year the Ocean blue
Discovering Kings and countries new.*

*The brave Rear-Admiral Bailye Pip,
Commanding that superior ship,
Perceived one day, his glasses through,
The Kings that came from Chickeraboo.*

*“Dear eyes” said Admiral Pip, “I see
“Three flourishing islands on our lee;
“And bless me! most extraordinary thing!
“On every island stands a King!*

*“Come, lower the Admiral’s gig” he cried,
“And over the dancing waves I’ll glide,
“That low obeisance I may do
“To those three Kings of Chickeraboo”.*

*The Admiral pulled to the islands three,
The Kings saluted him graciouslee;
The Admiral, pleased at his welcome warm,
Pulled out his printed alliance form.*

*"Your Majesty, sign me this, I pray,
"I come in a friendly kind of way—
"I come, if you please, with the best intents
"And Queen Victoria's compliments".*

.....

*The great Rear-Admiral Bailey Pip
Embarked on board his jolly big ship,
Blue Peter hew from his lofty fore
And off he sailed for his native shore.*

*Admiral Pip directly went
To the Lord at the head of the government,
Who made him, by a stroke of a quill,
Baron de Pippe of Pippetooville.*

*Ambassador, yes, and attachés, too,
Are going to sail for Chickeraboo;
And see, on the good ship's crowded deck,
A Bishop who is going out there on a spec'.*

*And let us hope that blissful things
Will come of alliance with darkey Kings.
Oh may we never, whatever we do,
Declare a war with Chickeraboo!*

(94)—LOS TRES REYES DE CHIQUERABU.—Una nave de varios miles de toneladas y de setenta cañones surca todos los años el piélago azul del océano y descubre reyes y continentes nuevos.

El bravo Almirante Bailey Pip, comandante de la soberbia nave vió un día a través de su largavista los reyes de las islas de Chiquerabú.

"Oh, qué cosas veo!" —exclamó el Almirante. ¡Tres hermosas islas en nuestro camino! ¡Y, cosa extraordinaria, en cada una de ellas hay un soberano!"

"Vamos, vamos —ordenó el Almirante. Sobre las olas danzantes iré, deslizándome a presentar mi homenaje, en señal de obediencia, a los tres reyes de Chiquerabú".

“Pero volviendo al camino, tenemos que, según los términos del Tratado de Amiens de 1802, Gran Bretaña se comprometía a devolver todas las posesiones españolas ocupadas o conquistadas por las tropas británicas. Belize no ha sido devuelta porque no se trata de una conquista sino de un territorio ocupado mediante concesiones españolas y bajo la soberanía española. La comparación con las islas Falkland no parece convincente, ya que esas islas fueron cedidas por Francia a España en 1763. España, a su vez, las ha cedido de un modo absoluto a Gran Bretaña en 1771, pero no las abandonó hasta 1820. Buenos Aires estableció en esas islas una colonia penal y las colonizó más tarde en 1831. A consecuencia de unas dificultades surgidas entre los colonos y unos navíos norteamericanos que se dedicaban a la caza de focas, el barco de guerra *Lexiton*, de la marina de Estados Unidos, acabó con la colonia y trasladó a Buenos Aires sus colonos. No fué sino en 1833 cuando Gran Bretaña dió curso a sus pretensiones, apoyándose en la concesión de 1771.

“En cuanto a Belize, sin embargo, no existe cesión alguna. Si la soberanía española fué destruida por la conquista de 1798, el caso es que fué restablecida por el Tratado de Amiens de 1802 y aunque, después de ese tratado y durante la ocupación napoleónica, las hostilidades se renovaron, el tratado de 1803 estipulaba que la paz debía reinar entre España y Gran Bretaña y que debían anularse completamente todos los actos hostiles que tuvieron lugar durante la última guerra. Después de ese tratado, España y Gran Bretaña han vivido en paz y no es posible admitir que Lord Granville trate de probar que el derecho a una posesión legal cualquiera pueda resultar más tarde de la violación de ese tratado en tiempos de paz. No se sabe si alguna parte de Honduras ha sido conquistada después de 1802, pero, si ella existe, ese acto de conquista no puede con-

El Almirante desembarcó en las tres islas, donde fué recibido graciosamente por los monarcas nativos, mientras él, complacido por tan cálida bienvenida les presentó un tratado de alianza que ya tenía preparado e impreso de antemano.

“Majestad —dijo a cada uno de los tres reyes— vengo a rogar que os dignéis firmar este documento. Mi visita es de carácter amistoso y llena de las mejores intenciones, pues traigo los saludos de la Reina Victoria”.

Y el gran Almirante Bailey Pip volvió a embarcar en su espléndido navío y tomó el rumbo de su tierra nativa.

Al llegar, el Almirante Pip se dirigió directamente hacia el Lord que presidía el gobierno, quien, de una sola plumada, le hizo Barón de Pippeville en recompensa de sus altos servicios.

Y ahora se aprestan a partir hacia Chiquerabú los Embajadores de Su Majestad y sus correspondientes Adjuntos... La nave ya está lista; y en la cubierta colmada de gente hay hasta un Obispo que decidió hacer el viaje por simple curiosidad...

¡Ah, esperemos que de la alianza con estos reyes negros surjan felices novedades y que nunca, nunca, no importa cuáles sean nuestros actos, declaremos una guerra contra las tres islas de Chiquerabú!

EL CANAL DE PANAMA

formarse con el arreglo recíproco de 1809 en el sentido de establecer el *statu quo ante bellum*.

“Por otra parte, es sabido que las instalaciones inglesas de Belize han sido creadas gracias a ciertas concesiones de carácter limitado hechas por España y que estaban sometidas a su soberanía, como también se sabe que aún mucho después del tratado de 1809 la ocupación de Belize era considerada generalmente como un establecimiento (95) y que hasta 1854 así lo llamó Lord Clarendon en una nota a Buchanan. En tal condición quedó hasta el 12 de Mayo de 1862, momento en que una Comisión Real lo erigió en colonia completa e hizo depender de su gobierno del de Jamaica.

“Si Gran Bretaña ha cambiado el “establecimiento” --utilizado para el corte de maderas de caoba, etc.— en una colonia británica organizada —y ello se admite— o si ese establecimiento ha rebasado los límites del territorio ocupado por los colonos en 1850 —y los informes de Guatemala y de México indican que tal es, en efecto, el caso — ese acto es contrario al tratado Clayton-Bulwer y constituye violación de una de sus cláusulas más importantes. La pobreza de los argumentos de Lord Granville en este caso se debe al hecho de que él pretende que el gobierno de Estados Unidos ha admitido, en una convención postal, la posición asumida por Gran Bretaña. No se puede considerar que una convención postal, negociada en 1869, implica el reconocimiento de la situación política del distrito de Belize. Pretender que esa convención constituye un elemento de algo que no pasó por la cabeza de ninguna de las partes firmantes es dar a la misma una interpretación forzada, sobre todo teniendo en cuenta que las dos partes trataban de dar al otro asunto una solución satisfactoria por medios completamente diferentes. Además, el departamento de correos carece de función política cuando trata con departamentos semejantes de otros gobiernos.

“Con todo, si los Estados Unidos hubiesen aceptado que Belize fuera convertido en una colonia por el gobierno de Su Majestad en violación del tratado, ello no constituiría de manera alguna un reconocimiento de que el tratado estuviera en vigor para los Estados Unidos, habiendo quedado violado de esta manera.

“Por tanto, convencido de que los argumentos presentados por los Estados Unidos permanecen intactos, el Presidente mantiene las opiniones expuestas en las instrucciones de 8 de Mayo de 1882”.

Frelinghuysen terminaba su alegato solicitando la abrogación, por lo

(95)—En el sentido de lugar donde hay una industria o se ejerce el comercio. (N. de los T.)

menos en parte, del tratado de 1850 al mismo tiempo que expresaba el deseo sincero de llegar a un arreglo amistoso de la cuestión.

Lord Granville respondió en forma sumaria a la nota anterior —17 de Agosto de 1883— manifestando su sorpresa ante la insistencia de los Estados Unidos en probar que el arreglo hecho con Honduras violaba el tratado Claton-Bulwer, ya que el Presidente Buchanan se había declarado oficialmente satisfecho del mismo en 1860.

Los tristes acontecimientos ocurridos en Egipto, al distraer la atención de Gran Bretaña, han impedido sin duda a esta potencia continuar la discusión en forma más detallada y de acentuar sus puntos de vista. Sin embargo, justo es decir que, a pesar de la justeza de la mayoría de los argumentos presentados con mucha habilidad por la cancillería británica, las pretensiones exorbitantes, la insigne mala fe y la avidez impúdica demostradas por gran parte del público inglés en relación con el canal de Suez han creado precedentes de naturaleza tal que casi excusan las malsanas impacencias de ciertos yanquis y pueden servir, aunque sean de dudoso valor, como punto de apoyo a los reclamos futuros del Secretario de Estado. Mr. Bayard, que es el jefe del nuevo gabinete del Presidente Cleveland.

Ya el Presidente Arthur, en su último mensaje al Congreso, en vísperas de abandonar el poder, ha recomendado la ratificación del tratado firmado en Washington el 19 de Diciembre de 1884 por Frelinghuysen y el señor Zavala, ex-Presidente de Nicaragua y representante de su país para las cuestiones que atañen a la construcción de un canal interoceánico. Esa Convención, según la cual Nicaragua recibiría 21 millones de francos a cambio de todos sus derechos y del abandono de una banda de terreno de más de 4 millones de ancho a lo largo del canal, del río San Juan y del Gran Lago, dejaba por cuenta exclusiva de los Estados Unidos los gastos de construcción del canal proyectado y garantizaba para estos, por otra parte, dos tercios de los beneficios posibles. Vivas protestas, apoyadas precisamente en el tratado Clayton-Bulwer, se elevaron entonces en Inglaterra contra esa Convención que fué considerada hasta en los mismos Estados Unidos como un *job*, como una tentativa suprema para obtener del Congreso sumas importantes para los trabajos preliminares, pero que en realidad serían destinadas a satisfacer urgencias poco confesables o a propiciar especulaciones sobre terrenos. Se decía, por otra parte, que el Presidente Arthur sólo había dado su consentimiento a este asunto tan oscuro para minar el terreno de la próxima Administración. Costa Rica, por su parte, protestó del modo más explícito contra el olvido de sus derechos por parte de Nicaragua, contrariamente a las disposiciones de los tratados Mora-Martínez de 1858 y Castro-Navas de 1884, al no invitarla

a participar en los debates del proyecto de convención y al no nombrarla ni reservarle sus derechos como estado riberaño interesado.. El Senado de los Estados Unidos, dándose cuenta de las razones ocultas que habían motivado las negociaciones del contrato Frelinghuysen-Zavala y de las bien fundadas protestas inglesas y costarricenses, rehusó ratificar esa convención en Enero de 1885. Esa espada de Damócles, suspendida sobre la cabeza de la Compañía del Canal de Panamá, ha sido pues nuevamente envainada; pero si en el futuro ciertos políticos de Estados Unidos logran tener la mayoría y llevar al país a exigir perentoriamente, no importa los resultados, la abrogación pura y simple del tratado Clayton-Bulwer por encima de las formales estipulaciones, estos políticos arriesgarían muchas cosas, ya que, tomando en cuenta el estado actual de sus fuerzas navales, si Gran Bretaña no está muy ocupada en otra parte y si el despertar que se observa en Francia en materia de política exterior, después de la expedición de Túnez principalmente, no se pierde en la multiplicidad y simultaneidad de ciertas aventuras coloniales como las del Tonkin, Madagascar y el Congo, las dos flotas más poderosas del mundo darán fácilmente cuenta de los Estados Unidos en una cuestión esencialmente marítima. Por otra parte, cada año que pasa hace menos y menos probable una intervención que no tiene razón de ser. Los trabajos de Panamá continúan, lentamente y con derroche de dinero es verdad por falta de conocimiento y de previsión, pero siguen de todos modos y, gracias a la facilidad maravillosa que ha tenido hasta ahora el señor Fernando de Lesseps para hacer salir de los bolsillos el dinero de sus conciudadanos embrujados por los resultados de Suez, se acabarán antes de que los proyectos nicaragüenses salgan de las brumas que por mucho tiempo aún continuarían envolviéndolos.

Y si una vez terminados los trabajos del canal, las flotas de Francia e Inglaterra, por estar ocupadas en otros asuntos, no pudieran garantizar el buen derecho colombiano contra la intromisión de Estados Unidos, ello sería en extremo perjudicial para la influencia política francesa e inglesa en el mundo y la preponderancia real pasaría a las manos de quienes tengan la llave de ese estrecho artificial; pero en cuanto al punto de vista del progreso y para las transacciones comerciales, así como en lo que atañe a los accionistas del canal, ningún daño resultaría digno de mención fuera de la disminución indicada de la parte de legítima influencia que las dos grandes potencias marítimas nombradas deberían tener y que constituye además un elemento para el equilibrio general, un útil contrapeso a la extremada expansión de la América anglosajona.

Sin temor, por tanto, ante el extranjero en estas cuestiones de intereses materiales, nuestro patriotismo debe con todo formular los votos más ardientes y sinceros por el triunfo definitivo de los principios verda-

deramente liberales estipulados en mi contrato de concesión con el gobierno colombiano. Que el cielo permita, pues, que, una vez vencidas las viejas y colosales barreras que separan aún a los dos grandes océanos, sea posible ver sus aguas sumisas y dóciles servir sin restricciones a todas las flotas del mundo para la conquista de nuevos y benéficos horizontes. Una corriente incesante y sin trabas de actividades producidas rodeará entonces a nuestro globo, haciendo circular por todas partes la civilización y las riquezas. El Canal de Panamá será el verdadero corolario y la útil contraparte del canal de Suez, y el siglo XIX, al acabar su carrera, lanzará con orgullo a las generaciones futuras los nombres de quienes tuvieron la audacia razonada para contribuir a la realización de esas dos obras grandiosas y eternamente fecundas para todos, no importa lo que digan los destructores interesados y de cortos alcances para las cuales la buena fe, la imparcialidad y el sentido elevado de las cosas parecen no existir.

EL CANAL DE PANAMA

FIN DE LA CUARTA PARTE

Fue tan viva la llama de su impulso a lo autóctono, tan trascendente la fuerza de su obra, que el Gobierno Nacional en gesto que le honra, le otorgó la Orden de Vasco Núñez de Balboa. Y bien puede decirse que en pocas ocasiones como en ésta, el galardón oficial fue merecido tributo a una obra de verdadero valor nacional.

Su afán de poseer prendas de legítimo valor, de autenticidad irrefutable en lo que a vestuario y joyas de la pollera se refiere, la llevaron a realizar considerables sacrificios, tras los cuales consiguió poseer algunas de las más valiosas polleras y muchas de las joyas de mayor valor ornamental y folklórico de las que es dable conseguir en la República. Y así, ataviada con el traje para el cual pareció siempre haber nacido, paseó Margarita Lozano de uno a otro confín de la República y también por predios extranjeros, su figura que jamás se doblegó, ni al paso de los años ni al paso de las vicisitudes.

Mas, el sábado el sol de la mañana se la llevó consigo... Como al terminar de un tamborito, su pollera hizo un vuelo último, sus brazos se abrieron en el clásico gesto final y los tembleques de su corazón, tras el movimiento postrimero, se detuvieron para siempre.

Y ahora se ha ido; mas se fue con su pollera, con la pollera blanca que llenó de garbo y de alegría las ruedas de tantas fiestas panameñas; con su pollera fina, hecha y llevada con amor y orgullo de mujer panameña. Se fue vestida así, con una sonrisa en sus labios mustios de edad pero lozanos de entusiasmo inmarcesible y de cariño a lo panameño, para demostrarle al mismo Dios que no hay sobre la América, que no hay sobre la tierra, un traje que merezca más que una mujer viva para él y muera por él; como este de la pollera panameña. Traje para los goces de la danza, y también traje con suficiente elegancia como para subir al cielo entre la belleza de sus atavíos.

Y mientras la pollera que se fue con ella siente el orgullo de vestir en su viaje final a nuestra más caracterizada embajadora folclorista, las otras polleras, las que se han quedado huérfanas de ella, visten luto por la ausencia de Margarita Lozano, en cuyo deceso muere, al menos momentáneamente, un vasto jirón de alma panameña.

Panamá, 19 de Enero de 1959.

(Editorial de Radio Programas Continental)

Junta Directiva de la Lotería Nacional de Beneficencia

PRINCIPALES

SR. DON HERACLIO BARLETTA B.
*Ministro de Trabajo, Previsión
Social y Salud Pública.*

SEÑORA DOÑA
MERCEDES G. DE LA GUARDIA
*Presidenta de la Cruz Roja
Nacional.*

SR. DON RAÚL ARANGO N.
*Comandante Primer Jefe del
Cuerpo de Bomberos.*

SR. DON HENRIQUE OBARRIO
*Gerente General del Banco
Nacional.*

DR. VÍCTOR M. PAREJA
*Director Médico del Hospital
Santo Tomás.*

SR. DON GUSTAVO TRIUS
*Presidente de la Cámara
de Comercio.*

RVDO. PADRE MARINO MORLIN
*Director de la Escuela
"Don Bosco".*

SR. DON PABLO A. PINEL M.
Secretario de la Directiva.

SUPLENTE

SR. DON GAVINO SIERRA G.
*Vice-Ministro del Ministerio de
Trabajo, Previsión Social
y Salud Pública.*

SRTA. GRACIELA REMÓN
*Secretaria de la Cruz Roja
Nacional.*

SR. DON LUIS CARLOS ENDARA
*Comandante Segundo Jefe del
Cuerpo de Bomberos.*

SR. DON EUGENIO BARRERA
Gerente del Banco Nacional.

SR. DON ALFREDO L. SINCLAIR
*Sub-Director para Asuntos
Administrativos del Hospital
Santo Tomás.*

SR. DON FEDERICO HUMBERT
*Vice-Presidente de la Cámara
de Comercio.*

RVDO. PADRE CONSEJERO
JUAN D'ANDREA
*Prefecto de la Escuela
"Don Bosco".*